

Atrapar a un jeque

TERESA SOUTHWICK

Novias del Desierto

LDS

Penélope Doyle todavía tenía que encontrar a un hombre que no se convirtiera en rana al primer beso y, cuando el peor ejemplo de la especie humana le robó el corazón y sus ahorros, juró no volver a creer en cuentos de hadas. Por eso decidió aceptar un empleo en El Zafir y conoció a su nuevo jefe, Rafiq Hassan, un verdadero príncipe que, con su magnetismo, la hacía desear volver a creer en el amor. Obviamente, todo un jeque no se molestaría siquiera en mirar a una chica como ella, por muy inteligente que fuera.

Pero entonces la besó…

Penny ya no creía en el amor… hasta que lo conoció a él.



Teresa Southwick

Atrapar a un jeque

Jazmín 1858

Novias del desierto - 1

ePub r1.0

LDS 16.03.16

Título original: *Catch a sheikh*
Teresa Southwick, 2004

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

PENELOPE Colleen Doyle no creía en los cuentos de hadas.

No confiaba en el hecho de que besando una rana, ésta se convirtiera en príncipe. Además, los chicos que ella había besado seguían siendo ranas, o peor aún, se habían convertido en sapos. Pero al caminar por el palacio real de El Zafir deseó creer en todo ello.

—¿Ya casi hemos llegado? —le preguntó al hombre que la guiaba.

—Sí, señorita —contestó el hombre—. Ya casi hemos llegado.

Ella se había olvidado de su nombre. Normalmente tenía una memoria estupenda, pero aquella situación no tenía nada de normal. Estaba en El Zafir, la tierra de la magia, el encanto y el romance. Se encontraba en el palacio real, con suelos de mármol, puertas en arco y muebles valiosísimos, pero a medida que avanzaba, se preguntaba si, en caso de tener que rehacer sus pasos, sabría hacerlo.

¡Estaba en el palacio real! Pero la excitación que esto le producía no podía compararse al cansancio de no haber dormido en veinticuatro horas a causa de los numerosos transbordos de avión que había realizado.

Se sentía como si hubiera llegado allí caminando desde los Estados Unidos.

Doblaron una esquina y se detuvieron frente a una puerta doble de caoba.

—Esta es el ala del palacio destinada a la administración —le explicó el guía.

—¿Hay un mapa en el que pueda ver dónde estamos? ¿Algo con una X de usted se encuentra aquí y que muestre el resto del palacio?

—No, señorita —el hombre no esbozó ni una sonrisa. Si en aquel país petrolífero nadie tenía sentido del humor, Penélope se enfrentaba a los dos años más largos de su vida. Él abrió la puerta y le mostró un pasillo cubierto por una alfombra en forma de T-. Sígame, señorita.

—De acuerdo.

Como si pudiera ocurrírsele ir por su cuenta. En aquel lugar uno podía perderse durante días.

El guía atravesó varias puertas y después dobló a la derecha para entrar en un despacho. La habitación era más grande que el apartamento donde solía vivir Penélope.

—Siéntese —dijo él, señalando una butaca de cuero que había contra la pared—. Enseguida recibirá instrucciones acerca de cuáles son sus obligaciones.

—¿De la princesa Farrah Hassan?

—No.

«Entonces, ¿de quién?», se preguntó ella mirando a su alrededor.

Sin darle más explicaciones, el guía salió del despacho. Ella sentía un nudo en el estómago y estaba tan cansada que le apetecía tomarse un café.

Frente a ella había un escritorio de madera de cerezo que brillaba como un espejo. Sobre el escritorio había un ordenador, una impresora, un escáner y un fax. Detrás, una fotocopiadora. Se preguntaba si todos los despachos estarían igual de equipados, o si todos los que trabajaban en esa ala utilizaban esas máquinas. Si aquél era el centro tecnológico, tenía sentido que fuera allí donde ella desempeñaría su trabajo.

Se fijó en que, a su derecha, había una puerta cerrada. Quizá la cafetera se encontrara tras ella. Podía llamar y asomar la cabeza. No. Le habían ordenado que esperara y eso era lo que iba a hacer. Respiró hondo y se sentó en la butaca de cuero. Nunca había tocado algo tan suave. Se acomodó para esperar y se esforzó para mantener los ojos abiertos.

Rafiq Hassan, príncipe de El Zafir y ministro de Asuntos Exteriores, abrió la puerta de su despacho para consultar unos papeles con su secretario. El escritorio vacío le recordó que no tenía

secretario. Aquella mañana, lo primero que había hecho su padre, el rey Gamil, había sido apoderarse del eficiente joven. Su tía Farrah le había prometido enviarle un sustituto. Miró a la izquierda y vio a una mujer joven sentada en la butaca. ¿Sería la persona que habían enviado para sustituir a su secretario?

Se acercó a ella y la miró. Llevaba un vestido color caqui que le llegaba por debajo de las rodillas y unos zapatos de tacón bajo. Podía haber sido una niña de no ser porque sus pechos llenaban la parte superior del vestido. Era pequeña, pero por desgracia, las gafas de montura negra que llevaba no lo eran.

En aquellos momentos, no necesitaba gafas porque tenía los ojos cerrados. Él recordó el cuento de Ricitos de Oro que le había leído a sus sobrinos. Ella tenía una larga melena dorada y estaba profundamente dormida. ¿Eso significaba que él era uno de los tres ositos? Sus dos hermanos, Fariq y Kamal, estarían orgullosos de que los compararan con osos norteamericanos. Además, Rafiq se suponía que era el encanto de la familia.

—Disculpe —le dijo inclinándose hacia ella.

Ella pestañeó y abrió sus grandes ojos azules.

_¿Hmm?

—¿Señorita?

—Hola —se enderezó y miró a su alrededor desorientada. Después, lo miró a los ojos—. Supongo que ya no estoy en Kansas.

—Así es.

Antes de que ella se cubriera la boca para bostezar, él se fijo en que tenía la dentadura blanca y perfecta.

—Es una frase de la película estadounidense El Mago de Oz… cuando Dorothy se percata de que está muy lejos de casa.

—Lo sé. Así que, ¿es norteamericana? —preguntó él, aunque su acento lo dejaba bien claro.

—Sí —dijo ella—. Acabo de llegar de Texas.

—He oído hablar de ese lugar.

Ella sonrió.

—Me sorprendería si no lo hubiera hecho. ¿También trabaja aquí?

—Sí.

—Debe ser un despacho importante si hay trabajo para dos secretarios.

¿Secretario? ¿Creía que era un secretario? Iba a explicarle que no era así cuando ella se sentó en el borde de la butaca y se desperezó, arqueando la espalda de manera que sus pechos quedaron presionados contra la tela del vestido.

—¿Podría indicarme dónde hay café, por favor?

—Puedo llamar para que lo traigan —dijo él, ausente.

—Sería estupendo. Siempre estaré en deuda con usted.

Rafiq se acercó al escritorio y descolgó el teléfono.

—Café, por favor. Muy fuerte.

—Gracias.

Cuando él la miró de nuevo, ella lo observaba fijamente.

—¿Qué sucede?

—Lo siento. No quería mirarlo así. Es sólo…

—Dígame.

—No. Pensará que soy rara. Si vamos a trabajar juntos, rara no es la mejor manera de presentarse.

—Prometo no pensarlo. ¿Por qué me miraba de esa manera? ¿Tengo una verruga en la nariz? ¿Una mancha en la cara? ¿Le parezco extraño?

—No. Es muy atractivo —dijo ella, y agachó la cabeza—. Si el resto de los hombres de este país son como usted… —se sonrojó—. Lo siento. Espero no haberlo molestado con mi comentario. Es sólo… No tenía ni idea. En la información que busqué sobre El Zafir, no encontré nada sobre… Lo siento. Usted me preguntó.

—Así es —su comportamiento le indicaba que lo había dicho sin pensar. El cumplido era sincero, ingenuo e inocente. Casi la había perdonado por confundirlo con el secretario.

—En el lugar de donde vengo, los vaqueros son el estándar masculino. La mayoría de las mujeres no se imaginaría que un oficinista pudiera ser un hombre como ellos. Pero la mayoría de las mujeres no han estado en El Zafir.

Él no sabía si debía sentirse halagado o insultado por el comentario, pero decidió que buscaría información sobre los vaqueros de Texas.

—Entonces, ¿ha venido como secretaria?

Ella asintió, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Rafiq esperaba

ver cómo se le había corrido el rimel, sin embargo, se sorprendió al ver que no iba maquillada. Aun así, tenía la piel suave e impecable.

—He llegado a El Zafir esta mañana —le explicó—. Se suponía que tenía que haber llegado hacía dos días, pero los vuelos de North Texas se retrasaron por una tormenta. Allí dicen que si no te gusta el tiempo, esperes un minuto, pero esta vez no he tenido tanta suerte.

—¿Y cómo ha llegado a mi… a El Zafir, señorita…?

—Doyle. Penélope Colleen Doyle.

—Sí.

—Puede llamarme Penny.

—Penny —dijo él.

—Me contrató la princesa Farrah Hassan. ¿La ha visto alguna vez?

—Un par de veces.

—Es una mujer imponente. Una verdadera fuerza de la naturaleza. La hermana del rey. Yo voy a ser su secretaria.

—¿Y cuándo se decidió todo esto?

—Hace un mes.

—¿Y ha llegado hoy?

Ella asintió.

—Tuve que alquilar mi apartamento y buscar un guardamuebles para dejar mis cosas.

—¿Cuántos años tiene? —no pudo evitar preguntárselo. Parecía demasiado joven como para vivir sola.

Ella arqueó una ceja y contestó.

—En los Estados Unidos, si uno hace esa pregunta, lo más fácil es que lo miren mal. No se considera políticamente correcto preguntar la edad a una mujer.

—Sé de política —«y de mujeres», añadió en silencio—. Parece demasiado joven para…

—Tengo veintidós años. No es que sea asunto suyo, pero tengo un título en Educación Infantil y otro en Económicas. Hice dos licenciaturas. Necesitaba un trabajo. Y un buen sueldo. Así que envié mi currículum a una agencia que se encarga de buscar cuidadoras infantiles para familias ricas. Después de mirar el currículum y las fotos, la princesa me eligió a mí. Según el director de la agencia, iba buscando una niñera normal y corriente.

—¿Es eso cierto?

—Creía que no era oportuno preguntarlo, pero ¿por qué cree que la princesa iba buscando alguien corriente?

No había motivo para decirle que él era el responsable de ese requisito.

—No sabría decírselo.

—Yo tampoco. Pero estaba convencida de que reunía los requisitos y de que era justo lo que ellos estaban buscando.

—Ya veo —quizá fuera el cautivador de la familia, pero la franqueza de ella lo dejó descolocado. Él sabía de mujeres altas, sofisticadas y elegantes, pero no de mujeres bajitas con gafas grandes.

—Prefiero enfrentarme a la vida. Si uno entierra la cabeza en la arena, deja el… —se ajustó las gafas—. Bueno, se queda expuesta. Ya sabe lo que quiero decir. Soy muy práctica. Es mejor enfrentarse a la realidad y no esperar cuentos de hadas. ¿No cree?

El no estaba seguro de qué contestar y decidió cambiar de tema.

—¿Así que se entrevistó con mi… con la princesa?

—Sí. Recibí un billete de ida y vuelta para ir a Nueva York. Era la primera vez que montaba en avión. Muy emocionante. Pero eso fue un problema.

—¿Por qué?

Se abrió la puerta del despacho y entró una sirvienta con un carrito en el que llevaba una bandeja de plata y tazas de porcelana.

—Gracias, Salima.

—De nada…

—Déjelo sobre la mesa —dijo él, interrumpiéndola—. Yo lo serviré.

—De acuerdo —dijo ella. Hizo una reverencia y salió del despacho.

Penny la observó boquiabierta.

—Guau. ¿Todo el mundo es tan educado? Ya podríamos aprender los estadounidenses. Va a tener que ayudarme. No me gustaría ofender a nadie. Si me ve haciendo algo poco respetuoso, por favor, dígamelo para que no quede en ridículo.

—Usted es estadounidense —dijo él, como si eso fuera suficiente respuesta. Después agarró la cafetera y llenó una de las tazas.

—Por favor, ¿me puede servir una a mí? No puedo creer que me

haya quedado dormida. Ahora tengo que ponerme en marcha.

—Cualquiera diría lo contrario.

—¿Estoy hablando demasiado? —continuó sin esperar respuesta—. A veces lo hago. Pero hoy es peor que otras veces. Probablemente porque estoy cansada y nerviosa. Una mala combinación. ¿Le molesta? A la princesa no pareció importarle.

—Es una mujer fuerte. ¿Leche y azúcar?

—Solo está bien —dijo ella.

—¿Qué decía?

—¿Por dónde iba? —bebió un sorbo y pensó un instante—. Ah, sí. Fui a Nueva York para conocer a la princesa. Mi vuelo se retrasó.

—¿Por el clima de North Texas?

Ella asintió.

—Usted escucha de verdad, ¿no? Después, había mucho tráfico en la ciudad. Cuando llegué al hotel donde ella se alojaba, ya había contratado a otra persona.

—¿Una niñera corriente?

—Sí —frunció el ceño—. Todavía no comprendo por qué ése puede ser un requisito para un empleo. Ya lo descubriré.

—Sin duda.

—En cualquier caso, la princesa fue muy simpática y amable. Me invitó a comer y hablamos de cosas de mujeres mientras comíamos chocolate.

—¿Chocolate?

—Godiva, creo. Riquísimo. Ella dijo que le había caído bien y que necesitaba una secretaria. Así que me contrató. Me hizo una oferta que no pude rechazar. Bueno, usted ya sabe cómo se paga el empleo en el palacio real de la familia de El Zafir.

—Sin duda.

—Alojamiento y pensión completa incluidos.

—Una buena oferta.

—Está en lo cierto… ¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó, y bebió otro sorbo de café—. No sé cómo he podido olvidarlo. Estoy muy cansada. Después de dormir bien una noche, estaré en plena forma. Suelo ser muy buena para los nombres.

—Creo que no lo he mencionado.

Ella le parecía intrigante. Para ser una mujer que decía estar agotada, tenía mucha energía. Si descansaba una noche se

convertiría en un torbellino. No podía evitar preguntarse si su dinamismo estaba reservado sólo para el ámbito laboral. O si también se comportaba así con el hombre de su vida.

—Me está mirando con una expresión extraña. ¿Tengo una mancha en la cara? ¿Una verruga en la nariz? ¿Me encuentra rara? —bromeó ella.

—Para nada.

—Seguro que su nombre no puede ser tan difícil, y puesto que vamos a trabajar juntos, quizá sea buena idea que me lo diga para que no tenga que decirle: ¡oiga!

Él se enderezó y dijo:

—Soy Rafiq Hassan, príncipe de El Zafir, ministro de Interior y Asuntos Exteriores.

Penny se quedó boquiabierta. Soltó la taza que tenía en la mano y, al caer al suelo, el café se derramó sobre la alfombra.

Era incapaz de decir palabra. Toda una victoria. Él la había dejado sin habla.

Rafiq llamó a la puerta que daba a las habitaciones de su tía Farrah y al oír que le daba permiso, entró. A medida que se acercaba al salón de grandes ventanales con vistas al mar de Omán, sus pisadas resonaban sobre los suelos de mármol. En el centro de la habitación había un sofá blanco semicircular. Y el único color que había en la habitación provenía de los cuadros que había colgados en la pared. La hermana de su padre poseía una colección de arte mundialmente famosa.

Rafiq se detuvo junto al sofá y miró a su tía, que estaba sentada leyendo unos papeles.

—Me gustaría hablar contigo, tía Farrah.

—Por supuesto. ¿Qué ocurre, Rafiq?

—En una palabra… Penny.

Ella sonrió y la edad se borró de su rostro. A los cincuenta años, su tía seguía siendo una mujer atractiva.

—Es maravillosa, ¿no?

—Es… algo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Se quedó dormida en la butaca de mi despacho.

—Pobrecilla. En su defensa he de decir que es una butaca muy cómoda. Tuvo un viaje duro. Me dijeron que la chica insistió en comenzar a trabajar tal y como se había acordado. No quiso posponer el comienzo ni un solo día.

—Quiero que la decapiten.

—Sin duda, una buena recompensa por su dedicación.

—Estoy bromeando.

—Me alegra oírlo —se rió Farrah—. El gobierno prohibió ese castigo hace muchos años, incluso antes de que yo naciera.

—Creo que cortarle la lengua sería más apropiado —se colocó frente a ella—. Sí. Una idea excelente. Hay que hacer que el castigo encaje con el delito.

—Querido sobrino, ¿qué delito ha cometido?

—Ella es… —se detuvo al no encontrar la palabra que describiera sus sentimientos—. Una mujer.

—Ah —dijo su tía—. Te ha desconcertado.

—Claro que no. Nunca había conocido a una mujer que no pudiera comprender. Hasta hoy.

—Así que estás intrigado.

—Tonterías —contestó, y se volvió para mirar por las ventanas —. Es completamente absurdo.

—Rafiq, ¿has estado enamorado alguna vez?

No sabía cómo contestar a esa pregunta. Muchas mujeres lo habían cautivado y, sin duda, se había encaprichado con ellas. Pero, ¿se había enamorado?

—No empieces, tía. El amor es un lujo que no puede permitirse un príncipe de sangre real. El deber es lo que cuenta. Me casaré y tendré herederos.

—¿Cuándo?

—Cuando esté preparado —dijo mirándola por encima del hombro—. Pero no comprendo qué tiene que ver todo esto con Penny Doyle.

—Me da la sensación de que como tu madre falleció muy pronto, la educación que recibiste sobre este tema ha sido escasa. Tantos sirvientes, tutores, colegios internos…

—He recibido una educación excelente. Ahora, respecto a esa pequeña estadounidense…

—Penny me parece una bocanada de aire fresco. Pero

comprendo que no estés de acuerdo.

Rafiq se volvió y miró a su tía. Al ver la expresión de su rostro recordó que era una mujer mayor, un miembro de su familia al que le debía respeto y protección. Pero el brillo de sus ojos hizo que se preguntara si no sería él el que necesitaba esa protección.

—¿Por qué iba a estar de acuerdo? Es una mujer pequeña e insignificante. De Texas —se acercó a la cristalera con las manos detrás de la espalda—. Tenía entendido que las cosas de Texas eran mucho más grandes.

—Sí. Supongo que Penny es la excepción.

—Quizá. Penny Doyle… —murmuró él esbozando una sonrisa. Su tía tosió y lo miró con los ojos brillantes—. ¿Estás bien? —le preguntó. De no haberla conocido, habría pensado que se estaba riendo de él.

—Absolutamente encantada.

—¿Y por qué?

—Tu manera de reaccionar ante Penny es justo la que esperaba. Y ahora, no tengo que advertirte que mantengas las distancias.

—Si eso te preocupa, tía, entonces, ¿por qué mi padre se ha llevado a mi secretario y me habéis puesto a una mujer?

—El necesitaba a alguien con experiencia. Y es el rey. Penny es perfecta para tus… necesidades. Necesidades laborales, claro está. Si yo fuera tú, me lo pensaría dos veces antes de poner en duda a tu padre.

—De acuerdo. Pero me duele que pongas en duda mi comportamiento.

—Aparte de que tienes fama de ser un bribón con las mujeres, estoy preocupada por Penny.

—¿Por qué? Podría dejar sordo a un elefante —comentó él.

—Un hombre se aprovechó de ella.

Rafiq frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Me contó toda la historia en Nueva York. Su madre murió cuando Penny tenía doce o trece años. La mujer estaba soltera y era profesora, pero aun así, se las arregló para dejar una herencia a su hija. La joven pensaba abrir un centro de preescolar cuando un canalla sin escrúpulos la conquistó para fugarse con su dinero. No confiará en los hombres nunca más.

—Ese no era un hombre. Los hombres no tratan así a las mujeres. Y menos a una mujer como…

—¿Cómo? —preguntó la tía arqueando una ceja.

—No importa. Me gustaría conocer a ese hombre —dijo apretando los dientes—. Fustigarlo sería un castigo demasiado blando para él.

—Estoy de acuerdo —asintió ella—. Pero ahora, Penny está aquí y nosotros cuidaremos de ella. Quiero decir, yo cuidaré de ella. En mi opinión, las cosas no podrían ir mejor.

—Al contrario —Rafiq se sentía intrigado por Penny y eso lo hacía sentirse incómodo. No estaba acostumbrado a sentirse así con las mujeres. Quizá podía convencer a su tía para que no se la asignara como secretaria.

—¿Qué ocurre, Rafiq?

—Las cosas irían mucho mejor si mi padre me devolviera mi secretario. Entonces, tú podrías tener a Penny Doyle, con toda mi aprobación y deseándote que tu salud mental y tu audición permanezcan intactas.

—Me temo que no va a ser posible que lo recuperes.

—¿Por qué no?

—Eso pregúntaselo a tu padre.

—He seguido tu consejo y me lo he pensado dos veces. Hablaré con él sobre este asunto.

—Entretanto, necesitarás ayuda para los preparativos del baile benéfico internacional que se celebrará por primera vez en El Zafir. El toque de una mujer será muy útil.

—Tú eres una mujer… y la presidenta del evento —dijo él—. ¿No es suficiente?

—Penny trabajará para los dos.

A Rafiq no le gustó la respuesta y empleó otra táctica.

—¿Te parece que es justo para ella? ¿También tendrá que trabajar para mí? Contigo tendrá suficiente eres muy exigente.

—Tienes razón, pero sospecho que Penny es muy trabajadora.

—Si puede permanecer callada el tiempo suficiente.

—A mí me parece encantadora.

—¿Es ésa su única cualidad? Tengo entendido que estaba

buscando trabajo como niñera para los hijos de Fariq.

—Sí. Pero tenía mucha energía y parecía muy inteligente. Tiene dos licenciaturas. Una en Educación Infantil y la otra en Económicas. Tiene muy buen referencias por parte de Sam Prescott.

Sam Prescott pertenecía a una familia adinera de Texas y Rafiq y él eran amigos desde pequeños Sus familias se conocían bien y compartían alguno negocios.

—¿Y Sam de qué la conoce?

—Prescott International ofrece becas a estudiantes con talento. Penny fue una de las elegidas y familia se interesó personalmente por su carrera, Era una de las mejores de la clase y consiguió unas prácticas en la sede que Prescott tiene en Dallas. Así que sé con certeza que es rápida, inteligente trabajadora y con posibilidades de que le enseñen

—Al parecer, ésa será mi responsabilidad —dijo mirando a su tía.

—Esa mirada asustaría a los niños, Rafiq. Dime que no la miraste así —le dijo la tía—. Eres el diplomático de la familia. Si tú…

—No acostumbro a asustar a los niños ni a las mujeres: Pero también está el asunto del café…

Había hecho falta un milagro para dejarla sin habla. Por suerte, el café se había enfriado y ella no se había quemado. El reconocía su parte de culpa en el incidente.

—¿Qué pasa con el café?

—Se le cayó de las manos.

—¿Hiciste algo para que se le cayera?

—Simplemente me presenté.

Y Después de haber dejado que creyera que era un secretario. Y de permitir que le dijera que lo consideraba muy atractivo. Sin embargo, ocultarle que era el príncipe le parecía liberador. Dudaba que ella hubiera hablado con tanta naturalidad si no hubiera pensado que era un hombre corriente. Él estaba acostumbrado a los halagos de las mujeres, pero el hecho de que Penny lo hubiera halagado sin conocer su identidad, era mucho más importante.

—¿Dónde está ahora? —preguntó la tía frunciendo el ceño.

—En la habitación que le has asignado en el ala de invitados del palacio. Le he dicho que se tome el resto del día libre para

reponerse del viaje.

—Bien. Y me alegro de que hayamos hablado. Pero déjame que te lo recuerde una vez más, Rafiq. No tienes que cautivar a Penny. Hasta que podamos solucionarlo de otro modo, será tu secretaria y nada más —añadió—. No podemos permitir que los negocios de El Zafir se vean afectados porque tú hayas conquistado a otra de las empleadas.

—Gracias, tía Farrah —dijo él, incapaz de contener una sonrisa.

—No pretendía ser un cumplido. Voy a decírtelo una vez más. No hagas nada extraordinario para ser amable con Penny. Es suficiente con que seas cortés en el trabajo.

—Soy príncipe de sangre real. La bondad es mi responsabilidad. Tú misma me enseñaste lo importante que es ser cortés. No veo motivos para disculparme por aprender a fondo la lección que me enseñaste.

—También te enseñé a respetar a tus mayores —dijo ella—. Te estás comportando como un niño cabezota.

—Al contrario —dijo él—. No veo por qué lo dices.

—Por supuesto que no. Nunca lo haces. Ni tus hermanos tampoco.

—¿Qué tienen que ver Kamal y Fariq con todo esto? —preguntó él.

—El príncipe dé la corona y el ministro de los Recursos Petrolíferos no tienen nada que ver con nuestra conversación. Sólo era un comentario.

—Los hombres de la familia real de Hassan hemos jurado fidelidad al país y a la familia —dijo él—. Somos los protectores de los ciudadanos de El Zafir. No podemos permitir equivocarnos.

—Es una gran responsabilidad —convino ella—. Y he encontrado a una mujer joven que, creo, será una excelente secretaria. Una persona brillante y amena que me gustaría durara mucho tiempo trabajando para mí. Sólo te pido que no hagas nada para facilitar su regreso a los Estados Unidos.

—Ni se me ocurriría.

—Me pongo nerviosa cuando te veo tan complaciente —dijo ella, y al ver que él iba a contestar, lo interrumpió—. Ve a contárselo al rey o a tus hermanos. Quizá ellos crean tus quejas.

—No soy tan complaciente como crees —se defendió.

—Por el bien del palacio, eso espero.

Rafiq hizo una reverencia y, conteniendo un suspiro, salió de la habitación. Una vez fuera, recordó a la joven estadounidense. ¿Amena y brillante? No estaba seguro de haber conocido ese lado de Penny Doyle. Quizá debiera hablar con ella otra vez. Sólo para asegurarse de que no había subestimado a su nueva secretaria. Y, ya de paso, para conocerla mejor.

Así, los negocios de El Zafir se desarrollarían sin problemas.

Capítulo 2

PENNY paseaba de un lado a otro de la habitación. Estaba nerviosa y no podía dormir. Al menos la habitación era lo bastante grande como para pasear. No podía dejar de pensar en como había podido ser tan estúpida y en por qué él le había permitido llegar tan lejos.

Rafiq. Un nombre con gracia que encajaba aquel hombre. Era muy atractivo. Un príncipe gobernador de su país. Eso disculpaba su comportamiento. Horrorizada, recordó la conversación había mantenido con él. Por supuesto que sabía cuánto cobraba una empleada del palacio. Y claro que había visto a la princesa Farrah un par de veces. Penny le había dicho que era atractivo, pero él le había sonsacado la información.

Se cubrió la cara con las manos deseando olvidar aquella humillante situación. Qué tonta había sido Y él se lo había permitido, a pesar de que ella le había pedido que no la dejara quedar en ridículo.

No era la primera vez que un hombre le toma el pelo. La última vez, el hombre se había lleva todo su dinero antes de desaparecer. Esta vez, le habían dicho que desapareciera. El príncipe le había dicho que podía tomarse el día libre. Para aclimatarse . ¿Era la manera de decirle que se preparara. Para ser descuartizada al amanecer por haber cometido el delito de ser impertinente?

—Casi preferiría estar muerta —dijo en voz alta—. Pero me gustaría una muerte menos violenta.

Tenía admitir que aquél era un lugar maravilloso para pasar las últimas horas de su vida. Las paredes eran blancas, y en ellas colgaban coloridos tapices En la zona del salón había un sofá desde el que se veía un bonito jardín lleno de flores. No se veía el mar ,

pero desde el balcón se podía sentir la brisa marina . En la habitación había una cama con dosel, una cómoda y un armario a juego. ¿Qué estaba haciendo allí? Era una pregunta que constantemente rondaba su cabeza, pero que, por suerte, no necesitaba respuesta ya que, después de lo que había hecho, no estaría por allí mucho tiempo. Sin duda, el príncipe de El Zafir no permitiría que se quedara después de haberlo ofendido.

Al oír que llamaban a la puerta, se sobresaltó.«Ha llegado el momento», pensó, y abrió la puerta.

¡Era él! Por segunda vez en el día, se sintió incapaz de pronunciar palabra.

—¿Puedo pasar? —preguntó el príncipe.

—Por supuesto —contestó ella, y se echó a un lado.

—Has cambiado —dijo él, mirándola de arriba abajo.

—En realidad no. Soy la misma persona que hace un rato. No tengo palabras para…

—Me refería a la ropa —dijo él, señalando los pantalones que ella llevaba.

—Ah —dijo ella, y se fijó en sus pies descalzos. Al levantar la vista vio un brillo incomprensible en la mirada del príncipe. Pero sólo se le ocurrió una palabra para describir lo que veía en sus ojos negros. Seducción.

En la información que había buscado sobre la familia real había encontrado que el apellido Hassan significaba atractivo y, desde luego, él hacía honor a su nombre. Tenía el pelo corto y oscuro. Los pómulos prominentes, la nariz recta y el mentón casi perfecto. Anchas espaldas y un torso musculoso. Llevaba un traje azul hecho a medida que resaltaba todo su cuerpo. Penélope recordó el comentario inapropiado que había hecho acerca de que en Texas, los vaqueros reunían los estándares del atractivo masculino. El príncipe Rafiq Hassan acababa de superar el listón, y había conseguido que a Penélope le temblaran las piernas y se le acelerara el corazón.

—Yo no…

—¿Sí? —interrumpió él.

—¿Cómo he de llamarlo? —soltó ella—. ¿Alteza? ¿Majestad? ¿Señoría? ¿Miembro de la familia real conocido como príncipe?

Estaba siendo impertinente, pero no podía evitarlo. Era su forma

de ser. Además, ¿qué tenía que perder? Ya había metido la pata. Y aunque él tenía parte de culpa por haberla engañado, seguramente había ido allí para despedirla.

—Puedes llamarme Alteza, príncipe Rafiq Hassan, ministro de Interior y Asuntos Exteriores, el espléndido y bondadoso.

Ella empezaba a pensar que tendría que anotárselo para poder recordarlo cuando vio que él esbozaba una sonrisa.

—Está bromeando —lo acusó.

—Sí.

—Menos mal.

—¿Qué?

—Que tiene sentido del humor.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a tenerlo? —se encogió de hombros y después extendió el brazo para mostrarle la mano.

En el dedo índice llevaba una tirita con dibujos de cómic.

—En nuestro primer encuentro no esbozó ni una sonrisa —le recordó ella.

—Por eso estoy aquí.

—¿Para mostrarme que sabe sonreír?

—No. Para comenzar de nuevo.

Durante medio segundo, ella pensó que él iba a disculparse por haber permitido que quedara en ridículo. Lo miró y se colocó las gafas.

—Creía que había venido a por mí.

—¿Perdón?

—Ya sabe, a deshacerse de mí.

—¿Por qué?

—Me preguntaba si me llevaría a la plaza de la ciudad para descuartizarme al amanecer.

—De hecho, sí pensé en decapitarte.

—¡No!

—Sí. Y después en cortarte la lengua.

—Está bromeando —dijo ella al ver que él sonreía.

—Sí —dijo él, y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Creías que venía a revocar tu contrato?

—Así es. A despedirme.

—No he venido a hacer tal cosa.

—Es un alivio. Aunque debe admitir que, si me hubiera dicho

enseguida quién era, ahora no habría una mancha de café sobre la alfombra de su despacho.

—No tengo que admitir nada —dijo él—. Soy el príncipe.

—Por supuesto. Y el príncipe es un experto en todo lo que hace.

—Más o menos —dijo él, con un brillo en la mirada.

—Si no ha venido a admitir nada, entonces, ¿a qué ha venido?

—Para darte la bienvenida a El Zafir.

—Gracias… —dudó un instante y añadió—. Todavía no me ha dicho cómo he de llamarlo.

—Príncipe Rafiq en público. En privado, cuando estemos trabajando, puedes llamarme por mi nombre de pila.

Rafiq. El nombre hacía que Penélope se estremeciera. Él no se parecía a nadie que ella hubiera conocido antes. Sólo su nombre implicaba misterio, magia, encanto y romance.

—Príncipe Rafiq —dijo ella, probando el nombre.

—Puesto que me han encargado tu formación…

—Pero se suponía que iba a trabajar para la princesa Farrah.

—Ha habido un cambio de planes. Mi padre se ha apropiado de mi secretario, y mi tía…

—¿La princesa Farrah?

El asintió.

—La hermana de mi padre. Ella te ha entregado a mi cuidado.

Al oír sus palabras, Penélope se estremeció de nuevo.

—¿Así que voy a trabajar contigo?

Él asintió.

—Si quieres, puedo pedir que traigan chocolate y, después, podemos hablar de nuestras cosas.

—Eres diferente a los otros hombres —dijo ella, y se arrepintió enseguida. Era un comentario inapropiado. Ya sabía que Rafiq era el príncipe y no podía coquetear con él. Además, nunca había sido una coqueta. ¿Habría algo extraño en el aire exótico de El Zafir? ¿O en el agua?

—¿Diferente? —preguntó él con curiosidad.

—En donde yo vivía, siempre se decía que los hombres no escuchan, y que tampoco recuerdan nada.

—A lo mejor, los vaqueros de tu país tienen algo que les falta para llegar a cumplir los estándares masculinos.

«Escucha de verdad», pensó ella sonrojándose.

—Quizá escuchar y recordar son acciones sobrevaloradas —comentó Penny.

El sonrió y mostró su blanca dentadura.

—Con el debido respeto —dijo él—, todavía no he conocido una mujer que prefiera que un hombre la ignore.

Ella no pudo evitar preguntarse cuánto había investigado sobre las mujeres, aunque, según las revistas que había leído, el príncipe había tenido numerosas relaciones románticas. Penny había visto su foto más de una vez, y por eso se sentía tan mal al pensar que no lo había reconocido. Pero en realidad el príncipe Rafiq no se parecía en nada al Don Juan que mostraban los periódicos.

¿Con cuántas mujeres habría salido? ¿Con veinte? ¿Con cien? ¿Y con cuánto había salido ella? Con ninguno. Por tanto ¿Quién estaba en mejores condiciones para opinar?

—De acuerdo. Ganas puntos por saber escuchar y recordar.

—Gracias —dijo él, y miró a su alrededor, Supongo que el alojamiento es de tu agrado.

—Oh, sí. Éste es el lugar más bonito que conozco.

—¿Y comparado con Texas?

—Comparado con cualquier sitio. Incluido el hotel en el que conocí a tu tía.

—Es más espartano que el hotel de Nueva York al que ella va.

Penny asintió.

—Pero hay mucho a favor de la simplicidaces, A veces, menos es más.

—Sé muy bien lo que quieres decir —la miró a los ojos con una mirada ardiente. Penny sintió cortaba la respiración—. Háblame de ti, Penny

La pregunta la sorprendió. No sabía por que pero no esperaba que un miembro de la realeza se preocupara por alguien como ella.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó ella al todavía estaba de pie.

Él dudó un instante y contestó:

—Sí. Gracias —se acomodó en el sofá y señaló el espacio vacío que quedaba a su lado—. Por favor

Ella obedeció, pero dejó una distancia apropiada entre ambos.

—¿Y qué te gustaría saber de mí?

—¿Por qué abandonaste tu país y aceptaste bajo en El Zafir, en la otra punta del mundo? tu país es muy progresista

—.Trabajamos duro para que así sea. ¿Qué más? creo que quedó claro que el palacio paga bien-dijo ella con una sonrisa sí Creo que si ¿El dinero te parece importante? Solo alguien que nunca lo ha necesitado haría esa pregunta.¿Eso es un sí? —preguntó él arqueando una ceja. Si

Dime por qué No quieres saberlo. Al contrario .El dinero: es algo importante para mí porque mi madre trabajó muy duro para conseguirlo. ¿Y tu Padre? nunca lo conocí. Sólo estábamos mi madre y yo, Ella murió cuando yo era pequeña.

La mía también. Mi tía Farrah llenó el vacío cuando mi madre falleció.

=Eres, afortunado. Yo no tenía a nadie que llenara ese vacío. La pequeña herencia que me dejó no consiguió borrar el dolor de su pérdida. Me crié en un orfanato.

Ya veo.

—A los dieciocho años, el Estado dice que uno es adulto y tiene que vivir por su cuenta.

—El Estado está equivocado —contestó él—. A esa edad todavía se es un crío.

—Puede. Pero yo estaba decidida a conseguir un título universitario.

—Y lo hiciste… en Educación Infantil y Económicas. Mi tía me ha contado que conseguiste hacer Prácticas con Sam Prescott en Dallas.

—Sí. Los Prescott se han portado muy bien conmigo. Sam fue el que me sugirió que pensara en la posibilidad de trabajar en El Zafir.

Porque ella había pensado en montar su propio centro de preescolar. Y, como una idiota, permitió que se llevaran su dinero. Pero, aunque Rafiq la hacía sentirse muy cómoda, ella creía que no le apetecería oír su historia. O quizá ella no quería confesarle lo estúpida que había sido al dejarse camelar por un hombre atractivo. Había prometido que nunca más se dejaría embaucar por un atractivo jugador.

Él la miraba con tanta intensidad que ella se preguntó si podría llegar a ver sus sentimientos. Esperaba que no. El príncipe no querría que una mujer tan ingenua trabajara para él.

—Conozco a Sam Prescott desde que éramos niños. ¿Hay algún motivo especial por el que ganar dinero sea tan importante para ti?

Porque una promesa era una promesa. Y la que Penny había hecho años atrás significaba mucho para ella. Pero él no querría oír la historia.

—Mi sueño es abrir un centro de preescolar, posiblemente en el ámbito empresarial. De esa manera podría estar subvencionado por la empresa.

—¿Por qué?

—Siendo un hombre de negocios, pensé que te parecería evidente. El apoyo de la empresa haría que las posibilidades de éxito fueran mayores…

—No, me refería a ¿por qué quieres montar un centro de preescolar?

—Ah. Me gustan los niños —lo miró a los ojos y se sorprendió al ver que parecía interesado—. Creo que es hereditario. A mi madre le encantaba enseñar en la escuela elemental. Antes de que yo fuera lo suficientemente mayor como para ir al colegio, ella se esforzó para poder pagar una guardería. Siempre decía que una madre no debería tener que elegir entre un sitio seguro para su hijo a costa de sacrificar un ambiente estimulante.

—¿Y un centro de preescolar reúne ambas cosas?

—Sí. Mientras las mujeres sean parte de la fuerza de trabajo, y no veo que eso vaya a cambiar, el cuidado de calidad para los niños será algo imprescindible.

—En mi país también.

—¿De veras?

Rafiq observó cómo se acomodaba en el asiento. Ella se sentó hacia atrás y, aunque el sofá era bajo, las piernas no le llegaban al suelo. Se fijó en que tenía los pies pequeños y, como iba descalza, pudo ver que llevaba las uñas pintadas de rojo. Penny colocó las piernas a un lado y apoyó el codo en el brazo del sillón. Ya no llevaba el pelo recogido en un moño y los mechones de su melena dorada le llegaban hasta la cintura, como una cascada de seda que cualquier hombre desearía acariciar. Los pantalones vaqueros que llevaba resaltaban su cintura y sus piernas delgadas. No tenía el cuerpo de las mujeres en las que él solía fijarse. La miró a los ojos y vio que ella lo miraba expectante tras los cristales de las gafas.

—Pensaba que en El Zafir no habría muchas mujeres que trabajaran fuera de casa —dijo Penny.

—En este país, cada vez hay más mujeres que reciben educación y eligen trabajar. Durante muchos años hemos obviado esta maravillosa fuente de trabajo y vitalidad.

—Entonces, el cuidado de los niños es un problema.

—Exacto.

—Todavía me gustaría saber por qué tu hermano buscaba una niñera corriente para sus hijos.

¿Cómo podía conseguir que se olvidara de esa pregunta? Se fijó en su boca. Hasta entonces, no se había percatado de lo sensuales que eran sus labios. Sentía ganas de probarlos. Quizá eso la ayudara a olvidarse de su pregunta. Pero se contuvo y trató de no pensar en esa posibilidad. Ella era su secretaria personal. Nada más. Él tenía que recordarlo y olvidarse de lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros.

Era su jefe. Y ella apenas era más que una niña. Él tenía veintinueve años, pero ella lo hacía sentir como un anciano.

—Tengo que irme —se puso en pie—. Sobre el trabajo…

—¿Sí? —preguntó ella, y también se levantó. Era tan bajita que su cabeza apenas llegaba al hombro de Rafiq. De pronto, él experimentó un fuerte sentimiento de protección. Nunca había sentido lo mismo con otra mujer.

A Penny la habían herido. Como su tía se lo había contado, él podía percibir desilusión en su mirada cuando le hablaba de un sueño no cumplido. La rabia lo invadió por dentro. Deseaba vengarse del hombre que la había engañado.—¿Qué hay del trabajo? —preguntó ella.

—Sí, el trabajo.

—¿A qué hora quieres que vaya al despacho?

—A las nueve. Ella sonrió.

—Al menos no tendré que sortear los atascos. —No —él se aclaró la garganta—. Sobre tu vestimenta…

—Tu tía ya me ha instruido sobre eso. Nada de pantalones en público. También me dijo que en este país las mujeres se cubren los brazos y que las faldas deben llegar por debajo de la rodilla.

—Así es.

Rafiq debería sentirse contento de que ella supiera todo aquello, pero sin embargo, se sentía apenado porque los vaqueros no fueran una prenda adecuada.

—Entonces, mañana nos vemos —dijo ella.
—Sí, mañana.
—Estoy impaciente.
Igual que él. Y mucho más de lo que debiera.

Capítulo 3

PENNY cerró la puerta de su habitación y se dirigió a cenar con los Hassan. Estaba emocionada, iba a cenar con todos los miembros de la familia real.

A medida que se acercaba al comedor, las piernas le temblaban con mayor intensidad. Si la invitación se la hubiera hecho otra persona que no fuera la princesa Farrah…

¿La habría rechazado? Imposible. El sentido común le decía que no se puede morder la mano que te da de comer. Rechazar la invitación no era correcto. Y ella respetaba a la princesa. Pero estaba tan nerviosa…

Penny bajó la escalera agarrada a la barandilla de caoba. Cuando llegó abajo, caminó hacia la izquierda y abrió las puertas del comedor. «No hablaré demasiado», se repetía en voz baja.

Asomó la cabeza pensando que no habría llegado nadie y sintió que se le detenía el corazón al ver que todos estaban allí. ¿Llegaba tarde? Odiaba llegar tarde. Odiaba entrar en una habitación y que todo el mundo la mirara. Al menos, ninguno se había sentado a la mesa.

Penny miró el reloj que llevaba en la muñeca. Había calculado el tiempo para llegar diez minutos antes que todo el mundo y tranquilizarse mientras los esperaba. Pero no, la familia real había llegado antes que ella. Detestaba la impuntualidad. Y el nerviosismo. Ése era el motivo por el que su primer encuentro con Rafiq había sido desastroso.

Sintió un nudo en el estómago al ver la cantidad de personas que había reunidas para la cena. Penny los había conocido a todos, pero de uno en uno. ¿Y cómo iba a enfrentarse a todos ellos en grupo? «Con mucho cuidado», pensó.

Al entrar en el comedor miró a su jefe. Él estaba hablando con sus hermanos y, de pronto, sonrió. En un instante, el hombre serio y autoritario con el que ella se había familiarizado, desapareció y se convirtió en un hombre imponente y desenfadado. Penny sintió que le temblaban las piernas. Le resultaba mucho más fácil tratar con su jefe, el príncipe, que con ese hombre que sonreía o incluso bromeaba con cortarle la lengua.

Rafiq.

Él le había dicho que lo llamara por su nombre cuando estuvieran en privado. ¿Había una norma sobre cuántas personas constituían público? ¿Tenía que respetar la norma aunque fuera su familia? ¿Debía llamarlo príncipe Rafiq o podía prescindir del título?

Miró hacia el suelo y suspiró al ver el vestido negro de punto que le llegaba hasta los tobillos. Recordó que la dependienta de la tienda donde lo compró le había dicho que nunca podría equivocarse vistiendo de negro. Pues se había equivocado, pero no tenía presupuesto para comprarse otro vestido.

—Ah, Penny —la princesa Farrah, que iba vestida con un vestido verde de seda, una gargantilla de diamantes y unos pendientes a juego, se acercó a saludarla.

—Buenas noches, Alteza —Penny miró a su alrededor—. Espero no llegar tarde. Me dijo a las siete…

—Llegas puntual, cariño. ¿Verdad, Gamil? —le dijo al rey.

El rey se acercó a ellas e hizo una pequeña reverencia.

—Señorita Doyle. Me complace enormemente que haya venido a cenar con nosotros.

—Es usted muy amable por invitarme —Penny miró al resto de los presentes. La princesa le había dicho que sería una cena íntima con la familia. Se dirigió a ella y antes de poder contenerse, le preguntó—. ¿Todas las noches se visten así para la cena? La princesa se rió.

—Tres o cuatro veces a la semana. Las otras noches, uno o más de nosotros tiene que asistir a algún acto oficial en el que se requiere corbata negra y traje formal.

—¿Esto no es formal? —preguntó asombrada.

—¡Cielos! ¡No! —contestó la princesa.

Penny se sintió avergonzada. Seguro que se estaban riendo de

ella, y si no, lo harían pronto. Su vestido poco elegante la hacía parecer el patito feo entre los cisnes.

—Entonces, ¿para la familia real esto es informal?

—Supongo que sí —contestó el rey.

—Lo siento. No pretendía ser impertinente —se disculpó Penny, aunque él no parecía enfadado—. Es sólo que no tengo ninguna referencia para este tipo de cosas. Lo que quería decir es que invitarme ha sido todo un halago para mí, Majestad —aclaró—. Y ya sé de dónde han sacado sus hijos el atractivo —añadió. Nadie podía equivocarse diciendo un cumplido.

El se rió y le hizo una reverencia.

—Farrah tiene razón. Sin duda es como una bocanada de aire fresco. Y una aduladora descarada.

—Al contrario, Majestad. Adular implica falta de sinceridad, y le aseguro que lo digo de verdad —dijo ella, sin poder dejar de mirar a Rafiq.

Se fijó en que se parecía mucho a su padre. El rey Gamil tenía cincuenta y tantos años, pero no aparentaba más de cuarenta. Podía confundírsele con el hermano mayor de sus hijos. El rey le recordaba a un actor famoso. Y Penny no podía evitar preguntarse por qué no estaba casado. Y lo mismo le pasaba con la princesa Farrah.

—Nos gustaría darle la bienvenida a nuestro país —dijo él.

La princesa dio un sorbo de la copa que tenía en la mano y dijo:

—Esperaba que Rafiq te comunicara que estabas invitada a la cena. Pero al ver que se había olvidado, yo misma me encargué de rectificar la situación.

Penny suponía que el príncipe se había olvidado de invitarla porque tenía miedo de que derramara algo sobre su traje de Armani. Aunque su relación laboral progresaba de manera adecuada, ella no creía que fuera a permanecer en El Zafir el tiempo suficiente como para olvidar el incidente del café.

Justo en ese momento, Rafiq se acercó a ellos.

—Buenas noches, Penny —dijo él, e hizo una pequeña reverencia.

—Hola —dijo ella con la respiración entrecortada.

—¿Puedo ofrecerte una copa de champán? —preguntó él.

—Sí, gracias. Nunca he probado el champán —ya empezaba.

Sentía la necesidad de hablar a mil por hora. Respiró hondo y lo miró—. Es una advertencia… A lo mejor quieres mantener la distancia.

—¿Y por qué iba a querer hacerlo? —Preguntó él, mirándola fijamente—. Era evidente que el día de tu llegada no era la primera vez que tomabas café, algo que no pasó desapercibido para la alfombra de mi despacho.

—Supongo que era mucho pedir que hubieras olvidado ese incidente.

—Como bien señalaste… escucho y recuerdo —dijo con una sonrisa—. Así que me arriesgaré o que pruebes tu primera copa de champán.

—Mi hijo tiene el corazón de un león —dijo el rey, y le guiñó un ojo.

Rafiq sonrió a su padre y después se acercó a uno de los camareros que sujetaba una bandeja de plata. Penny se colocó las gafas y aceptó la copa de champán que le ofrecía.

—Rafiq, has sido muy descuidado al no invitar a Penny a cenar antes —dijo la princesa es… ¿cómo se dice en los Estados Unidos? EL procedimiento que se hace con cada nuevo empleado, para que podamos conocerlo personalmente.

—Una gran familia —comentó Penny,

—Exacto —dijo el rey, sonriente—. Con los años se ha demostrado que los empleados contentos son más productivos. ¿Cree que soy un tirano… señorita Doyle?

—Al contrario Majestad, es algo de sentido común.

La princesa lo cogió del brazo.

—Discúlpanos, querida. Gamil y yo tenemos que ir a ayudar a Johara con los gemelos de Fariq.

—A mí me parece que están muy bien —dijo el rey.

—Rana y Nuri son buenos chicos, pero sabes tan bien como yo que a veces son muy inquietos.

El rey la miró y comprendió lo que le transmitía con los ojos. Asintió e hizo una reverencia.

—Mi hermana tiene razón. Discúlpenos, por favor.

Penny miró a Rafiq y comenzó a ponerse nerviosa. En el trabajo se sentía segura y se había acostumbrado a tratar con su jefe. El le encargaba tareas y ella las resolvía lo mejor posible.

Con el paso de los días, se había establecido una rutina. Por la mañana, ella bajaba el correo electrónico del príncipe, lo imprimía y lo dejaba sobre la mesa de su despacho. Después, devolvía llamadas, escribía cartas y confirmaba citas. Las tardes estaban reservadas para las reuniones. Él entraba y salía del despacho mientras ella continuaba recibiendo llamadas y tomando mensajes.

Como ya le había contado a Rafiq, cuando estaba en la universidad trabajó en Prescott International como secretaria personal de Sam Prescott, un director ejecutivo que le había enseñado muchas cosas. El Zafir era un país pequeño, pero había muchas cosas similares a las de su anterior trabajo y, laboralmente, se sentía segura de sí misma. El problema era que, en esos momentos, no estaba trabajando. Sintió un nudo en el estómago.

Miró de nuevo a Rafiq, deseando que él dijera algo. Ella estaba haciendo todo lo posible para no hablar demasiado, pero cuando no pudo soportar el silencio, comentó:

—Este lugar es muy bonito.

—Gracias —contestó él.

—Las lámparas de araña son sobrecogedoras. Aunque he de decirte que no puedo evitar preguntarme quién las mantiene tan brillantes. Sacarles brillo debe de ser el trabajo más aburrido del mundo.

—Nunca había pensado en ello.

—Lo dabas por hecho. Pero mira —dijo ella, señalando la lámpara con la copa de champán—. Debe de haber mil cristales por lo menos, y todos brillan como diamantes. El efecto es deslumbrante.

—Sí —dijo él, mirándola.

¿Qué significaba su mirada? En el despacho se centraba en los negocios y era inexpresivo. Pero aquella noche, la expresión de su mirada era muy intensa, como si pudiera ver todos los secretos que ella guardaba. A Penny le resultaba difícil no romper el silencio con lo primero que le pasaba por la cabeza. Se fijó en la mesa que estaba servida y preguntó:

—¿Esos platos están grabados en oro de verdad?

—Eso creo.

—¿Y los tenedores y los cuchillos?

—De oro —sus ojos brillaron como si estuviera a punto de

burlarse de ella—. De oro macizo.

—¿Lo dices en serio?

—Sin duda.

—Nunca he visto nada tan maravilloso como esta habitación. El mantel de la mesa, los apliques de la pared —dijo ella, encogiéndose de hombros—, las flores. ¿Eso no son orquídeas, mezcladas con las rosas?

—Sí. Son de verdad y están recién cortadas. Se puede sentir cómo su aroma invade el ambiente —dijo él, y esbozó una sonrisa —. No bromeo.

—Te estás riendo de mí.

Rafiq se llevó la mano al corazón.

—Me has herido en el corazón.

—Sí, ya veo cómo sangras.

—¿Lo dices en broma? —preguntó con una amplia sonrisa.

—No. Nunca sería tan impertinente como para bromear.

Penny miró a su alrededor y vio a los hermanos de Rafiq, el príncipe Fariq y el príncipe heredero, Kamal. Su hermana, la princesa Johara, lucía un vestido de terciopelo granate que resaltaba su cabello moreno y sus ojos oscuros. Estaba cuidando de los hijos gemelos de Fariq, que tenían cinco años. Nuri llevaba un traje como el de su padre, y Hana, un sencillo vestido verde de terciopelo. Ambos eran adorables.

Incluso los niños iban mejor vestidos que ella.

—Me alegro de que sea una cena familiar íntima y sencilla —dijo ella.

—¿Por qué lo dices?

Penny miró su vestido.

—No voy apropiadamente…

Antes de que pudiera terminar la frase, la princesa Farrah golpeó una copa con suavidad.

—Todo el mundo a sentarse, por favor. La cena está lista. Penny, siéntate aquí, junto a Rafiq, y cerca de Hana y Nuri.

«Llegó la hora. Por favor, no me dejes tirar nada», suplicó al dios del decoro.

Rafiq inhaló el aroma del perfume que llevaba Penny mientras le sujetaba la silla. La tela del vestido se ceñía en su cintura, trasero y caderas, resaltando las curvas de su cuerpo. Desde el día de su

llegada, sólo la había visto con vestidos anchos que no tenían comparación con lo bien que le quedaban los pantalones vaqueros. Pero aquel vestido sencillo era una mejoría.

Para su desgracia, Penny llevaba la melena rubia recogida en un moño que dejaba al descubierto su bonito cuello y, al verlo, Rafiq deseó darle un beso junto al lóbulo de la oreja. «Algo inapropiado», pensó él.

—Gracias —ella lo miró cuando él se sentó a su lado—. Has sido… Lo único que se me ocurre decir es que has sido muy cortés. Nadie me había sujetado la silla antes.

—De nada.

Teniendo en cuenta lo que ella le había contado sobre su pasado, Rafiq no se sorprendió. Además, pensaba que, dadas las circunstancias, Penny debía de ser una mujer fuerte si había conseguido llegar hasta donde había llegado con pocos recursos.

Penny bebió un poco de champán y dejó la copa sobre la mesa.

—Bueno, en realidad no es del todo verdad. Una vez, en el orfanato, un niño me sujetó la silla. Pero la quitó cuando fui a sentarme y se rió al ver cómo me caía.

—Maldito…

—Imbécil es la palabra que estás buscando.

—Estaba pensando en bestia. Pero imbécil me sirve también —Rafiq la observó pero no percibió ni una pizca de autocompasión. Ella estaba relatando una experiencia, nada más. Algo que los haría conocerse mejor—. ¿Qué te parece el champán? —le preguntó.

—No soy una experta, pero me gusta mucho.

A él le gustaba bromear con ella. Pero no en el despacho. Lo que significaba que no había tenido oportunidad de bromear desde el día de su llegada. El encuentro de aquella noche le parecía tan placentero como el del primer día. Y no es que se hubiera olvidado de la tradición de invitar a cenar a los nuevos empleados con la familia, era sólo que no estaba seguro de que ver a Penny fuera del despacho fuera algo sensato.

El rey se aclaró la garganta y levantó la copa:

—Me gustaría dar la bienvenida a nuestro país a nuestra nueva empleada. Creo que todos la habéis conocido ya. Penny, espero que la estancia en El Zafir sea tranquila y agradable.

—Gracias, Majestad —dijo ella, y bebió un sorbo de champán.

Durante los minutos siguientes, los camareros fueron de un lado a otro sirviendo los cuencos de sopa. De reojo, Rafiq vio cómo Penny miraba a su alrededor. Casi podía sentir la tensión que irradiaba de su cuerpo. Cuando todos empezaron a comer, Penny tocó cada cubierto y, agarró la cuchara más alejada del cuenco.

—Bueno, Penny, cuéntame, ¿estás contenta hasta el momento? —le preguntó el rey.

«¿Por qué no iba a estarlo?», pensó Rafiq. Tenía un buen sueldo, un techo sobre su cabeza y comida.

Era eficiente y muy organizada, y se había adaptado a la perfección en su despacho. ¿Por qué no iba a estar contenta?

Cada día, cuando se marchaba del despacho, pensamientos sobre Penny Doyle invadían su cabeza.

—Estoy contenta, Majestad.

—¿Qué te parece nuestro país? —le preguntó Fariq.

—No he tenido oportunidad de ver mucho, pero puedo decir honestamente que esto —levantó la mano para señalar la habitación —, me parece precioso. No se parece en nada al lugar de donde yo vengo.

—Háblanos de los Estados Unidos —le dijo Johara.

Penny observó el rostro de emoción de la adolescente.

—El rancho de los Prescott es lo más parecido a El Zafir que he visitado en los Estados Unidos. Tengo entendido que conocen a los Prescott.

—Muy bien —contestó el rey.

—¿Y qué más has visto? —preguntó Rafiq. Ella miró a su alrededor y después a él.

—Estoy segura de que no quieren oír hablar sobre mi aburrida vida.

—Al contrario —dijo la princesa Farrah—. Nos encantaría saberlo todo sobre ti.

Todos prestaron atención mientras Penny hablaba de su pasado y de las becas que había conseguido. El rey le preguntó qué tal se llevaba con Sam.

Prescott y si había conocido a su padre, que era un buen amigo de Gamil. Ella le contestó que sí, y el tema le dio la oportunidad de evitar la parte de la historia en la que conoció al hombre que huyó con su dinero. Al fin y al cabo, eso no era asunto de nadie más que

de ella. Mientras hablaba, los camareros retiraron el primer plato y sirvieron las entradas.

—Me encantaría ir a la universidad en los Estados Unidos —dijo Johara.

—Está muy lejos —contestó su padre.

—Pero Kamal, Fariq y Rafiq ,estudiaron allí —dijo la joven.

—Eso es diferente —respondió el rey.

—No veo por qué.

Rafiq observó cómo Penny miraba a su hermana pequeña. Era un tema conflictivo y su hermana no estaba dispuesta a olvidarlo a pesar de las múltiples veces que su padre había negado su petición. A pesar de su comportamiento, Johara cortó la carne de Nuri. Al instante, Penny estaba haciendo lo mismo con la de Hana.

—Gracias, Penny —dijo la niña con timidez.

—De nada —susurró ella.

Kamal la miró y le dijo:

—Muy pronto, Penny, nos aseguraremos de que hayas visitado los lugares más bonitos de nuestro país. Estoy seguro de que Rafiq estará encantado de mostrártelos. Entretanto, dime, ¿qué te parece tu trabajo?

Ella se colocó las gafas. Tras los cristales, sus ojos brillaron de entusiasmo.

—Me encanta. Siempre es un reto y me mantiene ocupada. Eso me gusta.

—¿Y no tienes problema en trabajar para Rafiq? —le preguntó Fariq.

—No —dijo ella con el corazón acelerado—. He aprendido mucho de él. Es paciente con mis preguntas y un profesor excelente.

—¿Qué te está enseñando? —preguntó Kamal, y sonrió con picardía.

—Puesto que es el ministro de Interior y el de Asuntos Exteriores, estoy aprendiendo mucho sobre El Zafir.

Los dos hermanos de Rafiq se rieron de que Penny no se hubiera percatado de la doble intención de la pregunta. Rafiq sabía que estaban tratando de que picara. Tenía que admitir que, en un principio, se sintió escéptico cuando su tía le ofreció a Penny como secretaria, pero hasta el momento, ella había demostrado ser muy buena trabajadora. Y él estaba agradecido porque ella no parecía

tener intención de esperarlo desnuda en su cama, como había hecho la última niñera.

—¿Echas de menos los Estados Unidos? —preguntó Johara.

Penny se mostró pensativa antes de contestar.

—No tengo mucho que echar de menos. Así que voy a contestar que no.

—¿Cómo van los preparativos del baile benéfico? —le preguntó el rey a su hermana.

—Estamos haciendo la lista de invitados —le informó ella—. Sólo invitaremos a los más ricos de entre los ricos. Nuestro objetivo es recaudar más dinero que nunca para alimentar a los niños hambrientos del mundo.

—Es una causa muy importante —dijo Penny—. Recibí una clase que trataba sobre los factores que impiden el aprendizaje. Una de ellas era que los estudiantes hambrientos no son capaces de prestar atención. El cerebro necesita nutrientes para funcionar de manera apropiada y asimilar la información.

—Es puro sentido común —dijo Farrah—. Yo no puedo pensar cuando tengo hambre.

Rafiq se echó hacia delante. Era un tema que lo apasionaba.

—Pero también tienen que ver otras cosas que no son la carne y las patatas. Los niños deben sentirse seguros en todo momento. No pueden sentirse así si no saben cuándo comerán la próxima vez. Estoy seguro de que las relaciones mundiales mejorarán cuando hayamos criado a una generación de niños bien cuidados y alimentados. Como Penny dice, debemos nutrir sus cerebros.

Una risita de niño se oyó a su lado. Desde el otro lado de la mesa, Fariq miró a sus hijos y frunció el ceño:

—Estoy viendo a dos que deberían concentrarse más en alimentar sus cerebros.

Mirando de reojo, Rafiq vio que algo se movía bajo el mantel. Penny se había enrollado la servilleta en la mano de forma que las esquinas parecían las orejas de un conejo, y la movía como si el animal estuviera saltando. Los niños estaban encantados.

Él observó a Penny y sonrió. Tenía las mejillas sonrosadas.

—Papá, Penny ha hecho un conejito —dijo Hana entre risas.

—Lo siento —dijo ella, y levantó la improvisada marioneta—. Pero estaban riéndose y pensé que esto los distraería.

—Y así ha sido —comentó el rey—. Muy ingenioso.

—Sí —dijo la tía Farrah—. A estas horas ya están muy inquietos y Fariq suele mandarlos arriba con la niñera. ¿Dónde has aprendido eso, cariño? ¿En una de tus clases?

—No. Me lo enseñó una de las trabajadoras sociales. Era demasiado mayor para que me adoptaran, así que ayudaba a los recién llegados al orfanato. Era una manera de hacer sonreír a los nuevos.

Rafiq sonrió al oír sus palabras.

Cuando todos terminaron de cenar, los camareros recogieron los platos y sirvieron el café y el postre. Los gemelos se comieron con entusiasmo el helado.

—No hace falta mucho para contentar a esos dos —comentó su abuelo.

«¿Hay alguien que haya hecho sonreír a Penny alguna vez?», se preguntó Rafiq. No podía evitar pensar que ella parecía más cómoda entre niños que entre adultos. ¿Y quién podía culparla, después de cómo la había tratado el canalla que le había robado el corazón y el dinero? Un fuerte sentimiento de protección invadió su cuerpo y deseó poder protegerla de cualquier daño futuro.

Cuando los niños terminaron de tomarse el postre, Fariq miró el reloj:

—Es hora de ir arriba, pequeños.

—No, papá —dijo Nuri.

—Queremos quedarnos con Penny —dijo Hana.

Su padre se puso en pie.

—Os llevaré arriba con Crystal.

—¿Qué tal la nueva niñera? —preguntó Kamal.

Fariq frunció el ceño.

—Cumple los requisitos…

—Las condiciones básicas —dijo Kamal, arqueando una ceja.

—Eso es —convino su hermano—. Y, de momento, no parece sentirse atraída por Rafiq. Menos mal.

Pero Rafiq percibió la extraña expresión del rostro de su hermano, y se percató de cómo insistía en llevar a los niños arriba en lugar de encomendarle el trabajo a Johara. Sin duda, era extraño.

Cuando Fariq y los niños se marcharon, Penny se puso en pie.

—Se está haciendo tarde. Creo que también voy a decir buenas noches.

Rafiq se levantó.

—Espero que hayas pasado una velada agradable.

—Muy agradable —contestó ella con timidez.

—Penny, ¿te ha mencionado Rafiq que el agregado diplomático de los Estados Unidos visitará El Zafir dentro de unas semanas? —preguntó la princesa Farrah.

—Sí, lo he visto en su agenda. Rafiq va a llevarlo a hacer un tour por la ciudad para mostrarle los últimos avances en la tecnología de plantas petrolíferas.

Farrah asintió.

—Estoy organizando una recepción formal para la ocasión.

—¿Y yo tengo que asistir? —preguntó Penny en tono de negocios.

—Tu presencia será bienvenida en el evento.

—¿Es un requisito del trabajo? —preguntó ella.

—No es obligatorio, si eso es lo que preguntas —le dijo Rafiq.

—Sí. Aprecio muchísimo que me hayan invitado a tal evento —le dijo a la princesa—. Pero, con todos mis respetos, he de rechazar la invitación —dijo mirando a todo el mundo—. Ahora, si me disculpan, buenas noches.

Rafiq se disponía a acompañarla hasta la puerta cuando sintió que alguien lo agarraba del brazo.

—¿Por qué me detienes? —preguntó volviéndose hacia su tía.

—Déjala marchar, Rafiq.

—Pero me gustaría saber por qué ha rechazado la invitación para la recepción. Deseo que asista.

—¿Y por qué? —le preguntó su tía con verdadero interés.

—Parecerá extraño que una estadounidense que trabaja en nuestro país rechace asistir a un acto social para recibir a un conciudadano.

—Te diré por qué ha rechazado la invitación. Rafiq se frotó la nuca.

—Te pido respetuosamente que lo hagas, ya que sino, iré a averiguarlo yo mismo.

—¿Avergonzarías a la pobre chica? —le preguntó arqueando las cejas.

—Por supuesto que no. Sólo quiero conocer sus motivos.

Su tía suspiró.

—Rafiq, no lo comprenderás, pero no hay nada sencillo en todo esto.

—Por supuesto que lo comprenderé.

—La pobre chica no tiene la vestimenta adecuada para asistir al acto.

Rafiq nunca lo admitiría, pero no comprendía nada. ¿Qué más daba la ropa que llevara? Nadie sabía mejor que él lo poco importante que era el atuendo. Habitualmente, iban tras él bellas mujeres de todo el mundo que se gastaban montones de dinero en la ropa de moda, y había aprendido que detrás de aquellos vestidos carísimos de importantes diseñadores, no había más que almas vacías. Pero su tía no mentía. Aquél debía de ser el motivo del rechazo de Penny.

—Le compraré un vestido —dijo él—. De hecho, tengo que hacer un viaje de negocios a París y había barajado la posibilidad de llevarme a mi secretaria. ¿Qué sitio mejor hay para llenar su armario? —su tía lo miró como si fuera tonto—. No digas otra vez que no comprendo nada —le advirtió.

—Ni lo sueñes —dijo su tía—. Te diré que Penny es tan orgullosa como tú y tus hermanos. No aceptará nada de ti.

—Pero debe asistir a la recepción. Y habrá numerosas funciones en las que necesitaré su presencia.

Su tía sonrió, y él supo que su sonrisa tenía algo que ver con la protesta inicial que él había hecho sobre su nueva secretaria.

—Te diré lo que no debes hacer con una chica sensible como Penny Doyle —le dijo al fin.

Rafiq esperó con anticipación para oír el secreto que desenmascararía los misterios de su secretaria.

Capítulo 4

NO CONFUNDAS una relación sexual con el amor —dijo Farrah. ¿Ese era el secreto? Él nunca había confundido el sexo con el amor. Nunca había estado enamorado, pero sí se había encaprichado y, varias veces, había estado a punto de casarse. Pero nunca se sintió bien. El sentimiento nunca fue tan profundo como creía que llegaría a ser. Sinceramente, se consideraba afortunado. La experiencia de sus hermanos mayores, su padre y su tía, lo habían convencido de que el amor era una complicación de la que si prescindía, sería más feliz. Sólo tenía que cumplir con su deber y elegir la esposa adecuada. Pero cuando estuviera preparado.

—Perdóname, tía, pero eso no tiene sentido.

—Perdóname, sobrino. No creía que fuera necesario darte la explicación paso a paso —suspiro—. Tienes cierta fama con las mujeres.

—No creas todo lo que oyes.

Ella sonrió.

—Ni se me ocurre. Pero Penny ha vivido muy poco. Apenas es más que una niña.

—Apenas —dijo él. Si la suerte lo acompañaba, la mujer que lo notaba todo, notaría que él no estaba de acuerdo. Aunque su secretaria aparentaba otra cosa, él la había visto en vaqueros. No era una niña.

—Puede que tenga el cuerpo de una mujer adulta —dijo Farrah —. Pero es virgen.

Rafiq respetaba mucho a su tía, pero no podía creer ese dato. ¿No se suponía que la mayoría de las mujeres estadounidenses perdían la virginidad antes de salir del instituto? Le había contado que Penny había tenido una relación con un hombre, y estaba

seguro de que habría mantenido relaciones con él.

—¿Y cómo sabes ese detalle tan íntimo? —le preguntó a su tía.

—Es evidente, Rafiq.

—Para mí no. ¿Y qué hay de ese hombre que la sedujo y se llevó su dinero? Estuvo saliendo con él, y me cuesta creer que no se llevara algo más.

—Él nunca la tocó.

—¿Eso te lo ha contado Penny?

—Sería muy indiscreta si te contara más cosas. Basta con decir que nunca ha estado con un hombre. Ha llegado a El Zafir pura e inocente. Y así seguirá.

El se enfrentó a la mirada implacable de su tía con una mirada fría como el acero.

—Soy un hombre honesto y no me dedico a deshonrar vírgenes.

Ella asintió.

—Confío en tu moralidad, Rafiq. Eres honesto, pero también eres hombre. Pensé que no vendría mal que te recordaran que debes comportarte lo mejor posible.

—Me preocupo por comportarme siempre de manera que honre a la Casa de Hassan. Gracias por interesarte, pero era innecesario que me lo recordaras. Buenas noches, tía…

—Espera. Hay algo más.

—¿Sí?

—El día que llegó Penny, te dije que la trataras de forma que los asuntos de palacio progresaran sin problemas. ¿Recuerdas lo que dije?

—No hagas nada extraordinario —dijo él al cabo de un instante —. Simplemente, sé cortés en el ambiente laboral.

—Bien. Entonces, comprenderás por qué no puedes llevártela a París contigo.

—No lo comprendo. Cuando viajo por asuntos de negocios, mi ayudante siempre me acompaña. Penny trabaja para mí, y el ambiente laboral va donde yo voy. No es nada extraordinario. Y, aunque creo que no tengo por qué defenderme, debo recordarte que siempre soy cortés. Por tanto, no tengo que añadir que, incluso en París, puedo seguir siéndolo.

—Así que piensas seguir la letra y no el espíritu de mis recomendaciones —dijo ella—. Estaría de acuerdo contigo, si tu

ayudante fuera un hombre.

—No es culpa mía que las circunstancias hayan hecho que sea una mujer. Pero mis necesidades no se han visto alteradas —ella lo fulminó con la mirada—. Ah —dijo él—, volvamos a lo de mi reputación.

—No puede ser ignorada —dijo su tía—. Quizá lo hayan exagerado. Pero, como dice el refrán: donde hay humo, hay fuego. Tendrás que recoger lo que has sembrado.

—No he sembrado tanto como dicen esos rumores que tú crees —su tía comenzó a decir algo y él levantó la mano para interrumpirla—. Te doy mi palabra de que no pondré a Penny en un compromiso, ni en El Zafir ni en ningún otro sitio.

Como no pudo continuar disimulando su enfado, hizo una reverencia y salió del comedor. Por desgracia, no pudo dejar de pensar en su intrigante secretaria.

Después de comer, Penny salió de su habitación y se dirigió hacia el ala de oficinas.

Desde el día de la cena con la familia real, Penny había notado un pequeño cambio en la actitud de su jefe. Tenía la sensación de que estaba coqueteando con ella. Aunque tras el resultado de su primer romance, había prometido que también sería el último y que no permitiría que ningún hombre se interpusiera entre ella y el sueño de construir un centro de preescolar. Un sueño que vio truncado cuando el hombre con el que salía se fugó con su dinero, y que gracias al trabajo que Sam Prescott le había recomendado en El Zafir, podría ver hecho realidad cuando ahorrara el dinero suficiente.

Pero Rafiq ponía constantemente a prueba su firme decisión. El roce de su mano podía ser casual, o una caricia. Y con su mirada la hacía sentir como si estuviera a punto de salir ardiendo.

Aquella tarde él se marcharía a París y ella tendría unos días para recuperarse. «Y para echarlo de menos», pensó.

Cuando dobló la esquina del pasillo que daba a las oficinas, oyó las risas de los niños. Entró en el despacho de Rafiq y se encontró a su jefe a cuatro patas. Su sobrino estaba montado sobre su espalda mientras su sobrina aplaudía y se reía de lo que hacía su tío.

Penny sonrió.

—Veo que estás en una importante reunión de negocios —le

dijo.

—Estamos jugando a los indios y vaqueros —la informó el niño —. Yo soy un vaquero.

—Y a mí me ha tocado ser caballo —comentó Rafiq arqueando las cejas—. No reúno el estándar masculino de tu país, pero…

Ella se rió.

—Hay veces que me gustaría que no escucharas ni recordaras. Deja que te aclare algo, podrías mostrarle a un vaquero un par de cosas sobre los estándares masculinos. ¿Podemos olvidar ya mis comentarios?

—Sería poco caballeroso decirte que no. Pero si me llamas Buttercup, no me haré responsable de las consecuencias.

—Así que has visto las películas del oeste de Roy Rogers —apuntó ella.

—Así es.

—Trataré de contenerme.

—Tío, es mi turno —dijo Hana.

Nuri golpeó la espalda de su tío con entusiasmo.

—Aún no, tío. Primero tienes que tratar de tirarme al suelo.

Cuando Rafiq levantó las rodillas del suelo, el niño se agarró a su chaqueta y se rió. ¿No era maravilloso? El príncipe de un país jugando con los niños. Penny recordó el comentario que él había hecho acerca de lo importante que era para el mundo crear una generación de niños bien alimentados y cuidados.

Si él fuera un hombre corriente, y ella no hubiera prometido evitar cualquier tipo de relación sentimental, se enfrentaría a un gran problema. Pero él era quien era, y ella estaba decidida a ahorrar el dinero necesario y marcharse a casa.

—Pero bueno, ¿qué tenemos aquí?

Penny se volvió y sonrió al ver a Crystal Rawlins, la niñera de cabello oscuro. Era difícil ver el color de sus ojos detrás de los cristales de las gafas que llevaba. Penny no pudo evitar pensar que en El Zafir había una epidemia de mujeres estadounidenses con gafas.

—Hola, Crystal. Rafiq está haciendo de caballo salvaje para los niños. Pero bajo ninguna circunstancia tenemos permiso para llamarlo Buttercup.

La otra mujer sonrió y dijo:

—¿Roy Rogers, no?
—Así es —dijo Rafiq. ¿Cómo conseguía mantener la dignidad en esa situación?—. Veo que ya os conocéis —dijo él, mirando a ambas.
—Sí —contestó Penny—. Mi habitación está muy cerca de la de Crystal, aunque ella se aloja en el ala familiar. Nos vemos a menudo.
Rafiq miró a la niñera.
—¿Te has recuperado de la aventura en el desierto?
Penny había oído que Fariq y Crystal se habían quedado atrapados en el desierto. Por suerte, no estuvieron en peligro. Penny suponía que la experiencia había sido muy interesante y, por un instante, deseó poder estar a solas con Rafiq en cualquier parte.
—No tenía que recuperarme de nada —dijo Crystal—. Fariq y yo íbamos cabalgando por el desierto cuando nos pilló una tormenta de arena. Pasamos la noche en una tienda. No fue tan grave.
—Algo he oído —dijo él, y se puso en pie a pesar de que Nuri seguía agarrado a su cuello—. Mi hermano fue lo bastante listo como para refugiarse hasta que pasara la tormenta. Es fácil desorientarse en esas condiciones. No se ven ni las estrellas. El desierto ha terminado con la vida de muchas personas que ignoraron sus peligros.
Penny se apoyó sobre su escritorio.
—Incluso aquí, en el palacio, la tormenta asustaba un poco. Imagino que en una tienda endeble lo debisteis pasar mal..
Crystal sonrió.
—No calificaría de endeble la tienda real, imagínatela al estilo de El Zafir. Pero sí pasé un poco de miedo. Me alegro de que los niños estuvieran a salvo en el palacio.
—Su tía Johara se encargó de ellos. Y el resto también —Rafiq se volvió y sonrió a su sobrino. Después le acarició la mejilla a su sobrina—. No es mucho sacrificio pasar el tiempo con estos dos.
Crystal asintió.
—Para mí es un alivio. Muchas veces los niños sólo están con los empleados —se rió—. Supongo que yo soy parte de esos empleados. Pero, de algún modo, no me siento contratada aquí. Lo que intentaba decir es que es muy agradable ver a una familia tan interesada en el bienestar de los niños.

—Así somos en esta familia —dijo Rafiq—. Y mi hermano sobre todo. Fariq aprecia a los niños más que a nada en el mundo.

Penny creyó ver que Crystal se sonrojaba al oír el nombre de Fariq. Se preguntaba si la tormenta era el único peligro con el que la niñera se había encontrado. Por motivos que no comprendía, ella prefería a Rafiq, aunque Fariq tampoco estaba mal.

Rafiq miró a Crystal y sonrió:

—Estaré encantado de entretener a los niños cualquier otro día, si te apetece tomarte una tarde libre para ir a ver la ciudad.

—Eres muy amable. Los artículos que aparecen sobre ti en el periódico… Bueno, lo que intento decir es que estoy segura de que han exagerado al hablar de tu reputación.

—Mi tía eligió muy bien al contratarte.

Penny sintió celos al oír aquel comentario. La princesa también la había elegido a ella. ¿Y no había elegido bien? Ella también había leído cosas acerca del príncipe play boy. Sin embargo, con ella sólo se había comportado de manera educada y cordial. Sin duda, las veces que había sentido que coqueteaba con ella, sólo había sido producto de su imaginación.

—Voy a llevarme a estos dos pequeñines —dijo Crystal cuando Rafiq bajó a su sobrino al suelo—. Vamos, Hana, Nuri. Es la hora de leer un cuento.

—Vamos —dijeron los dos al mismo tiempo.

Cuando Crystal salió con los niños de la habitación, Rafiq se quedó a solas con Penny. Miró a su secretaria y pensó en la suerte que había tenido su hermano al pasar una noche a solas con una joven mujer en el desierto. A pesar de que fuera una mujer corriente, tal y como se especificaba en los requisitos para el puesto.

Penny había solicitado el mismo trabajo con los mismos requisitos. Sin embargo, cuanto más la conocía, menos corriente le parecía. Y la idea de tener a su secretaria sólo para él era más que placentera. Y curiosamente, lo atraía más después de que su tía le hiciera aquella advertencia. Él sabía que Penny no era una mujer de mundo como a las que él estaba acostumbrado. Sin embargo, le costaba creer que era completamente pura e inocente. De pronto, se sintió enfadado. Pasaba demasiado tiempo pensando en su pequeña secretaria de gafas grandes.

Penny sonrió a pesar de que la expresión de su rostro era de

asombro.

—No puedo evitar preguntarme… —se colocó de espaldas a él e hizo como si estuviera colocando unos papeles.

—¿Qué?

—No es asunto mío —dijo ella.

—Insisto en que me cuentes lo que piensas.

—De acuerdo. Tú has preguntado.

Penny se volvió y lo miró a los ojos. De algún modo, él supo que no iba a hacerle la pregunta original. Pero al ver tristeza en sus ojos azules, se preguntó qué le pasaba.

—¿Qué ocurre, Penny?

—Cuando te marches a París, todo estará demasiado tranquilo.

—¿Me echarás de menos?

—Sí —dijo ella.

Rafiq sintió pena. El deseo que sentía por Penny aumentaba cada día. Había pensado en si debía o no llevarla consigo a París. Además, se había enterado de que su hermano había pasado una noche con la niñera en el desierto. Sin duda, el destino había intervenido. Rafiq iría a París en viaje de negocios y su secretaria sería imprescindible. Penny tendría su propia habitación en el hotel.

Pensó en llevar una acompañante, pero enseguida rechazó la idea. Él nunca confundiría el amor con el sexo. Lo primero nunca le había sucedido, y lo segundo estaba fuera de duda porque había dado su palabra. Entonces, ¿qué había de malo en llevarla consigo a París? Además, le había dicho que lo echaría de menos. ¿Cómo podía dejarla allí?

—¿Te gustaría venir conmigo a París? Lo digo en serio —dijo al ver que ella dudaba, como si no lo creyera.

—¿A París? ¿Francia?

—Sí, creo que está allí situado.

—Pero tu avión sale dentro de… —Penny miró el reloj—. Se supone que tienes que estar en el aeropuerto dentro de dos horas.

—¿Y?

—Tengo que hacer la maleta.

—¿Y?

—Es demasiado precipitado. ¿Y si me olvido de algo?

—He oído que en París hay tiendas —dijo él—. Tendrás todo lo que necesites. Así que está todo arreglado.

—Es todo tan repentino… —dijo ella, llevándose la mano a la frente—. Quiero decir, ojalá me lo hubieras dicho antes.

—Estaba… —¿qué? ¿Iba a decirle que su tía se lo había prohibido? Era el príncipe Rafiq Hassan, ministro del Interior y de Asuntos Exteriores. Si quería llevar a su secretaria en un viaje de negocios, lo haría. No necesitaba dar explicaciones—. Me acompañarás.

—¡Voy a ir a París! —dijo ella, juntando las manos con entusiasmo.

La emoción hizo que pareciera más bella. Él deseaba estrecharla entre sus brazos. Pero antes de que pudiera hacerlo, ella había salido del despacho.

Al parecer, la idea de pasar tiempo a solas con él no la molestaba. Evidentemente, confiaba en él. Eso era bueno. Quizá lo consideraba como un hermano mayor. Eso era malo. Y el hecho de que fuera lo mejor para ambos, no hizo nada para mejorar su repentino mal humor.

Desde el momento en que Penny subió al jet privado de la familia real, con asientos de cuero y habitaciones privadas, recibió todo un cursillo de cómo vivían los ricos. De camino al hotel, pasaron por la Torre Eiffel y por el Arco de Triunfo. Antes de eso, Rafiq le había pedido al chofer que los llevara a ver los jardines de Versalles, y se había reído cuando Penny le dijo que su casa de El Zafir era preciosa, pero que no podía compararse con Francia.

Después, llegaron al hotel, un lugar elegante y bonito. Suelos de mármol, alfombras persas, decoraciones de oro y flores por todos sitios. Penny tenía una suite grande, con bañera, cama doble y salón. También había una puerta que comunicaba con la suite de Rafiq. Entre los dos ocupaban toda una planta del hotel.

Era su segundo día en París. El día anterior habían tenido varias reuniones seguidas de una cena de negocios. Aquella mañana habían visitado un orfanato y un albergue para indigentes, en una parte de París, que las agencias jamás anunciarían a los turistas. Al ver tanta pobreza, Penny sintió que se le rompía el corazón, y Rafiq invitó a un representante francés a asistir al baile benéfico que se celebraría en El Zafir para ayudar a los niños necesitados.

Penny estaba descansando en su habitación cuando llamaron a la puerta. Una mujer francesa entró con una ayudante cargada de

ropa. La mujer le dijo que su Alteza Real, el príncipe Rafiq Hassan, le había ordenado a ella, Madame Gisele, que le llevara a su secretaria una variedad de prendas de ropa que creía podían gustarle.

Penny no podía estar más encantada. Había paseado por la ciudad y le estaban dando la oportunidad de probarse algunos vestidos. Qué atento era Rafiq. Podría probárselos sin tener que pasar la vergüenza de encontrar una manera diplomática para decir que no podía permitírselos.

Se los probó en su habitación, rodeada de espejos y con Gisele como ayudante. Penny se probó un traje de chaqueta negro con los ribetes en blanco.

—Es perfecto —dijo, mirándose en el espejo. Era una lástima que no pudiera tener algo tan elegante.

A través del espejo, observó que la mujer sonreía—. Pero es demasiado caro para mi limitado presupuesto.

—No se lo piense dos veces —dijo la mujer, quitándole importancia al comentario.

Penny suspiró. Al menos, podía relajarse porque ya le había comunicado su impedimento.

—¿Cómo sabía que esto me quedaría bien? —le preguntó.

—Su Alteza Real me pidió tallas pequeñas. He de decir que estaba en lo cierto —la mujer pasó las manos por los hombros de la chaqueta y después por la cintura de la falda que llevaba Penny—. Tiene mucha experiencia con la talla de las mujeres, ¿no?

—No. Quiero decir, supongo. De hecho, no tengo ni idea.

—Es un hombre impresionante. Si yo tuviera veinte años menos… Si pudiera ser la mujer afortunada que capturara su corazón… Entonces, ¿éste le gusta, no? —preguntó, centrándose de nuevo en los vestidos.

—Me encanta todo lo que ha traído, Madame.

—Excelente. Ahora vamos con los vestidos de noche.

Penny se probó varios vestidos, algunos que le llegaban hasta la rodilla y otros hasta los tobillos, todos elegantes. Finalmente, Madame Gisele sacó otro.

—Tome.

Penny miró el vestido negro de tirantes deslumbrada.

—¡Guau!

—pruébeselo, chérie.

Penny se quitó un vestido de manga larga y cuello alto y la mujer lo colgó en una percha. Después, le tendió el vestido negro. Penny se disculpó al ver que tenía que quitarse el sujetador y se metió en el baño, dejando la puerta entreabierta.

—Qué inocente —dijo la mujer—. ¿Cree que no he visto lo que tiene cientos de veces?

—En mí no —dijo Penny, negándose a disculparse por su modestia.

El vestido era ligero como el aire. Penny se lo puso y se dio cuenta de que no podía abrocharse la espalda.

Sujetándose la parte delantera contra el pecho, salió del baño sin levantar la vista.

—Madame, ¿le importaría abrocharme? No puedo… ¡Oh!

Rafiq estaba allí. Ella no lo había oído entrar. Le ardían las mejillas. No podría soportar mirarse en el espejo y ver cómo se había sonrojado. Pero puesto que lo estaba mirando a él, y era incapaz de apartar la vista, no corría peligro de ver su vergüenza reflejada en el espejo.

—Su Alteza Real me pidió que lo avisara cuando se probara este vestido —explicó Madame Gisele.

Los ojos de Rafiq se oscurecieron al verla.

—Vuélvete —le dijo—. Yo te abrocharé.

Penny obedeció. En el espejo, observó cómo le subía la cremallera. Su cálida respiración le acariciaba la nuca y los hombros, haciendo que se estremeciera. Sintió el calor de sus manos, y cuando terminó de abrocharla, suspiró.

Se miró en el espejo y se sintió expuesta. El vestido largo de encaje llegaba hasta el suelo y le cubría los pechos, pero no era el vestido lo que la hacía sentirse así, sino la forma de mirarla que tenía Rafiq.

El se acercó y le retiró las horquillas que le sujetaban el cabello para que la melena rubia cayera sobre sus hombros. Le quitó las gafas y se las entregó a Madame Gisele. Ésta las dejó sobre la cómoda y, discretamente, salió de la habitación. Estaban a solas.

—Encantador —dijo él, acariciándole el cabello—. Sabía que te quedaría estupendamente.

—¿Lo has elegido tú? —preguntó ella.

—He elegido todo. Gisele me mandó un fax con los diseños y yo hice la elección final.

—Tienes un gusto excelente —Penny apenas podía respirar, y no era porque el vestido le quedara demasiado apretado.

Rafiq estaba demasiado cerca, y era demasiado atractivo.

—Sé lo que me gusta. Si eso es tener buen gusto…-se encogió de hombros.

—¿Hay algo que no hagas bien?

—No.

Sin las gafas, su imagen en el espejo era un poco borrosa. Penny acarició el vestido con las manos.

—He pasado un rato estupendo probándome los vestidos, pero ¿por qué tanta molestia? Todo va de vuelta a la boutique…

En ese momento, Madame Gisele entró de nuevo en la habitación.

—Alteza, todo lo que ha elegido le queda de maravilla. No hay que hacer ningún arreglo.

—Bien —dijo él, sin dejar de mirar a Penny—. Envíelo todo al avión. Nos lo llevaremos esta tarde.

—¿Qué? —preguntó Penny, y se volvió para mirarlo. Él la miró a los ojos y arqueó una ceja.

—Necesitabas ropa adecuada para la recepción del diplomático. Ya la tienes —se volvió y salió de la habitación.

—No tan deprisa, Alteza —dijo ella.

Capítulo 5

ALTEZA? —Rafiq percibió sarcasmo en su tono de voz. A Penny le pasaba algo, pero él no tenía ni idea de lo que podía ser. —Ahora que tengo toda tu atención, te diré que no puedes enviar esa ropa al avión.

—Puedo y lo he hecho —contestó él con paciencia—. Es más, me has oído dar la orden. Ya está hecho.

—Entonces, puedes revocar la orden. No puedo comprar esas prendas —dijo ella.

—Así que, eso es lo que te preocupa —dijo él aliviado—. He pedido que envíen la factura a mi nombre.

—¿Y crees que con eso se arregla todo?

—Sí.

—¿Sí? ¿Es eso todo lo que puedes decir? —se puso las manos en las caderas y lo miró enojada.

Incluso enfadada, estaba preciosa. Él no podía dejar de mirarla. La había imaginado con ese vestido, pero la realidad era mucho mejor que su imaginación. Sintió que se le aceleraba el pulso.

—No hay nada más que decir.

—Lo dirás por ti, porque yo tengo mucho que decir. Para empezar, esto me parece completamente inapropiado.

—Al contrario, es completamente apropiado. Necesitabas ropa para los actos oficiales. Ya la tienes.

—Si lo que te preocupa es que pueda dejarte en ridículo, o a cualquier otro miembro de la familia real, no te preocupes. Tengo intención de dejar en buen lugar a la Casa de Hassan y a El Zafir. Pensaba ir de compras cuando mi cuenta bancaria estuviera mejor.

—No hace falta. Ya has ido de compras.

—No. Lo has comprado tú. Uno de esos modelitos me costaría…

bueno, prefiero no pensarlo. No es sólo que no pueda pagármelos, sino que no lo haría a costa de mi sueño.

—El centro de educación infantil —confirmó él—. No te preocupes. Tu sueño está a salvo. No tienes que sacrificar nada.

Aquello no estaba saliendo como esperaba. En su experiencia, sólo las joyas eran más agradecidas que una prenda creada por un diseñador francés. Acababa de comprarle todo un vestuario a Penny, y ella estaba enfadada. Rafiq no estaba acostumbrado a defender sus actos, y menos algo tan trivial. ¿Sería a todos los estadounidenses, o sólo a aquella mujer a quien no comprendía?

—Tienes razón. No sacrificaré nada porque la ropa se la quedará Madame Gisele.

—Ya te he dicho que yo me encargaré de pagarlas —dijo con un tono que dejaba claro que daba por finalizada la conversación.

Pero cuando Penny lo miró, supo que el asunto no estaba zanjado.

—¿Desde cuándo me he convertido en una muñeca que puedes vestir a tu antojo? Barbie y yo no nos parecemos en nada. Tenemos el cuerpo totalmente diferente… no tengo ni piernas largas ni grandes… —se puso las manos sobre el pecho para mostrarle lo que no tenía. Rafiq pensaba que era perfecta. Sus pechos eran pequeños, redondos y firmes, y su piel parecía muy suave. Daría cualquier cosa por poder acariciarlos y saborearlos. Pero no podía. No debía ceder ante la tentación y correr el riesgo de hacerle daño. Recordó que la ropa no constituía a un hombre o a una mujer. Aunque aquel vestido revelara los atributos físicos de Penny, no revelaba su verdadero carácter. Sin embargo, su boca fruncida sí denotaba su personalidad. Curiosamente, le gustaba lo que estaba viendo, aunque podía pasar sin aquella manifestación de su orgullo—. Si se supone que debo ser corriente, no hay motivo para que me vista de tiros largos.

—Se pedía una niñera corriente. Ese no es el puesto para el que te han contratado. Hay muchos motivos para que vistas como corresponde a mi secretaria.

—Aun así, la ropa no hace al hombre… ni a la mujer.

—Estoy de acuerdo —había pensado lo mismo momentos antes. Quizá era una buena señal de que la discusión estaba llegando a su fin.

—Entonces, no veo por qué tanta historia —dijo ella—. La ropa elegante no cambiará la manera en que desarrolle mi trabajo como tu secretaria.

—No sé qué es lo que te molesta —decidió que intentaría explicárselo una vez más, sin enfadarse—. No me malinterpretes, Penny. No es algo personal. Hay muchos actos oficiales y públicos en los que requeriré tu presencia. Tu aspecto será el reflejo de El Zafir mientras seas mi empleada. Como eres una mujer muy inteligente, estoy seguro de que comprenderás esto: mi tía me dijo que tu negativa para asistir a la recepción diplomática se debía a problemas relacionados con el vestuario. Y yo he solucionado esos problemas. Esto tiene que ver con el deber, el trabajo y el país.

—¡Ah! —exclamó ella, arqueando una ceja.

Como no llevaba las gafas, Rafiq pudo ver la expresión de sus ojos.

—Sí. Si te quedas sin clips, grapas o papel de impresora, te lo compraré.

—¿Así que la ropa de diseño es como el material de oficina?

—Exacto —dijo él con una sonrisa—. Sabía que aprenderías rápido.

—No tanto como crees. La ropa que llevo me parece algo muy personal y debería pagarla yo. Pero el precio de lo que tú has elegido es muy elevado y es una gran cantidad de dinero que podría utilizar para construir mi guardería. No lo gastaré alegremente. Gracias por la oferta, pero me temo que no puedo aceptarla.

—Soy tu jefe, y te ordeno que la aceptes.

«Nunca me había sucedido algo parecido», pensó él, y se pasó los dedos entre el cabello. ¿Desde cuándo un jeque, el cautivador de la familia, tenía que ordenarle a una mujer que aceptara ropa, o cualquier otra cosa, como regalo? Quizá si coqueteaba un poco con ella, o le decía algún cumplido…

—Estás preciosa con ese vestido. Aunque es un poco descocado para recibir al agregado estadounidense.

—Bien. Es el más caro del lote. No puedo permitírmelo.

—Yo sí. Y lo compraré. Estará en el avión cuando regresemos a El Zafir.

—¿Incluso si yo no estoy?

Al oír sus palabras, Rafiq sintió que se le helaba la sangre. La

idea de regresar a El Zafir sin ella era inadmisible.

—¿Y por qué no vas a regresar? —la miró a los ojos—. El palacio real paga bien y, con ese dinero, podrás financiar tu sueño.

—Cuando tienes razón, tienes razón —dijo ella—. Y una promesa es una promesa —murmuró—. No puedo permitirme perder el trabajo por esto.

—Muy bien.

—Iré a ver si Madame Gisele puede desabrocharme…

Rafiq la agarró del brazo para detenerla.

—No te molestes. Yo te ayudaré.

Al sentir la suavidad de su piel, se le aceleró el corazón. Retiró la mano y buscó la cremallera, con cuidado de sólo tocar el metal. Si la tocaba de nuevo… Pero tocarla no era lo único que deseaba.

Le bajó la cremallera y se fijó en su espalda. Sintió que la frente se le llenaba de sudor. Menos mal que el avión los estaba esperando. No estaba seguro de poder resistir otra noche con ella al otro lado de la puerta.

Sujetando el vestido contra su pecho, Penny se volvió para mirarlo.

—Si este vestido no respeta el conservador código de vestimenta de El Zafir, no comprendo por qué insistes en que me lo lleve. No voy a pagar por él. No me lo pondré nunca.

Penny se metió en el baño y cerró la puerta con pestillo.

—Te equivocas, pequeña. Volverás a ponértelo —susurró él. «Pero yo seré el único hombre que te vea con él puesto».

Penny entró en el despacho y se sentó tras el escritorio. Rafiq y ella habían regresado tarde la noche anterior del viaje relámpago a París. Todo era como un sueño, hasta que miraba los vestidos nuevos que colgaban en su armario. No comprendía nada. ¿Por qué él se había gastado tanto dinero en ella?

Por supuesto. Tenía que ver con la apariencia y el orgullo de El Zafir como país. No con ella. Ni con los cuentos de hadas.

Pero, por una parte, deseaba que así fuera.

De acuerdo, él había ganado la batalla, pero Penny tenía la sensación de que tendrían más enfrentamientos antes de que uno de los dos izara la bandera blanca.

Oyó voces en el pasillo y reconoció la de Rafiq. Se atusó el cabello, preparándose para enfrentarse a él.

Rafiq entró en la habitación. Ella sonrió y sintió que se le aceleraba el corazón.

—Buenos días, Rafiq —dijo ella—. ¿Quieres que pida café?

—Buenos días —contestó él, sin dejar de mirarla—. ¿No has tenido tiempo suficiente para recuperarte del viaje?

—He descansado y estoy lista para empezar. Voy a revisar tu agenda…

—Así que, ¿hoy trabajas?

—Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—No estás vestida para trabajar.

—Al contrario —ella miró el vestido caqui que llevaba el primer día—. Voy apropiadamente vestida para el día de hoy.

—¿Por qué no te has puesto algo nuevo?

¿Es que no podía comprenderlo? Para él era insignificante porque siempre había tenido dinero. Para ella, que se había criado sin nada, era un ataque a uno de sus principios… nunca se consigue algo por nada.

Un hombre le había prestado atención una vez y ella creyó que la amaba. También lo creyó cuando le dijo que podía duplicar el dinero de su herencia. Así ella podría crear el centro de educación infantil en recuerdo de su madre. Pero él huyó con su dinero. Fue una dura lección, pero bien aprendida. Cuando un hombre se fijaba en ella, aunque fuera príncipe, debía evitarlo. Nada ni nadie se interpondría de nuevo en el camino para conseguir su objetivo.

—Si te preocupa que pueda avergonzarte…

—No.

—Bien —dijo ella, y se puso a mirar la pantalla del ordenador—. Hoy tienes una agenda relajada. La hice así a propósito, por lo del viaje. No tienes que recibir ninguna visita ni tienes ninguna cita. Así que, nadie más que tú me verá con este…

—Vestido poco favorecedor —la interrumpió él—. Esperaba verte con otra ropa.

—Y para un día como el de hoy, he preferido ponerme mi propia ropa en lugar de un traje de trabajo.

—¿Así que no piensas trabajar?

—Por supuesto que sí. En mis cosas. Se llama equilibrio, una palabra que creo te es desconocida.

—La he oído antes. Pero me parece que tu manera de mostrar su

significado es un poco desconcertante.

—Vivo para desconcertar.

Rafiq esbozó una sonrisa y a Penny se le aceleró el pulso. El estaba bromeando. ¿Y eso no era bueno? Hasta ese momento, ella no se había dado cuenta de lo mucho que temía que se enfadara. Era un buen hombre. Todo hubiera sido mucho más fácil de no haber sido así. Su vida había sido una sucesión de duros golpes y errores continuos que no estaba dispuesta a repetir. No tenía intención de dejarse atrapar por un príncipe disfrazado. Y, en el caso de que fuera tan bueno como parecía, era un buen momento para activar sus defensas.

Por desgracia, él sonrió en ese mismo momento, y Penny sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Puesto que hoy no hay mucho trabajo, creo que voy a aprovechar esta extraña oportunidad para ir a dar una vuelta —dijo sin venir a cuento.

—Buena idea —dijo ella forzando una sonrisa—. Yo vigilaré el fuerte mientras estés fuera.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

—No sé qué decir. Una vuelta en coche estaría bien, pero…

—En coche no. A caballo.

—¿A caballo? Por supuesto.

Por si necesitaba otro recordatorio de lo diferentes que eran, ahí lo tenía. Por supuesto, una vuelta a caballo. ¿En qué estaba pensando? Era un deporte que practicaba la realeza porque podía permitírselo. La gente corriente como ella no tenía dinero para gastárselo en ese pasatiempo.

—¿Has montado alguna vez? —preguntó él.

—No. Sí. Quiero decir, un par de veces. Cuando estaba en el orfanato nos invitaron a un rancho y tuvimos la oportunidad de montar en caballos dóciles. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Y allí conociste a los vaqueros? —preguntó él.

Ella sonrió.

—No exactamente.

—Entonces, ¿dónde?

—En la escuela. En la tienda. En la calle. En bares.

—¿Ibas a bares?

Ella se rió.

—No. Sólo lo he dicho para ver si seguías escuchándome. No tenía tiempo para eso. Estaba demasiado ocupada trabajando, yendo a clase y estudiando.

—Más motivo para que me acompañes.

—¿Por qué?

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de soltarte la melena, como decís en los Estados Unidos.

—Tengo mucho trabajo que hacer —dijo ella al ver cómo la miraba. No era buena idea pasar tiempo con él fuera del despacho.

—Hay una palabra que acabo de aprender. Es equilibrio… Significa encontrar la armonía o la proporción. En otras palabras, invertir el mismo tiempo y energía en ocio que en trabajo. Hasta el momento, tú no has encontrado el equilibrio.

—Evidentemente, no es necesario poner a prueba tu mecanismo de escucha —murmuró ella—. ¿Estás diciendo que trabajar todo el rato y no divertirse hace que Penny sea una empleada aburrida?

—Exactamente.

—Aprecio lo que intentas hacer. Pero dijiste que era extraño el día que encontrabas la oportunidad de salir a montar. Yo no sé montar, y estoy segura de que no querrás que te haga ir despacio.

—Te enseñaré.

—No sé…

—¿No quieres aprender?

—Oh, no. No es eso, es justo lo contrario. Pero no es necesario que tú te impliques.

—Entonces, ¿no quieres que te enseñe?

—No era mi intención ofenderte. Es sólo que no quiero que inviertas tu valioso tiempo en una tarea tan aburrida. Debes aprovechar esta oportunidad para divertirte y pasarlo bien tú solo.

—¿Y crees que no será divertido enseñarte a montar?

—¿Cómo iba a serlo?

—Deja que yo decida lo que es o no es divertido para mí.

—Vale.

—¿Tu respuesta es un sí?

—Mi respuesta es que no tengo nada que ponerme.

—Tus vaqueros servirán.

—Creía que no eran apropiados.

—Serán lo más apropiado.

Estaba perdida. No tenía excusa.

—Entonces, ¿tu respuesta es sí?

¿Cómo podía decir que no? Él era el jefe. Ella estaba deseando montar a caballo y él no le había dejado escapatoria. ¿Y por qué se lo pensaba tanto? Sin duda, Rafiq perdería pronto la paciencia y terminaría la lección, o le encargaría a otra persona que continuara.

—Mi respuesta es… de acuerdo.

Pero cuando ella lo miró y vio cómo le brillaban los ojos, se le aceleró el corazón. ¿Qué había de nuevo?

Nada. Sin duda, ir a montar a caballo con Rafiq no sería distinto a estar a solas con él en su despacho.

Capítulo 6

RAFIQ sujetó las riendas y acarició al caballo mientras miraba a Penny.

—¿Estás segura de que no tienes miedo? Estoy dispuesto a que vayamos juntos hasta que te acostumbres a montar y te sientas segura.

Ella sonrió.

—No es necesario. Estoy bien. Quizá en mi otra vida fui una vaquera. O quizá eres muy buen profesor, el caso es que encima del caballo me siento como pez en el agua.

Rafiq se sintió desilusionado al oír su negativa. Estaban a las afueras de los establos y la temperatura era agradable. Durante la última hora, había estado enseñando a su secretaria cómo montar a caballo y, en ese tiempo, no consiguió dilucidar qué era lo que le fascinaba de ella. Lo que necesitaba era una cabalgada estimulante para aclarar su cabeza.

—Si estás segura…

—Sí. No estoy preparada para echar carreras por el desierto. Quizá mañana —dijo ella con una sonrisa.

—Muy bien. Aunque esté deseando cabalgar como un rayo, me acomodaré a tu paso. Vamos a ver qué pueden hacer estos animales —se subió al caballo.

Por mucho que deseara correr como si lo persiguiera el diablo, no podía hacerlo. El caballo de Penny seguiría al suyo y sería peligroso. Y él no podía dejarla sola, porque el desierto podía ser un lugar imperdonable para alguien tan inocente como su secretaria.

—Hace un día precioso —dijo Penny mirando a su alrededor.

—Sin duda.

Mientras los caballos paseaban, ella inhaló la brisa fresca. Rafiq

deseó que sus senos no se movieran con el movimiento del caballo. Penny llevaba una camiseta de algodón que se ceñía a su cuerpo y él deseaba acariciárselo para conocer su textura.

—Creo que nunca había visto un cielo tan azul. Ni siquiera en Texas.

—¿Y Texas establece los estándares del cielo igual que hace con los vaqueros? —preguntó él.

—Nunca vas a olvidar mi comentario, ¿verdad?

—No.

Y tampoco olvidaría que su tía le había dicho que Penny era una chica que aprendía con rapidez. El deseaba que no hubiera sido así, de ese modo, ella habría tenido miedo y él podría haberla rodeado con los brazos al montar en el mismo caballo. Recordó la forma de su espalda desnuda y se excitó.

—Ríete si quieres, pero es el cielo más azul que he visto nunca.

—Me alegro de que te guste. He encargado este día especialmente para ti.

—Eres bueno, pero no creo que ni tú pudieras ser tan bueno —dijo ella riéndose.

Para Rafiq, su sonrisa era como una flecha lanzada directamente al corazón. Era bueno, y deseaba demostrárselo. No creía que pudiera ser tan inocente como su tía le había dicho, y él daría cualquier cosa para enseñarle el baile sensual entre un hombre y una mujer.

¿En qué estaba pensando? Su reputación en el palacio estaba destrozada por una mujer que no había podido controlarse. Los empleados todavía estaban alterados por algo de lo que lo habían culpado, pero en realidad no había tenido ninguna culpa. Y él estaba pensando algo peor. Sentía que su cuerpo ardía de deseo, y estaba pensando en poner en un compromiso a una empleada. Y no a una empleada cualquiera, sino a una que le habían prohibido tocar.

—Madre mía —dijo Penny.

—¿Qué? —preguntó él mirándola asombrado.

—Parece que estás muy concentrado en algo.

—Estaba pensando en montar…

—¿Y qué pasa con montar? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Que me gustaría ir… más rápido.

Ella frunció el ceño.

—Si quieres cabalgar tan rápido como el viento, ve a por ello. Ya me has explicado que el caballo está entrenado para volver al establo. No pienses en mí ni una vez más.

Ójala pudiera hacerlo, pero era una difícil tarea.

—No —dijo él—. Pero podemos ir un poco más deprisa. Hay algo que quiero enseñarte. ¿Crees que estás preparada para ir más rápido?

—No hay nada que me gustaría más.

«Oh, pequeña. Nunca retes a un hombre como yo que está deseando ir más rápido contigo», pensó él, y contestó:

—Tus deseos son órdenes para mí.

El caballo de Rafiq apresuró el paso al sentir la presión de su pierna. El de Penny hizo lo mismo. Ella puso cara de concentración al seguir paso a paso las instrucciones que él le había dado. ¿Pondría la misma cara si el la besara detrás de la oreja y le explicara lo que le gustaría que le hiciera?

Montaron en silencio hasta que la arena dorada dio paso a hierba verde, grandes palmeras y agua que brillaba bajo el sol.

—Un oasis —dijo Penny, asombrada.

—Sí.

—¿Vamos a parar aquí?

—Sí —dijo él.

Rafiq detuvo al caballo bajo una palmera que había junto al pequeño lago. Se bajó de la silla y ató el animal al árbol. Tomó las riendas del caballo de Penny e hizo lo mismo con él. Enseguida, los animales se pusieron a pastar.

Penny comenzó a bajarse y pasó la pierna por encima de la silla. Él se acercó y la agarró por la cintura, dejándola en el suelo. Al hacerlo, sus cuerpos se rozaron y ella se estremeció.

—Vamos a refrescarnos junto al agua.

—Suena de maravilla.

Antes de guiarla hasta el lago, Rafiq sacó dos botellas de agua de las alforjas. Después, se acercó al agua clara, se mojó las manos y se refrescó la cara y el cuello. Penny hizo lo mismo y, más tarde, aceptó la botella que él le entregó y bebió un trago. Una gota de agua quedó en sus labios y Rafiq deseó lamérsela. Cómo deseaba ser un hombre menos honrado. O no haberle prometido a su tía que

Penny estaría a salvo con él. Y estaría a salvo, de otros hombres y otros peligros. ¿Pero qué daño podía hacerle él?

—Este lugar es increíble. Tanta belleza. Aquí, en medio del desierto.

—Sin duda, tanta belleza —dijo él, mirándola fijamente.

Ella lo miró entornando los ojos.

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Por qué crees tal cosa?

—Por tu manera de mirarme. Y por tu comentario. Has dicho… pero no puede ser cierto, así que debes de estar riéndote de mí.

—Nunca haría algo así. Y creo que eres encantadora. También eres inteligente y viva. Estoy en constante anticipación para ver lo que vas a decir —añadió.

—Me alegro. Una chica como yo tiene que trabajar más duro.

—¿Más duro? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir con una chica como tú?

—Corriente. No es que me esté quejando. En la vida, uno juega la baza que le toca jugar. Tiene que potenciar sus cualidades —arrancó unas hojas de hierba—. Alguien atractivo puede entrar en una habitación y eso ser suficiente, sólo por su aspecto. Yo, en lugar de utilizar mi aspecto para que se fijen en mí, utilizo el cerebro, recuerdo cosas que la gente dice, e intento ser ocurrente, ya sabes —se rió—. Pensándolo mejor, ¿cómo ibas a saberlo? Eres un hombre bello.

—Ése no es un adjetivo que suele utilizarse para un hombre.

—Ya sabes lo que quiero decir. No sólo eres más atractivo que los demás, sino que además eres buena persona. No hay forma de que te identifiques conmigo a la hora de superar la inseguridad que genera ser fea, tímida e insignificante.

—Puedo ofrecerte chocolate —dijo él. Cualquier cosa para borrar la tristeza de sus ojos azules.

—Y también eres considerado. Como te dije antes, ¿hay algo que no hagas bien?

«Sí», quería contestarle. Se le daba muy mal resistirse a lo prohibido. Porque lo que más deseaba era borrar las sombras de su rostro, y sólo se le ocurría una manera de hacerlo.

—Penny… —se puso en pie y le tendió la mano. Ella la aceptó y él tiró de ella, levantándola y estrechándola contra sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella. Le temblaban los labios, pero no se retiró.

—Voy a besarte —le quitó las gafas y las guardó en el bolsillo trasero del pantalón—. No te haré daño.

—Lo sé.

Rafiq quería advertirle que no fuera tan confiada. Él tendría mucho cuidado, pero había otros hombres que… Pero eso ella ya lo sabía. Y Rafiq no podía esperar más para besarla.

Acercó su boca a la de ella y le acarició el cabello. El primer roce de sus labios fue dulce como la miel, e hizo que él deseara más.

Rafiq levantó la cabeza y la miró, sus preciosos ojos azules brillaban con sensualidad y la cálida respiración escapaba de entre sus labios. Sonriendo de satisfacción, la besó de nuevo y ella cerró los ojos. Sus labios estaban apretados y su cuerpo tenso. Era como si no estuviera acostumbrada a estar entre los brazos de un hombre, ni a que la besaran. Pero había estado comprometida. ¿Cómo podía ser?

Rafiq le acarició los labios con la lengua, para demostrarle lo que él deseaba. La respiración de Penny era cada vez más rápida y, al instante, ella se arrimó contra su cuerpo, pero sus labios permanecieron apretados. ¿Es que no comprendía lo que él le pedía? ¿Podría ser que fuera tan inocente como sugería su tía?

Penny se dejó llevar por el ardiente beso de Rafiq. El primer roce de sus labios le hizo perder la fuerza de voluntad. Todo tipo de sensaciones nuevas la invadieron. Una ola de calor le recorrió el cuerpo, centrándose especialmente en las zonas más íntimas de su feminidad. Cada vez le costaba más respirar, como si hubiera cabalgado por el desierto. Cómo deseaba que él la enseñara con la misma precisión. Deseaba que la acariciara como acariciaría a cualquier otra mujer por la que se sintiera atraído.

—¿Penny? —preguntó él, separándose una pizca.

—¿Hmm? —contestó ella sin abrir los ojos.

—Abre la boca, por favor.

Penny abrió los ojos de golpe.

—Oh, cielos…

—No te asustes. Te enseñaré igual que te he enseñado a montar a caballo.

Ella se separó de él.

—Estoy muerta de vergüenza. Tengo que regresara hora mismo.

—Pero…

Penny se volvió.

—Es hora de irse. ¿No crees que es hora de marcharse?

Era más que la hora. Si ella se hubiera marchado cinco minutos antes, se habría ahorrado tal humillación. Un beso para el patito feo y lo había hecho mal. ¿Por qué le había hecho eso Rafiq?

—Penny…

Ella se dio la vuelta.

—Mira, has de saber que no he besado a muchos hombres. De hecho, a ninguno.

—¿Y qué hay del canalla con el que estuviste comprometida?

—¿Cómo sabes eso? —pero ella sabía quién se lo había dicho. Sólo había una persona en la familia real a quien se lo había confiado—. Ya sé. La princesa Farrah.

—Sí.

Él la miraba expectante. Ella sabía que no se marcharían de allí hasta que se lo contara todo. Si no fuera el príncipe de aquel país, le diría que se fuera a paseo.

Entonces vio que la miraba con lástima. Era demasiado. No desnudaría su alma de ninguna manera. Se volvió y se acercó al caballo. Desató las riendas y se montó. Se sentía idiota, y se sonrojó al pensar en que él estaba dispuesto a enseñarla a besar. Tiró de las riendas y se encaminó hacia el camino por el que habían llegado. Las lágrimas afloraron a sus ojos y las secó con el dorso de la mano. Entonces, recordó que Rafiq tenía sus gafas.

Volvió la cabeza y lo vio subirse al caballo, mirar hacia atrás y sacar algo de su bolsillo. Penny suspiró. Cuando las cosas iban mal, iban mal.

Él apremió al caballo y la alcanzó. Se colocó a su lado y le entregó las gafas, partidas por la mitad.

—Me olvidé de ellas —dijo él—. Las reemplazaré.

—Gracias —lo miró de reojo y se alegró al ver que él miraba hacia delante—. Y nunca más hables conmigo de otra cosa que no sea el trabajo.

—Como desees.

Nada era como ella deseaba. Ella deseaba una vida sencilla.

Deseaba haber pasado más tiempo con su madre. Y no haber sido tan estúpida como para darle el dinero a un hombre que la había utilizado. Y casi deseaba que Rafiq no la hubiera besado. Pero ninguno de sus deseos se había hecho realidad.

Penny echaba de menos sus gafas mientras intentaba leer unos documentos que se había llevado a su habitación para revisarlos. Cuando llamaron a la puerta, los dejó sobre la mesa.

Abrió y vio que era Crystal Rawlins.

—Hola.

—Hola —la niñera le entregó un rollo de cinta adhesiva—. Pensé que esto te serviría mientras te hacen otras gafas.

—Gracias. ¿Quieres pasar?

—Sí. Fariq está con los niños, así que puedo descansar un rato.

Penny agarró las dos partes de las gafas y guió a la joven hasta el salón de su dormitorio.

—¿Te gusta cuidar de los hijos de Fariq? —le preguntó Penny.

—Creo que es el trabajo más fácil, y más duro, que he hecho nunca. Más o menos lo que mi madre siempre dice de la maternidad. Soy la pequeña de seis hermanos.

—Eres afortunada. Yo soy hija única —Penny pegó las gafas con la cinta y se las puso—. Toma. Está bien poder ver otra vez. Tengo miedo de encontrarme con el rey Gamil o con la princesa Farrah y no decirles nada porque no los haya visto.

—¿Has pensado alguna vez en ponerte lentillas? —le preguntó Crystal, colocándose sus gafas.

—Una vez las probé. Pero entonces dormía muy poco porque trabajaba, estudiaba e iba a clase. Me sentía como si tuviera toda la arena del desierto metida en los ojos. Me lloraban todo el rato. Era horrible. Las gafas son más fáciles de llevar, y más baratas.

El error había sido permitir que un príncipe atractivo se las quitara y la besara. Si al menos el roce de sus labios no hubiera sido tan maravilloso… Quería odiarlo por someterla a esa humillación, pero no había sido culpa suya. Ella era la tonta a la que nunca habían besado. Mirando a su amiga, estuvo a punto de confesarle lo que había sucedido. Pero cambió de opinión. Ya había tenido bastante.

—¿Lo has decidido? —Crystal se echó hacia delante, mirándola fijamente.

—Las lentillas no están hechas para mí —contestó Penny—. Pero tú deberías probarlas. Tienes unos ojos muy bonitos. No deberías ocultarlos tras unas gafas.

—Es gracioso que lo digas así.

—¿Por qué?

—Por nada —Crystal se encogió de hombros.

—No quería ofenderte. No tengo derecho a juzgar la belleza ajena.

—¿Por qué dices eso?

—Mírame. No me hago ilusiones sobre mi aspecto-dijo Penny.

—Ahora mismo te daría el premio a la pesimista de la semana.

—Gracias por el apoyo moral —dijo Penny.

—Lo siento. Pero las amigas no mienten.

—¿Somos amigas?

—Eso espero —dijo Crystal animada—. Y de amiga a amiga, esa cinta adhesiva tiene que desaparecer.

—No tengo otras gafas.

—¿Y cómo se han roto?

Penny sintió que se sonrojaba al recordar cómo había sucedido todo.

—Es una historia muy larga. Basta decir que ha sido una experiencia demoledora, en muchos aspectos.

—Puesto que en el palacio se rumorea que has ido a montar a caballo con el príncipe Rafiq, ¿es mucho asumir que él ha tenido algo que ver?

—Sí. No. De hecho, si no te importa, prefiero no hablar de ello.

—Estoy segura de que estará encantado de comprarte otras gafas.

—Ya me la ha ofrecido.

—A lo mejor, puede comprarte unas lentillas. Puesto que tienes un trabajo normal, de nueve a cinco, puede que ahora te vayan bien.

—Es de nueve a cinco, pero yo no lo llamaría normal.

—Sé lo que quieres decir —Crystal sonrió, mostrando su bonita dentadura—. Pero ese comentario acerca de que no te hacías ilusiones sobre tu aspecto, implica que consideras que no eres

atractiva.

—En la vida, uno juega la baza que le toca jugar —recordó que le había dicho lo mismo a Rafiq—. Cuando la vida te da limones, haz limonada. Todos tenemos que salir adelante con lo que destacamos. Yo he aprendido que lo mío es la inteligencia, no la belleza.

—Pero somos mujeres. Hay un gran invento llamado maquillaje.

—No creo que eso ayudara.

—Te equivocas. Con un buen peinado, ropa bonita y un buen maquillaje, estarías despampanante. Tienes mucho potencial sobre el que trabajar. Te he visto sin las gafas antes de ponerles la cinta.

Penny se rió.

—Si de verdad eres mi amiga, he de decirte que no está bien darle falsas esperanzas a una amiga.

—Yo nunca haría eso.

—ojala pudiera creerte. Es más, ojala fuera una mujer sofisticada. Daría cualquier cosa por ser alta y despampanante.

—¿El tipo de chica que cautivaría a un príncipe? —preguntó Crystal.

—Oh, no —le aseguró Penny. Ya había conseguido que el príncipe se fijara en ella y sólo le había complicado la vida—. Aunque he de admitir que es atractivo.

—¿De cuál estamos hablando? ¿De Rafiq, de Fariq, o de Karnal? Y el rey tampoco está mal.

—Rafiq. Él es como el chico del instituto que te hace madrugar para ir a clase. El chico que te da motivos para ir todos los días. Pero nunca lo cautivaré. Ni en millones de años.

—¿Ni en mil y una noches?

Penny negó con la cabeza y sonrió.

—No.

—Bueno, he de advertirte que tu tan deseada belleza tiene sus inconvenientes.

—¿Como qué? No imagino ninguna situación donde ser guapa sea un inconveniente.

—Entonces, deberías estar en mi piel —murmuró Crystal.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No importa. Sólo intento decir que hay cosas más importantes que la belleza por las que preocuparse.

—Sé que tienes razón —dijo Penny con un suspiro—. Y estoy muy agradecida por tener la posibilidad de trabajar en El Zafir. Pero no puedo evitar desear ser menos sencilla. Por cierto, ¿sabes por qué ser corriente era uno de los requisitos para optar al puesto de niñera?

—Sí —dijo Crystal—. Por culpa de tu príncipe.

—Si te refieres a Rafiq, no es mi príncipe.

—Estoy hablando de Rafiq, y me niego a discutir si es tuyo o no. El tiempo lo dirá.

—¿Y qué pasa con él? —Penny sentía un nudo en el estómago.

—Al parecer, la última niñera se enamoró de él y revolucionó a todo el personal porque decidió esperarlo en su cama.

—Bueno, supongo que no es la mejor manera de conseguir una valoración positiva en el trabajo, pero…

—Eso no es todo. Ella decidió quitarse la ropa mientras esperaba.

—Oh, cielos.

—No bromeo. Al parecer no era la primera vez que una de las empleadas del palacio sucumbía ante sus encantos. Según lo que se rumorea en el palacio, él no pierde el tiempo con mujeres corrientes, así que el rey Gamil hizo que ése fuera uno de los requisitos de la niñera para recuperar la tranquilidad del palacio —Penny la miró asombrada. Si eso era cierto, ¿por qué la había besado?—. Bueno y, ¿trabajar para él te ha supuesto algún problema?

—No —mintió Penny—. Aunque no soy el tipo de mujer que hace que los hombres se vuelvan al verla pasar, agradezco la advertencia.

Crystal se puso en pie.

—Será mejor que me vaya. Es la hora de acostar a los niños.

—Gracias por la cinta —dijo Penny, que también se puso en pie.

La vida sería mucho más sencilla si su trabajo consistiera en cuidar niños y no tuviera que tratar con un príncipe atractivo y encantador. Su beso la había hecho estremecer y le había roto las gafas. pero él no había hecho nada para conquistarla. Le bastaba con trabajar en el mismo despacho y respirar el mismo aire.

—He disfrutado hablando contigo —Penny despidió a su amiga en la puerta—. Volveremos a vernos, pronto.

—Me parece estupendo —dijo Crystal con una sonrisa—. Tenemos que aceptar la oferta que me hizo el príncipe Rafiq, dejar que cuide a los niños una tarde e irnos juntas a explorar la ciudad.

—Me encantaría. Que pases una buena noche —dijo Penny.

—Tú también.

Penny cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Lo dudo. No creo que pueda dormir ni un rato.

Se había enterado de la fama que Rafiq tenía con mujeres que eran lo contrario a ella. Sin duda, la princesa Farrah la había contratado porque su aspecto no atraería a Rafiq. Después de su beso, se preguntaba si…

No. Quizá no era para ella. Tenía que olvidarse de todo y centrarse. Necesitaba ese trabajo para conseguir su objetivo. Permitir que sus sentimientos se desbordaran era estúpido, y ella no era una mujer estúpida.

—Lo último que necesito es alterar el orden dentro del palacio y que me despidan.

Durante un instante, en el oasis, se había olvidado de su sueño, pero no sucedería de nuevo. Era su vida, y estaba decidida a crear un centro de educación infantil en honor a su madre. Nada se interpondría en su camino.

Ni siquiera un jeque, demasiado cautivador para su bienestar.

Evidentemente, se había equivocado. Pasar tiempo con él en el desierto era muy diferente a pasarlo en el despacho. Lo tenía claro. Mucho trabajo y nada de diversión. Y, desde luego, nada de juegos con el príncipe Rafiq Hassan.

Capítulo 7

RAFIQ ENTRÓ en su despacho y sintió ganas de salir huyendo al ver a Penny con las gafas pegadas con cinta. Recordó lo que había sucedido la noche anterior y lo que había sentido al besarla y abrazarla contra su cuerpo. Respiró hondo.

Penny llevaba un vestido negro de cuello alto que él ya había visto otras veces. Seguía sin ponerse la ropa nueva. Durante toda la mañana, él había estado reunido fuera del palacio concretando los preparativos del baile benéfico que celebrarían unas semanas más tarde. Después de lo del día anterior, había decidido no mencionar el tema de la ropa. Ella le había pedido que sólo hablara de trabajo.

Era la hora de almorzar y, en lugar de comer en uno de los selectos restaurantes de la ciudad, había decidido regresar a la oficina. No estaba seguro, pero creía que el aliciente era su simpática secretaria.

—Buenos días —dijo él.

Ella levantó la vista y se sorprendió al verlo. Evidentemente, estaba concentrada en su trabajo.

—Rafiq. Buenos días. Pensaba que no regresarías hasta después de comer.

—¿Has comido ya?

Ella negó con la cabeza.

—Iba a terminar de escribir este informe.

¿Era su imaginación o tenía las mejillas sonrosadas, y eso tenía algo que ver con el beso que le había dado en el desierto?

—Pediré que nos traigan algo —dijo él.

—Como desees —volvió a mirar la pantalla del ordenador.

Él se acercó a su escritorio y descolgó el teléfono. Después de pedir la comida, revisó sus mensajes, todos ellos escritos con la

bonita letra de su secretaria. Igual que ella: pequeña, precisa, intrigante. ¿Qué le sucedía? No conseguía concentrarse en el trabajo. Tenía que terminar con eso. Era el príncipe Rafiq Hassan, y una mujer con gafas grandes no era suficiente para hacerle perder la concentración. Pero al instante, descolgó el teléfono y llamó a su médico particular. Un príncipe de sangre real cumplía sus promesas.

Poco tiempo después les llevaron la comida y la sirvieron en una mesa. Rafiq se acercó a Penny y, cuando ésta levantó la vista, él se fijó en que estaba tensa.

—Vamos a comer.

—Como desees.

Aquella frase comenzaba a irritarlo. Rafiq le sujetó la silla y se percató de que ella evitaba cualquier roce con su cuerpo. Una lástima, porque le encantaba tocarla .Rafiq se sentó frente a ella y esperó a que el camarero llenara los platos.

—No necesito nada más. Puede marcharse.

—Como desee, Alteza —dijo el hombre haciendo una reverencia.

Otra vez esa frase. Quizá le molestaba que Penny la utilizara porque no la consideraba una empleada. No estaba seguro de cuándo había cambiado su forma de pensar en ella.

Cuando se quedaron a solas, Rafiq miró a su acompañante que, evidentemente, estaba incómoda. Aquella mujer que sólo pronunciaba monosílabos no era la Penny que él conocía. Quería recuperar a la mujer con la que había estado en el oasis. Una mujer llena de alegría y ternura, tal y como era ella antes de que él la besara. Aunque no se arrepentía de haberlo hecho. El roce de sus labios permanecía en su memoria.

Lo único que-necesitaba era conseguir que se le pasara el enfado. Entonces, podría averiguar por qué estaba enfadada, ya que tenía la sensación de que había disfrutado del beso tanto como él. Necesitaba sacar un tema que la apasionara. Y sabía muy bien cuál era.

—Cuéntame tus planes para el centro de educación infantil.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella tras dudar un instante.

—Empieza por el principio. ¿Por qué es tan importante para ti?

—Creía que ya te lo había explicado.

—Creo que hay algo más aparte de que te gustan los niños y de que quieres seguir los pasos de tu madre. Nunca he conocido a una

mujer que llegara tan lejos como tú para comenzar un negocio.

—Cuando tienes razón, tienes razón. Es más que un negocio. Cuando mi madre se estaba muriendo, le hice una promesa. Le prometí que haría algo para mantener vivo su recuerdo. Algo bueno. Algo que ofreciera a los niños un comienzo positivo en la vida, como el que me dio ella. Apenas pude disfrutar de ella, pero sin sus consejos no habría llegado a ser quien soy. Voy a crear el Centro de Desarrollo Infantil Mary Elizabeth Doyle.

—Ya veo —dijo Rafiq, pensando que su madre debió de ser una gran persona para que su hija sintiera tal devoción por ella.

—Voy a solicitar becas y ayudas para posibilitar que los niños poco privilegiados puedan asistir al colegio. Hay que acortar la distancia que hay entre los niños de clase media y los desfavorecidos para que todos tengan éxito cuando entren en la escuela. La experiencia que me aportará trabajar contigo para recaudar fondos para la obra benéfica será de gran ayuda cuando regrese a casa. Espero reunir dinero para ayudar a madres solteras que tienen que trabajar y necesitan un lugar seguro y estimulante para dejar a sus hijos.

—¿Has elegido el lugar donde te gustaría construir el centro?

—Sí —contestó, y colocó la servilleta sobre su regazo.

—¿Dónde?

Ella lo miró y se subió las gafas.

—No está muy lejos de donde mi madre enseñaba.

Es un barrio residencial, que está cerca de la zona de negocios de la ciudad.

—¿Tienes un edificio?

—Aún no.

—¿Has comprado el terreno?

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes estar segura de que estará disponible cuando regreses a Texas?

—No lo estoy. Confío en ello. Si hubiera tenido dinero para comprarlo…

—Pero no lo tienes —y él sabía por qué. Le hervía la sangre al pensar en la honrada mujer que había perdido todo el dinero de la herencia que le había dejado su madre—. Háblame de ese canalla, el tipo que te hizo eso.

—No es un tema agradable. Prefiero olvidarlo.
—¿No sería más fácil si me lo contaras?
—Ya lo sabes.
—Me gustaría oírlo de tus labios.
—¿Es un decreto real?
—Podría hacer que lo fuera —sus palabras hicieron que a Penny le brillaran los ojos, y eso lo hizo sentirse satisfecho.
—El canalla vivía en mi bloque de apartamentos. Para mi desgracia, vivía en la casa de al lado. Decía que era abogado, pero más tarde descubrí que era un empleado del despacho de abogados y que tenía acceso a mi expediente. Era atractivo y encantador. Yo estaba sola…
—Continúa —la animó él al ver que titubeaba.
—Pasaba mucho tiempo conmigo y yo pensaba que era porque se preocupaba por mí. Cuando me pidió que me casara con él, acepté. Y cuando me ofreció la posibilidad de invertir el dinero de mi herencia para doblar la cantidad, nunca lo cuestioné. Me dijo que, con su ayuda, podría realizar mi sueño mucho más rápido.
—Pero él no invirtió el dinero —dijo Rafiq, sintiendo que lo invadía la rabia.
—Quizá sí, pero no para mí —dijo ella con amargura—. Nunca lo volví a ver.
—¿Lo denunciaste?
—Sí. Pero no se pudo hacer gran cosa. Había utilizado un nombre falso. Y yo le di el dinero. No había nada firmado, y tampoco había violado la ley. Sólo mi confianza.
—Ya.
—Me comporté como una idiota en muchos aspectos. ¿No era una afortunada por haber encontrado al caballero perfecto? Nunca me pregunté por qué me trataba como a una hermana.
—¿Y por qué ibas a hacerlo? —Rafiq trató de apartar el recuerdo de que él también había pensado en tratarla como a una hermana.
—Él nunca pensó en casarse conmigo. Sólo quería mi dinero. Todo el tiempo me camelaba con la intención de conseguirlo. Nunca me besó.
—¿Nunca?
—En la mejilla, en la frente. Tal y como te he visto hacer con

Johara —bajó la vista y miró el plato. Apenas había probado bocado—. Ni siquiera trató de acostarse conmigo mientras me robaba el dinero.

—En El Zafir hay un castigo para penar ese delito.

—¿El de no acostarse conmigo?

—No. El de robarle dinero a una mujer inocente. En este país, el castigo sería severo.

Penny esbozó una sonrisa.

—¿Decapitarlo? ¿Cortarle la lengua? ¿Arrastrarlo para descuartizarlo en la plaza del pueblo?

—Todo lo anterior —le informó Rafiq.

Estaba satisfecho de haber conseguido que sonriera. Y tenía una idea que haría que sus ojos recuperaran el brillo y que su sonrisa no desapareciera de su rostro.

—Yo podría comprar el terreno que necesitas para el centro de educación infantil.

—¿Esto va a ser como lo de París?

—¿A qué te refieres?

—No puedo aceptar nada que no me haya ganado.

—Una cualidad admirable. Estaba pensando que podía darte un adelanto del sueldo. Hacer un depósito para el terreno y descontártelo de tu sueldo.

Ella se quedó en silencio durante unos instantes.

—Voy a confiar en ti porque le hice una promesa a mi madre y no quiero arriesgarme a que el terreno no esté cuando regrese a Texas. Siempre que me des tu palabra de que me descontarás el dinero de mi sueldo.

—Te doy mi palabra de que el terreno estará a tu nombre para cuando lo necesites —dejó los detalles del pago para otra discusión.

—De acuerdo. Acepto tu oferta de ayuda.

—Excelente —dijo él—. Haré los trámites necesarios para comprar el terreno.

—Gracias —dijo mirando a otro lado—. No pretendo ser complicada. Es sólo que aprendí la lección por la vía dura y no quiero volver a ser una ingenua.

A Rafiq le molestaba que aquel hombre le hubiera robado la inocencia. Pero se alegraba de que su castidad permaneciera intacta.

—La pureza es un tesoro muy valioso, no algo insignificante. Deberías estar orgullosa por haberte cuidado.

—Lo estaría si me hubieran puesto a prueba. Pero él nunca intentó nada.

Si la respuesta ante el beso que le había dado en el oasis no lo había convencido, su contestación acababa de hacerlo. Nunca había conocido a nadie incapaz de mentir hasta que conoció a Penny. Su tía Farrah tenía razón. Penny Doyle era casta y pura.

Rafiq sintió un fuerte deseo de protegerla. ¿Y de poseerla? No. Se lo habían prohibido. Pero se sentía desconcertado por la mezcla de sentimientos. Deseaba besarla de nuevo y se alegraba de que hubiera una mesa entre ambos. Era un hombre honesto que había prometido no hacerle daño ni deshonrar a la Casa de Hassan. En realidad, el instante no compensaba el escándalo que produciría.

La atracción y la pasión desaparecerían tarde o temprano. Siempre lo hacían. Ninguna mujer había atrapado su corazón.

Penny no podía creer que le hubiera contado a Rafiq el episodio más vergonzoso y doloroso de su vida. Había llegado el momento de cambiar de tema, y de dejar de hablar de sí misma.

—Hablemos sobre ti. Ya sabes lo importante que era mi madre para mí. ¿Y la tuya?

—Nunca la conocí. Murió cuando yo era un bebé. Nunca recuperó la salud después de los partos —bebió un poco de agua—. Eres afortunada.

—Si lo pones así, supongo que lo soy. Lo siento, Rafiq.

—Mi padre crió a sus hijos para que se convirtieran en hombres. La tía Farrah lo ayudó, así que no eché en falta el toque de una mujer.

—Eso sin duda —dijo, ella—. Quiero decir, por lo que he leído sobre ti. Al parecer no te ha faltado la compañía femenina.

—No creas todo lo que lees.

—De acuerdo. Pero han asociado tu nombre con el de muchas mujeres. Bellas mujeres de todo el mundo. Es más, en un artículo decían que eras el jeque soltero más cotizado de todos.

Penny bromeó porque el brillo que había visto en su mirada cuando mencionó a su madre le había llegado al corazón. Era como si pudiera ver a Rafiq, de niño, echando de menos a su madre. Su tía no podía significar lo mismo para él. Penny no había podido

disfrutar mucho de su madre, pero sí lo suficiente como para saber cuánto podía echarla de menos.

No podría soportar ver el lado vulnerable de Rafiq. No era un cachorro que, tras un abrazo, la acompañaría el resto de su vida. Tenía que protegerse de él.

—Soy un soltero cotizado. Y un jeque.

—¿Has estado comprometido alguna vez?

—No.

—¿Por qué? Al menos yo estuve a punto de casarme. Aunque el hombre fuera un embaucador.

—Yo he estado a punto varias veces. Pero casi todas las mujeres son iguales. Cuando encuentre a la mujer adecuada, cumpliré con mi deber… me casaré y tendré hijos.

—¿Y qué pasará si la mujer adecuada dice que no?

—Tonterías. Por supuesto, ni se le ocurrirá rechazar el honor de casarse con Rafiq Hassan, príncipe de El Zafir —sonrió—. Además, hay mujeres que me encuentran atractivo —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Sin que tú hagas nada para cautivarlas? —¿ya estaba coqueteando otra vez? ¿Qué tenía aquel hombre que la hacía comportarse así?

—Por supuesto que no. ¿Te ha dicho alguien que tienes unos ojos preciosos?

—Sí, claro —soltó ella.

—Digo la verdad, porque lo he visto. Cuando no los escondes tras esas gafas, tus ojos son azules como el cielo del desierto —él le había quitado las gafas bajo ese cielo azul. La había besado hasta hacerla estremecer. Y había hecho que deseara más. Lo mismo estaba sucediendo en esos instantes. ¿Era ella? ¿O hacía mucho calor en la habitación?—. Y es culpa mía que se hayan roto.

—¿Mis ojos? —preguntó ella con la respiración acelerada.

—Tus gafas —dijo él con una sonrisa—. He pedido cita con el médico de palacio. Te ayudará a hacerte otras —le dijo—. Y no vamos a discutir sobre la factura. Me la enviará a mí. Soy el responsable y debo pagar por ello.

—De acuerdo.

—¿Tan fácil? —preguntó él arqueando las cejas.

—Cuando tienes razón, tienes razón.

—Siempre tengo razón —dijo él con picardía.

Así era como más le gustaba a Penny. Le encantaba cuando bromeaba con ternura y hacía que se le derritiera el corazón. Pero entonces recordó la tarde que habían pasado en el oasis. Casi la había olvidado, pero no podía permitirse olvidarla de nuevo.

Abrir el centro de educación infantil era su objetivo desde hacía mucho tiempo. No podía cometer dos veces el mismo error. Rafiq Hassan estaba jugando con ella. ¿Si no qué podía ser? Ella no era el tipo de mujer para él.

Deseaba que el recuerdo del beso que habían compartido hubiera sido menos dulce.

Capítulo 8

RAFIQ PARECÍA cansado. Penny se fijó en él nada más verlo entrar en el salón de baile del palacio. Era una sala preciosa, de techos altos, suelos de mármol, lámparas de araña y jarrones llenos de flores. Su jefe había ido para comprobar que todo estuviera preparado para el baile benéfico que se celebraría al día siguiente.

Sobre las mesas había bonitos manteles. La comida y la bebida la habían llevado ya, junto a una chef que había llegado desde Nueva York con el fin de supervisar los preparativos. Rafiq había hablado con ella sobre el menú y sobre si pondría a los invitados de buen humor. Si la comida no lo hacía, el champán y el postre lo conseguirían.

Rafiq podía haber delegado en otra persona la supervisión del evento, pero no quería ni oír hablar de ello. Todo tenía que ser perfecto. Había estado trabajando dieciocho horas al día para que todo saliera bien. Tenía que asegurarse de que El Zafir quedaba en buen lugar a los ojos del mundo. Penny también se había esforzado mucho, pero no tanto por el evento en cuestión como por el hombre que se encargaba de todo. Cuando él la miró y le sonrió, ella sintió que se le paraba el corazón.

Rafiq se acercó a ella desde el otro lado del salón.

—Me gusta la carpeta —le dijo mirando lo que tenía en las manos.

—Ríete si quieres, pero he escrito una lista y esto me sirve para comprobar lo que ya está hecho. Hace que me sienta eficiente.

—¿Por qué iba a reírme?

—Tú sabrás.

Él la miró fijamente y ella se estremeció. Le pasaba siempre que estaba junto a él. Esperaba que el rey le devolviera pronto a su

secretario de forma que ella pudiera ir a trabajar para la princesa Farrah, tal y como estaba planeado. Si no, no sabía si podría soportarlo.

—Quiero agradecerte la ayuda que nos has prestado en los preparativos del evento de mañana —dijo él.

—De nada. Aunque esperaba que dijeras algo más sobre todo lo que no habrías podido hacer sin mí.

—Pero eso no sería sincero. Podría haberlo hecho igual —arqueó una ceja y le dedicó una sonrisa. Estaba bromeando—. Tu ayuda ha hecho que el trabajo fuera más fácil y ameno.

«Siempre sabe lo que tiene que decir», pensó ella.

—Espero que todo salga bien —dijo Penny.

—Yo también.

—¿Y por qué es tan importante para ti?

Penny ya lo sabía. Recordaba lo que él había dicho durante la cena familiar que habían celebrado poco después de que ella llegara al país. Pero el fuego que iluminaba su mirada cuando hablaba de sus motivos era tan atractivo que ella no podía evitar preguntárselo. Ansiosa, esperó a que él se lo contara de nuevo.

—No hay excusa alguna para que haya hambre en el mundo. Con voluntad, dinero y recursos, se puede conseguir que termine.

Rafiq era mucho más atractivo cuando se apasionaba por algo. Pero después del incidente del oasis, ella ya sabía que no debía fiarse de su pasión. Por desgracia, no podía evitar seguir hablando del tema:

—Si hay alguien que comprende por qué es tan importante, soy yo.

—Entonces, comprenderás por qué quiero batir el récord de donativos con este baile benéfico. No hay motivo por el que el hambre, sobre todo de los niños, no pueda ser erradicada. Y se conseguirá. Las consecuencias de la inanición son severas. Enfermedad, nerviosismo, incapacidad de aprendizaje… Si queremos mejorar el mundo, hay que empezar por los niños.

—Eh —dijo ella, levantando la mano—. Estoy de tu parte. Aunque supongo que estabas ensayando para mañana por la noche.

—Sí, eso era.

—¿Y tu dedicación tiene algo que ver con tus sobrinos?

—Por suerte, a ellos nunca les ha faltado nada. Pero sí. He

viajado por todo el mundo y he visto muchas cosas. No todas buenas. He imaginado lo horrible que debe de ser querer a un niño como yo quiero a Hana y a Nuri y no poder darles ni un mendrugo de pan para calmarles el hambre.

—Horroroso —dijo ella.

—Cuando el último niño hambriento llore por un pedazo de pan y quede satisfecho, habré terminado. Antes no.

Penny lo miró a los ojos y supo lo fácil que era caer en sus redes. Tenía que contenerse para no dejarse llevar por su atractivo.

—Bueno, está claro que te gustan los niños.

—Evidentemente. Me gustan mucho —dijo él.

—Eso hace que me pregunte por qué no tienes hijos.

—Si yo te lo preguntara, estaría saltando los límites.

—Desde que he llegado a El Zafir, sé de alguien que se ha saltado los límites más de una vez. ¿Por qué no voy a aprovechar que estás cansado para preguntarte lo que quiero saber?

Ella también estaba cansada. Ésa era la única explicación que podía encontrar como excusa por su comportamiento. No tenía sentido continuar. Había decidido que tenía que mantener la distancia adecuada pero, por algún motivo, saber por qué no tenía hijos era muy importante para ella.

—¿Y no te da vergüenza aprovecharte de mí? —ella se disponía a decir algo cuando él continuó—. No importa. Es muy sencillo. No estoy casado.

—¿Sencillo? Tú no tienes nada de sencillo —dijo ella, arrepintiéndose de sus palabras al instante.

—¿De veras?

—¿Es posible que tus estándares sean muy altos?

—Deben ser altos. Soy un miembro de la familia real de El Zafir. Y algún día me casaré.

—No al paso que vas. No veo que sea algo tan difícil.

,Tienes mucha experiencia sobre el tema?

No. Deja que me explique. No creo que sea difícil para ti. Has tenido numerosas oportunidades. ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema. He conocido a muchas mujeres y me he sentido atraído por algunas. Es más, he estado a un paso del matrimonio.

—Entonces, ¿qué?

—La atracción se desvanece.

—¿Así que, dejas a la mujer de lado? —preguntó ella, medio bromeando.

—Al contrario. Yo no lo expondría de esa manera. Pero, por su bien y por el mío, cuando la atracción se acaba, lo mejor que puedo hacer es desaparecer.

—¿Evitar el matrimonio?

—Mientras exista la posibilidad de salvar una amistad. Tengo fama de ser el cautivador de la familia. No sé si es cierto, pero siempre he tenido éxito a la hora de mantener la amistad con las mujeres que han formado parte de mi vida. No huyo de mis deberes. Ya te he dicho que cuando esté preparado, me casaré.

Ella lo recordaba bien. Una mujer adecuada. Penny se sentía como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Por un momento se olvidó de que él había omitido el tema del amor. Estaba demasiado celosa como para pensar con claridad. Rafiq no había negado que había habido varias mujeres, y estaba orgulloso de que todavía ellas hablaran con él. Y ella odiaba eso. ¿Era algo racional? Tan racional como el amor.

—¿Puede ser que tengas miedo del amor?

—No tengo miedo de nada —dijo él.

¿Podía ser que hubiera descubierto su punto débil? Por su mirada, parecía que así era. había llegado el momento de cambiar de tema.

Penny se apoyó contra la pared y se recolocó las gafas nuevas…

—Habrá muchas mujeres en el baile benéfico-dijo tratando de hablar con naturalidad.

—Sí. Y pienso camelarlas para que hagan un gran donativo por una buena causa.

—Eres el hombre adecuado para hacerlo. Y para seguir siendo amigo de ellas. ¿No es una Suerte que estés a cargo de esta fiesta?

Rafiq tuvo la sensación de que su tono era un poco brusco, pero no encontró motivos para ello. Tampoco para que el brillo de sus ojos disminuyera, pero lo hizo. ¿Desde cuándo pasaba tanto rato juzgando el humor de sus secretarias? Desde el momento en que había visto a aquélla durmiendo en su despacho.

Seguro que había una explicación para su comportamiento. Había llegado a confiar en ella y sólo llevaba tres meses allí. Era

muy buena en su trabajo, y anticipaba sus deseos antes de que él mismo las pronunciara. Rafiq sólo le había dicho parte de la verdad al comentarle que hacía que su trabajo fuera mucho más ameno. Esa parte era verdad. Pero no estaba seguro de poder haber sacado el trabajo adelante con alguien menos eficiente que Penny.

—¿Ocurre algo? —preguntó él.

—No.

Estaba mintiendo. Si había aprendido algo sobre su secretaria, era que nunca contestaba con una palabra, a menos que pasara algo. Era curioso que pudiera leer su pensamiento como si fuera un libro abierto. Había conocido a muchas mujeres, pero a ninguna como ella.

Se cruzó de brazos y le dijo:

—Cuéntame qué es lo que te molesta.

—Si insistes… Creo que no debería ir al baile. Sé que te preocupa que todo salga bien porque el resto del mundo nos estará mirando. ¿Y si tiro algo? ¿O si me resbalo en el suelo de mármol? ¿O si utilizo el cubierto inapropiado durante la cena? ¿Qué dirían todos sobre una familia real que ha contratado a una secretaria tan patosa?

Rafiq sospechaba que había algo más que no le había contado. El brillo de sus ojos había disminuido cuando él había dicho que tenía intención de camelar a las mujeres para que donaran dinero. ¿Era eso lo que le molestaba? ¿Era el hecho de que prestara atención a otras mujeres lo que no le parecía bien? Eso le gustaba. Tenía que hacerle comprender que su comportamiento era por el bien de la causa, porque el que ella no fuera al baile no era una opción aceptable.

—No tengas miedo.

—¿Así sin más? ¿Me ordenas que no tenga miedo y esperas que así sea?

—Sí.

—Impresionante. ¿Puedes ordenarle a los nervios del estómago que se relajen para que no vomite? —Sí —dijo él, y sonrió. Despacio, y contra su deseo, Penny sonrió. —Estás bromeando.

—Sí. Pero no te equivoques. Esto es una orden.

Requiero tu presencia mañana por la tarde.

Pasó por delante de ella y salió al pasillo. Rafiq no sabía por

qué, pero para él era muy importante que Penny asistiera al baile. No podía imaginarse en el evento sin ella.

Penny estaba sentada en un taburete frente al espejo de la cómoda, mientras Crystal planeaba el trabajo que iba a realizar. Su amiga se había ofrecido para peinarla y maquillarla para asistir al baile benéfico.

Aquella noche, la familia real pondría a su país, y a sus empleados, a la vista de todo el mundo. Los periodistas estarían presentes y, al pensarlo, Penny sintió ganas de vomitar.

—Empecemos con el pelo —dijo Crystal.

—Es largo, recto y fino. Tu peor pesadilla. No hay mucho que puedas hacer. Me haré un moño y ya está.

—Tienes un pelo precioso, y la mayoría de los hombres darían cualquier cosa por acariciarlo.

Penny se estremeció al pensarlo. ¿Rafiq pensaría lo mismo? Pero él no era como la mayoría de los hombres. Era un príncipe, y ella era pobre.

—No soy el tipo de chica que a la mayoría de los hombres les gustaría tener cerca —aunque Penny no comprendía por qué Rafiq se había acercado para besarla. Tenía que dejar de ser tan ingenua, ya conocía la fama que él tenía con las mujeres.

—Bastaría con cortarlo un poco y darle forma —dijo Crystal—. Pero no tenemos tiempo para eso. Además, yo no podría hacerlo, y no creo que me quieras tener al lado con un par de tijeras. Te lo recogeré, pero no en un moño.

Penny la observó y trató de no pensar en el nudo que sentía en el estómago. En muy poco tiempo, tenía la melena recogida y unos mechones caían con cuidado alrededor de su rostro. El peinado la hacía más alta y su cuello parecía más largo.

—¡Caramba!

—Sí —admitió Crystal—. Lo he hecho muy bien.

—Es cierto. Bueno, creo que ha llegado la hora de ponerme el vestido.

—No tan deprisa. He traído mi maquillaje. Voy a pintarte. Date la vuelta y cierra los ojos.

—¿Por qué? ¿Gritaré cuando vea lo que me has hecho?

—Vas a estar preciosa. Deja de ser tan negativa —Penny obedeció, cerró los ojos y permitió que su amiga la maquillara—. Cuando termine, vas a dejar voluntariamente tu imagen de cuatro ojos, aunque te arriesgues a que tu mejor amiga pase a tu lado y no la reconozcas.

—Llevo lentillas —confesó Penny.

—¿De veras? ¿Desde cuándo? —le preguntó su amiga.

—Rafiq concertó una cita con el médico del palacio, y éste me envió a un oftalmólogo para que me hiciera unas gafas nuevas. Después de la revisión, el médico me dijo que las lentillas habían avanzado mucho desde que yo las probé y que seguramente ya no tendría problemas con ellas. Así que me decidí. No eran demasiado caras. He estado practicando con ellas, y la verdad es que veo mucho mejor.

—Excelente —Crystal terminó de maquillarla y dijo—: Muy bien. Abre los ojos. Ha llegado el momento del toque final. Frunce los labios para que te los pinte. Ahora sécatelos un poco —le dio una servilleta. Penny besó la servilleta y se volvió para mirarse al espejo. Se acercó un poco más.

La mujer del espejo era guapa. El maquillaje hacía que sus ojos parecieran más grandes y un poco misteriosos. Su piel estaba impecable, como la porcelana. Sus pómulos, ligeramente colorados.

—Oh, cielos —dijo ella—. ¿Quién es esa mujer y qué has hecho con Penny Doyle?

—¿Soy una artista o no? Venga, vamos a ponerte el traje de fiesta.

El vestido estaba colgado en la puerta de su dormitorio. Crystal retiró el plástico que lo protegía y lo sujetó para que Penny se lo pusiera. Ella se volvió y permitió que su amiga se lo abrochara. Al recordar la última vez que alguien le había abrochado el vestido, se estremeció.

Tratando de centrarse en el presente, Penny sacó las sandalias plateadas de la caja y se las puso. Después se colocó frente a los espejos de cuerpo entero que había en la puerta del armario.

—¡Vaya! —exclamó, y se volvió para mirarse desde otro ángulo.

Crystal se colocó detrás de ella con los brazos cruzados y sonrió.

—Estás despampanante.

—No parezco yo, eso seguro.

El vestido era de manga larga y de cuello alto. Llegaba hasta el suelo, siguiendo las costumbres conservadoras de El Zafir. Tenía unas hebras plateadas que brillaban como las lámparas de araña y ella no pudo evitar preguntarse qué diría Rafiq cuando la viera.

—¿Crees que la familia real estará contenta? —preguntó.

—Voy a aventurarme en esto y voy a cambiar la familia real por el príncipe Rafiq. Sí, creo que lo dejarás asombrado.

—Bien.

—Mira, Penny, sé que he bromeado acerca de que estás enamorada de Rafiq. Y puedes interpretarlo como que te estoy animando. Pero, ya que me siento como una hada madrina, permíteme que te haga una advertencia. Ten cuidado con los príncipes vestidos de esmoquin. He de decirte que…

—Sé lo que vas a decirme —la interrumpió Penny—. Las chicas corrientes como yo no viven felices para siempre con jeques de exóticos países.

—De hecho, iba a decir las chicas como nosotras —le contradijo Crystal—. Y..

—Y cuando el reloj dé la medianoche, será mejor que me vaya de allí, porque él seguirá siendo príncipe y yo no seré más que su secretaria.

—Sí. Pero también recuerda que…

Penny levantó las manos.

—Lo sé. Mañana nadie va a llamar a mi puerta para pedirme que me pruebe el zapato de cristal como prueba de que él es el amor de mi vida.

—Es como si pudieras leerme la mente.

—No te preocupes —señaló su reflejo en el espejo—. Ahí hay una chica con un vestido precioso. No estoy segura de dónde está escondida Penny Doyle, y no me importa. Gracias, Madame Gisele, y gracias Rafiq por este maravilloso material de oficina —dijo ella —. Por primera vez en mi vida, me siento guapa. Lo único que pido es una noche. Mañana, volveré a ser Penny Doyle, la chica corriente.

Crystal la rodeó por los hombros con cuidado y la abrazó.

—Ésa es mi chica.

—En serio, caminar con los zapatos de cristal de Cenicienta no me atrae. No quiero esa distracción.

—¿Por qué no?

—Tengo pensado abrir un centro de preescolar. Quizá una cadena. Me gustaría que todos los niños pudieran comenzar con las mismas oportunidades. Si consiguiese becas, podría ayudar a más niños.

—Me alegro por ti.

—Por eso vine a El Zafir. En los Estados Unidos habría tardado mucho en reunir el capital inicial que necesito.

—Sé que acabo de advertirte sobre el príncipe Rafiq, pero no te olvides de divertirte. Lo único es que no cometas el error de enamorarte de él.

—No lo haré —prometió Penny.

—De acuerdo. Ya he terminado mi trabajo. Pásatelo fenomenal en el baile.

—Por favor, concéntrate para que todo salga bien.

—¿Tienes que trabajar?

—Más o menos. Todo está organizado, pero yo tengo que coordinar las actividades. Rafiq y yo hemos revisado todos los detalles con Emil.

—Entonces, puedes relajarte y pasártelo bien.

—No estoy tan segura.

—Vamos, mi niña. Vuela. Sé libre. Permite que tu corazón se sienta ligero como una pluma…

—Creo que los vapores del maquillaje se te han subido a la cabeza —dijo Penny entre risas.

—¡Suerte! —añadió su amiga.

—Ya basta —dijo Penny, y agarró el bolso que hacía juego con sus zapatos—. Creo que ya me has deseado toda la suerte posible. ojala pudieras venir conmigo.

—Tengo que cuidar a los niños, puesto que Fariq estará en el baile como anfitrión. Ahora está con Hana y con Nuri. Se enfadaron porque no los dejaban ir, y los convencí diciéndoles que tenía una sorpresa.

—Eres una hada madrina consumada.

—Hago lo que puedo. Ahora, vete. No estropees el maquillaje preocupándote, estás preciosa. Y recuerda: tengo la sensación de

que esta noche va a cambiar tu vida.

Penny no pudo pronunciar palabra. Sintió una fuerte presión en el pecho y un nudo en la garganta. Estrechó la mano de su amiga y salió de la habitación.

Penny no quería cambiar su vida. Si las hadas madrinas aceptaban deseos, sólo quería que Rafiq y la familia real estuvieran orgullosos de ella.

Capítulo 9

RAFIQ SE quedó mirando hacia la puerta. Penny acababa de entrar en el salón de baile que empezaba a llenarse de invitados. Después de cenar tocaría la orquesta y se celebraría la subasta benéfica, para que los invitados pujaran por los artículos que la gente había donado gracias a la eficiencia de su secretaria. Rafiq tenía la sensación de que todo iba a salir bien. Entre las contribuciones que algunos ya habían hecho y el donativo mínimo que tenían que pagar para asistir al evento, recaudarían una buena suma de dinero. Y la ayuda de Penny había sido inestimable.

Él se había percatado de cuándo había llegado, como si tuviera un radar masculino sintonizado con ella. La despampanante mujer que estaba en la entrada de la habitación era Penny Doyle, pero aquella noche, parecía una princesa.

Rafiq sintió que se le aceleraba el corazón al verla, y se disponía a dirigirse hacia ella cuando alguien lo agarró del brazo.

—Alteza.

—Buenas noches —dijo Rafiq mirando a la mujer que lo sujetaba.

—Bonita fiesta.

—Me alegro de que esté disfrutando.

—No se acuerda de mí, ¿verdad? —preguntó ella.

Rafiq la miró con detenimiento. Tenía el pelo castaño y los ojos color avellana. Era alta y bastante atractiva. La mujer estaba en lo cierto. El no sabía quién era.

—Le pido disculpas, señorita…

—Amanda Arbrook. Nos conocimos el año pasado en Londres.

—Es un placer verla de nuevo, señorita Arbrook.

Rafiq recordaba su apellido. Su padre era un estadounidense

adinerado. Rafiq contaba con que le hiciera un gran donativo. Miró hacia donde se encontraba Penny la vio sonriendo y hablando con un hombre. La tensión se apoderó de él y notó que se le aceleraba el corazón.

—Por favor, llámeme Amanda —insistió la mujer.

—Y usted puede llamarme Rafiq —dijo él.

—Estoy muy contenta de estar aquí esta noche. La causa merece la pena.

—Sin duda —dijo él, sin dejar de mirar a Penny.

—Mi padre ya les ha entregado un cheque por una buena suma.

—Estamos muy agradecidos por ello —dijo Rafiq, e hizo una reverencia.

—Es lo menos que podemos hacer. Esperaba que usted y yo pudiéramos ponernos al día.

—Me encantaría. Por favor, resérveme unos minutos para más tarde. Ahora tengo que hablar con una persona, si quiero que esta noche sea un éxito. ¿Me disculpa?

—Por supuesto.

Rafiq hizo otra reverencia y se encaminó hacia donde estaba Penny.

—Rafiq, yo…

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó él.

—¿Cuándo?

—Hace un instante. Desde el otro lado de la habitación he visto que un lobo hablaba contigo. No lo he reconocido.

—Ah, era Peter Michaels, de Inglaterra —dijo Penny con una sonrisa devastadora. Trabaja en telecomunicaciones y ha donado una buena suma.

—¿Qué te ha dicho? Ella lo miró asombrada.

—Que ha donado una buena suma.

—¿Nada más?

—¿Qué más podía decirme? Esto es una obra benéfica.

—No todo el mundo ha venido por eso —dijo él—. Alguien se aprovechará de este acto.

—¿Cómo?

Evidentemente, era demasiado inocente como para reconocer a un lobo hambriento.

—No importa.

Ella lo miró y sonrió.

—Te has puesto muy elegante.

—¿Eso significa que apruebas mi atuendo? —preguntó él, esbozando una sonrisa. Por motivos que no comprendía nunca podía estar enfadado cuando Penny estaba cerca.

—Me gusta ese esmoquin.

—Aunque no sea un vaquero, ¿crees que soy atractivo?

—Creía que habíamos quedado en olvidar eso —dijo ella con un brillo en la mirada—. No puedo creer que esperes que sea yo, entre todos los invitados, la que te diga un cumplido.

—Pues sí —admitió él.

—Ya sabes que eres atractivo.

—¿Estás nerviosa?

—No tanto —contestó ella, mirándolo.

De pronto, Rafiq se percató de que no llevaba las gafas.

—¿Ves bien? A lo mejor necesitas ayuda —dijo tendiéndole el brazo.

—¿Por qué iba a necesitar ayuda?

—Me encargaré de que no te pase nada —le explicó él—. ¿No te fías de mí?

—No es eso. Trataba de decidir si debía ser sincera o no.

—¿Sincera?

—Llevo lentillas. Puedo ver mejor que nunca.

—Eso está bien —la miró de nuevo y decidió que no quería separarse de ella.

—Tengo que ir a ver a Emil para asegurarme de que todo va sobre ruedas —dijo Penny.

En ese momento, la orquesta comenzó a tocar un vals.

—Todo va bien. Está claro que Emil tiene todo bajo control —le tendió la mano—. ¿Bailas?

—No lo sé. No quiero monopolizarte. ¿No tienes que ir a camelar mujeres? Para conseguir dinero, quiero decir.

—Hay tiempo de sobra para eso.

—¿Es apropiado que bailes conmigo?

—No sólo apropiado, sino necesario.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella.

—El deber nos dicta que tenemos que demostrar que nuestros invitados pueden bailar. Después de todo, los invitados que lo pasan

bien suelen ser más generosos. Sobre todo cuando el dinero que hay entre los asistentes podría financiar una pequeña guerra durante un período de tiempo indefinido. Sin embargo, nosotros queremos que donen el dinero a una causa mucho más importante.

—Nunca lo había pensado así —Penny lo agarró del brazo—. No seré yo quien eluda el deber.-Una mujer que se identifica con mi causa.

Rafiq estaba obnubilado. Penny era una mujer que se enfrentaba a todo con coraje, sentido común y buen humor. Aquella noche, estaba esplendorosa.

Cuando llegaron a la pista de baile la tomó entre sus brazos y deseó estar en cualquier otro lugar. Tras dar los primeros pasos, ella le preguntó:

—¿Qué te parece el vestido?

—No puedo decirte lo que opino.

—¿Tan malo es? —preguntó ella con una sonrisa.

—Para nada. No tiene ni comparación con la mujer que lo lleva.

—Eres un demonio con lengua de plata.

—Al contrario. Lo digo de verdad. Estás preciosa.

—¿Eso es lo que piensas de verdad?

—Sí. No mentiría, ni siquiera para no herir tus sentimientos. Pero me encantaría que llevaras el vestido negro.

Ella se tropezó y él la apretó con más fuerza contra su cuerpo.

—Dijiste que ese vestido era demasiado descocado, ¿recuerdas? Yo dije que era una pérdida de dinero y que no me lo pondría nunca.

—Nunca digas nunca —dijo él, y le susurró al oído—: Volveré a verte con él puesto.

Al sentir que lo agarraban del brazo, Rafiq se detuvo.

—Buenas noches, sobrino. Penny —la princesa Farrah estaba junto a ellos.

—Alteza —dijo Penny, mirando a la mujer y separándose de Rafiq—. Está muy guapa esta noche. El vestido es precioso.

—Siento interrumpir el baile. Rafiq, tu padre y tus hermanos te están esperando. Johara está cansada y no se encuentra bien. Nos gustaría formar una fila de recibimiento para nuestros invitados, así ella podrá retirarse.

—Iré ahora mismo —dijo él.

—Muy bien. ¿Te veré más tarde, Penny? —preguntó la princesa.

—Eso espero —contestó ella.

Rafiq la miró. No quería apartarse de ella. Sabía que, en su ausencia, otro hombre podría acercarse a Penny. Por primera vez en su vida, se sintió vulnerable. No sabía por qué, pero su instinto le decía que su secretaria podía causarle mucho dolor. Quizá de la misma manera en la que su padre todavía sufría por su madre. Penny le había preguntado si tenía miedo de los sentimientos que se podían experimentar hacia una mujer. ¿Sería cierto? No. El no tenía miedo a nada. Pero no le gustaba lo que sentía, y tenía que poner fin a esa debilidad antes de que fuera demasiado tarde.

Penny observó a Rafiq mientras bailaba con una mujer estadounidense. Sabía que el padre de la mujer había entregado un donativo generoso y que su jefe sólo estaba complaciendo a Amanda Arbrook.

A pesar de que no tenía derecho a sentirse así, los celos se apoderaron de ella. Él era un jeque soltero, y ella, su secretaria. Decidió repasar los acontecimientos de la noche para tratar de no pensar en ello.

El baile había sido un éxito y apenas podía esperar a saber la cantidad recaudada. La fiesta estaba acabando y ella deseaba irse a su dormitorio para no ver a Rafiq coqueteando con otras mujeres. Pero no podía. Formaba parte de su trabajo quedarse hasta el final. Se fijó en que Rafiq sonreía a la mujer estadounidense, que tenía todo lo que ella no tenía, y decidió salir a tomar el aire.

Una vez en el jardín, el aroma del jazmín invadió sus sentidos. La zona estaba poco iluminada y los árboles hacían que pareciera el país de las hadas. Ella se sentía como la Cenicienta. Aunque el recuerdo de Rafiq con otra mujer le recordó que no creía en los cuentos de hadas.

Se acercó a una fuente y sintió que la brisa húmeda le refrescaba las mejillas.

Escuchó unos pasos.

—Así que aquí es donde te habías metido.

Penny se volvió.

—¡Rafiq!

—¿Esperabas a alguien más? —la expresión oscura de su mirada provocó que a Penny se le encogiera el corazón.

—Estás abandonando a tus ricas mujeres.

—No son mis mujeres. Tú eres… —se calló de golpe—. Tú me necesitas.

—¿De veras?

—Es mi deber permanecer a tu lado.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Esta noche estás preciosa. Los hombres se acercarán a ti, deslumbrados. A mí también me está costando resistirme. Y mataría a cualquier hombre que te tocara.

—No creo que sea necesario —dijo ella con nerviosismo. ¿Le costaba resistirse? ¿Tenía miedo de que se le acercaran otros hombres? No podía ser cierto—. Nadie va a tocarme. Estoy a salvo.

—Por supuesto. Estoy aquí. Si algún hombre viene a buscarte, mi presencia lo desanimará. Aunque sea para evitar el escándalo que se montaría si tuviera que defender tu honor.

—Ya veo. Así que pasar tiempo conmigo sirve para proteger a la familia y al país. Simplemente es un deber.

—Exacto.

—¿Y por qué crees que voy a atraer a otros hombres?

—¿Estás pidiendo que te diga un cumplido? —preguntó él con una sonrisa.

—En serio, no veo por qué se van a fijar en mí.

—Te equivocas. Esta noche hay algo diferente en ti. Seguridad. Y un coqueteo que nunca había visto. Mi querida Penny, eres la tentación en persona. Eres tan embriagadora como el buen champán.

Tenía que poner en duda sus palabras. La única experiencia que había tenido con un hombre había sido un desastre, y el único beso que le había dado Rafiq había demostrado que no tenía ni la más mínima idea sobre el tema. ¿Cómo podía compararla con el champán? Pero amenazar con matar a cualquiera que la tocara era algo embriagador. Si Rafiq hubiera estado cerca cuando le robaron la herencia… El corazón le latía con fuerza y no sabía cómo conseguiría resistirse a Rafiq.

¿Por qué iba a tener que hacerlo? Desde el día del desierto, él no había mostrado interés por ella, así que no tenía por qué preocuparse.

—No puedo evitar preguntarme por qué matarías a un hombre

por mi bien.

Rafiq la miró de arriba abajo, con tanta intensidad que la hizo estremecer.

—Si un hombre se atreviera a hacer esto, se arrepentiría.

Se acercó más a ella e inclinó la cabeza. Penny sintió que la invadían los nervios, pero deseaba saber qué se sentía al besar a Rafiq correctamente. Decidió esperar, dispuesta a seguirlo allá donde él quisiera llevarla.

Finalmente, posó los labios sobre los de ella. Le acarició la comisura con la lengua y ella sintió que se le aceleraba el corazón. Pero, gracias a él, esa vez no era tan inocente. Abrió la boca y Rafiq no dudó en aceptar lo que ella le ofrecía y exploró en su interior. Al cabo de un momento, se retiró, y ella suspiró.

Él la miró fijamente, y la intensidad de su mirada hizo que ella se quedara sin aliento. Entonces, le acarició la mejilla y ella cerró los ojos para que la besara de nuevo. La besó en los párpados, jugueteó con sus labios y después la besó en el cuello haciéndola estremecer.

Una ola de calor recorrió su cuerpo y se asentó en su vientre. Un poco más abajo, en el centro de su feminidad, algo había cambiado, como si estuviera preparándose para que la poseyeran. Su respiración era agitada y se sentía un poco mareada.

Entonces, sintió la mano de Rafiq sobre uno de sus pechos. Le temblaban las piernas y no sabía si podría mantenerse en pie.

—Si un hombre hiciera esto, no viviría para contarlo —murmuró Rafiq contra sus labios.

—Oh, cielos…

—Eres mi precioso tesoro. Y seré yo quien te enseñe todos los placeres que te esperan. Ningún otro hombre te tendrá —la abrazó con fuerza y ella deseó que ese momento no terminara nunca. Rafiq le acarició la mejilla y, tras rozarle los labios, la besó con pasión.

Penny notó de nuevo que el calor invadía su cuerpo. Se sentía como si durante toda la vida hubiera estado buscando a Rafiq Hassan. Por fin lo había encontrado, y no quería marcharse de su lado.

Justo entonces, se oyeron unas voces y ellos se separaron. Penny se percató de que Rafiq respiraba hondo y se preguntó si estaría tan excitado como ella. No era posible. Una mujer como ella no podía

excitar a un hombre como él.

Antes de que pudiera darse cuenta, el príncipe Kamal apareció frente a ellos. Y no estaba solo.

Penny había visto antes a aquella mujer. El príncipe iba mostrándole a su acompañante los maravillosos jardines, y cuando los vio a ellos, sonrió.

—Así que es aquí donde habíais desaparecido. Mi hermano Rafiq y su secretaria Penny Doyle… una compatriota tuya —los presentó —. Ésta es Alexandrite Matlock.

—Al¡ —dijo la mujer, y les estrechó la mano.

—¿Alexandrite? —dijo Rafiq—. ¿Eso no es una piedra preciosa?

—Puesto que mis padres tienen sentido del humor y me pusieron ese nombre, investigué sobre él. Al parecer, a veces se utiliza como una gema. Pero en realidad es un mineral duro.

—Qué apropiado —dijo Kamal—. Ella es una mujer dura.

—No soy una mujer dura —contestó ella—. Es sólo que no soy susceptible a tu adulación. Es decir, no cederé ante tus peticiones.

—No es adulación. Y sólo quiero enseñarte los lugares más bellos de El Zafir. Estoy muy orgulloso de mi país.

—Debes estarlo —dijo Ali.

—Me siento como si hubiéramos entrado en el cine a mitad de una película —dijo Penny.

—Perdóname —dijo Kamal—. Nuestra tía vino acompañada de la señorita Matlock en su último viaje a los Estados Unidos. Ali es enfermera. La princesa Farrah le ofreció un trabajo en el hospital que se está construyendo en la ciudad.

—La tía Farrah debería ser la ministra de Recursos Humanos del país —comentó Rafiq—. Tiene mucho talento para encontrar personal cualificado —al mirar a su hermano y a Ali, le brillaron los ojos.

—La tía Farrah ha invitado a la señorita Matlock al baile de esta noche para darnos la oportunidad de… conocerla. Le he hecho una oferta que creo que no podrá rechazar. Nos gustaría que aceptara el puesto de jefa de enfermeras en el área de mujeres del hospital.

Ali se rió.

—Es tentadora. Un maravilloso dato para mi currículum. Y estoy encantada con todo lo de El Zafir.

—Entonces, debes aceptar mi oferta —dijo Kamal.

—No creo que mi prometido salte de alegría si acepto un trabajo al otro lado del mundo.

—¿Estás comprometida para casarte? —preguntó Kamal sorprendido

—Sí.

—La pérdida de El Zafir es la ganancia de un hombre afortunado —dijo Kamal—. Aun así, no creo que seas el tipo de mujer que hubiera venido hasta aquí si aceptar la oferta estuviera descartada.

—¿Crees que me conoces tan bien, Alteza?

Penny quería avisar a su compatriota de que se mantuviera alejada de los príncipes que le ofrecieran regalos. Se tocó los labios y miró a Rafiq. Menos mal que los habían interrumpido. Al menos, no seguiría comportándose como una idiota.

—Debo ir a ver cómo va todo dentro. ¿Me disculpa, Alteza? —preguntó Penny.

—Por supuesto —contestó Kamal.

—Al¡, encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

—Un placer para mí también, señorita Matlock —dijo Rafiq—. Acompañaré a Penny…

—¡No! —ella tenía que escapar de él, pero no pretendía decírselo así—. Quiero decir, no permitáis que esto os interrumpa. Quédate. Estoy segura de que si el príncipe de la corona no puede convencer a Ali para que acepte el trabajo, el príncipe Rafiq, podrá.

Antes de que nadie pudiera decir nada, Penny ya se dirigía hacia el palacio. Rafiq le había dicho que la protegería, pero ¿quién lo protegería a él de ella? Penny ya había cometido el error de enamorarse de un hombre que sólo quería su dinero. Pero Rafiq ya le había robado más de lo que ella podía imaginar.

Entonces, ¿qué más quería? ¿Por qué Penny no podía resistirse ante él? ¿Sería cierto que había mujeres que siempre se enamoraban de hombres que no podían conseguir porque tenían miedo de ser felices? Nada más entrar en el salón de baile supo que corría peligro de enamorarse de un hombre que no le pertenecía.

La última vez que se había enamorado, el único sueño que había tenido se le había escapado de las manos. Había prometido no ser tan estúpida nunca más. Pero la intensidad de lo que sentía por Rafiq la atemorizaba. La vida le había enseñado a ser desconfiada, y

sospechaba que aquella experiencia podía ser incluso peor.

Podía perderlo todo… el alma y el corazón incluidos.

Capítulo 10

DÓNDE estaba Penny?

Rafiq miró hacia el camino que llevaba al palacio mientras acariciaba al caballo. Hacía una mañana espléndida, y él había ordenado que ensillaran los caballos. Desde hacía un tiempo, habían adoptado como costumbre salir a montar antes de ir a trabajar al despacho. Era una manera de hacer ejercicio y de pasar más tiempo con Penny.

No había visto a Penny desde la noche del baile. No habían trabajado durante el fin de semana y él había estado ocupado con asuntos de Estado. Estaba impaciente. Penny se retrasaba y no era lo habitual en ella. ¿Debía ir a buscarla?

Recordó su mirada asustada la noche del baile, y cómo consiguió escapar de él. Si su hermano no lo hubiera entretenido, habría salido tras ella al instante. Pero más tarde, no fue capaz de encontrarla.

Desde aquella noche, no había conseguido dejar de pensar en Penny. El fuerte deseo que sentía por poseer a esa mujer le era totalmente extraño. ¿Sería amor?

—No puede ser amor, amigo —le dijo al caballo. Entonces, recordó que su tía le había preguntado si alguna vez había estado enamorado. ¿Y lo había estado?—. Ese sentimiento es una debilidad creada para hacer que un hombre sea vulnerable. Yo soy inmune —dijo en voz alta. «Pero no soy inmune a los celos», pensó al recordar la imagen de Penny hablando con otro hombre—. ¿Dónde se ha metido? —dijo él—. Si no llega pronto, la buscaré.

Al instante, Penny dobló la esquina del edificio.

—Hola —dijo sin mirarlo a los ojos.

—Llegas tarde.

—Lo siento. Sólo he venido a decirte que no puedo ir a montar.

—No importa —dijo él—. Podemos montar mañana.

—No. Ve tú. Quería decir que no puedo montar contigo. Nunca más.

—Las excursiones que hemos hecho me han gustado mucho. ¿Hay algún motivo por el que no puedas acompañarme más?

Ella se acercó a su caballo y se colocó de espaldas a Rafiq. Con la mano temblorosa, acarició al animal.

—Pronto recuperarás a tu secretario, y yo trabajaré para la princesa Farrah. No tendré tiempo. Tendré que aprender cosas nuevas y centrar toda mi atención en el trabajo.

Rafiq sintió que lo invadía la rabia.

—Mentirosa —dijo en voz baja. Ella se puso tensa y él supo que había acertado. ¿Por qué estaba poniendo excusas?

—No sabía que tenías tan mala opinión sobre mí — contestó ella.

—Hasta este momento, opinaba muy bien de ti.

—Siento que no lo comprendas. Pero creo que es lo mejor —comenzó a alejarse caminando, sin mirarlo.

Rafiq la agarró del brazo y notó que estaba temblando. No pensaba dejarla marchar sin que antes respondiera a sus preguntas. Y sin asegurarle que no

tenía nada que temer de él.

—¿Dónde vas?

—Al despacho.

—No hemos terminado de discutir esto —la agarró por los hombros.

—No hay nada más que decir.

—Al contrario. Hay muchas cosas que quiero que escuches.

—No servirá de nada.

—¿Tienes miedo de mí? —la giró para ver la expresión de su rostro.

—No puedo… Por favor, suéltame.

—¿Es por el beso que te di en el jardín? ¿No te gustó cómo te hice sentir?

—No. Quiero decir, sí. Nunca había sentido algo parecido.

—Ah —dijo él sonriendo de satisfacción—. Entonces, tienes miedo de los nuevos sentimientos desconocidos.

—No es sólo eso —miró nerviosa alrededor, como si buscara una vía de escape. Finalmente lo miró a los ojos—. Es muy complicado. Por favor, déjame ir.

El le daría cualquier cosa, pero no permitiría que se marchara. Deseaba acariciarle el cuello y besarle los labios. Le retiró un mechón de pelo y se lo colocó tras la oreja. Ella se estremeció.

Sonriendo, Rafiq agachó la cabeza y la besó en el cuello. Ella emitió un pequeño gemido y él supo que no se había equivocado. Entonces, ¿por qué trataba de escapar?

Al mirarla, vio que había cerrado los ojos y que tenía la boca entreabierta. Antes de que pudiera besarla, oyó pasos tras de sí. Se volvió y vio a su tía Farrah vestida con traje de montar. Rafiq percibió el gesto de desaprobación que había en su rostro.

—¿Qué ocurre, Rafiq?

Penny se puso tensa y se apartó de él.

—¡Princesa Farrah!

—Hola, Penny —dijo, y miró a Rafiq—. Veo que has decidido desobedecer mis órdenes.

—Tengo que explicarte algo, tía. Yo…

—Me has decepcionado, Rafiq.

—Pero, princesa —dijo Penny—. No ha sucedido nada. En serio. Sólo he venido para explicarle a Rafiq por qué no puedo salir a montar más con él.

—Sí. Ya he visto cómo intenta hacerte cambiar de opinión —dijo la mujer—. Te lo advertí, sobrino. Pero supongo que debí haberlo sabido. Los hombres sois como niños pequeños. Siempre queréis lo que se os ha prohibido.

—Soy el príncipe Rafiq Hassan…

—Y yo te conozco desde que eras un bebé. ¿No crees que sé lo que está pasando aquí?

—No tienes ni idea de lo que está sucediendo.

—Te equivocas, sobrino. Sólo me cabe esperar que hagas lo correcto.

Rafiq miró a Penny y vio la expresión de temor en sus ojos. Deseaba tomarla entre sus brazos para tranquilizarla. Y para explicarle que… ¿Qué? ¿por qué?

—No voy a defenderme —había algo más importante que quería decirle a su secretaria y no quería que su tía estuviera presente—.

Tengo mucho trabajo. Penny, hablaré contigo más tarde.

Penny sintió que se le rompía el corazón. Observó a Rafiq mientras se alejaba y casi olvidó las palabras que acababa de pronunciar la princesa.

—Alteza, ¿a qué se refería con que los hombres son como niños? ¿Que quieren lo que se les ha prohibido? ¿Se refería a Rafiq?

—Deja que te pregunte una cosa primero. ¿Rafiq te ha besado?

—No —mintió Penny.

—Entonces, ¿lo que he visto ha sido una visión? Antes de que me contestes, te diré que tengo una vista estupenda. Estamos en el desierto, pero creo que no era una alucinación. Sin embargo, podría estar equivocada. Ocurre de vez en cuando. Entonces, ¿dices que no te ha besado?

—No lo hizo —sus labios no habían llegado a rozarse.

—Entonces, contéstame a otra pregunta. Sin contar lo que ha sucedido ahora, ¿te ha besado alguna vez? Y no se te ocurra mentirme, Penny. Sabré si estás mintiendo. Es una de las cosas que primero descubrí en ti, y una de tus mejores cualidades. No podrías decir una mentira para salvar tu vida.

—¿Cuál es la pena que se aplica en El Zafir por mentir? ¿Cortar la cabeza? ¿Lapidación?

—Una vida de infelicidad —dijo la princesa.

—Sí, lo he besado.

—¿Y fuiste tú la que inició el beso? Recuerda, no me mientas. Quita las manos de detrás de la espalda y no cruces los dedos, pequeña.

—De acuerdo. Usted gana. Rafiq me ha besado. Pero eso ha sido todo…

—¿Y fue agradable? ¿Te gustó besarlo? —el tono de la mujer parecía… esperanzada.

—Fue… maravilloso —dijo Penny dando un suspiro—. Pero no comprendo qué tiene de malo. ¿Qué es lo que le ha prohibido tener?

—A ti, cariño.

—¿A mí? —se llevó la mano al corazón—. Ahora sí que no comprendo nada. En momentos como éste es cuando más echo de menos a mi madre.

La princesa la agarró de las manos.

—No es culpa tuya. Y espero que me hayas considerado como una sustituta de tu madre desde que llegaste a mi país.

—Sí —Penny confiaba en aquella mujer como no lo había hecho en nadie desde que murió su madre—. ¿Pero quién le ha prohibido a Rafiq besarme?

—Yo. Justo antes de que te llevara a París. Eres tan inocente… Y yo se lo dije. Así es como llegaste a nuestro país y así es como debes permanecer.

—No ha sucedido nada entre nosotros, Alteza. Y quiero prometerte que nada sucederá. Sólo estaba explicándole que no puedo montar más con él.

—Bien. Sabía que eras una mujer madura que no se dejaría llevar por un rostro atractivo y alguien con mucha labia. Ahora, creo que es hora de que regrese al palacio.

—Pero, Alteza, ¿no iba a montar a caballo?

—Ya no estoy de humor. ¿Quieres comer conmigo?

—Me encantaría.

Penny la observó marchar y pensó que todo aquello era surrealista. También se preguntó si seducir a una mujer virgen sólo era un reto para Rafiq. ¿Por eso estaba interesado en ella?

Tenía sentido. Podría tener a su lado a cualquier mujer del mundo, así que no tenía por qué desearla a ella. Desearla, quizá sí, pero no amarla.

Pero, ¿no sería maravilloso que estuviera equivocada acerca de que no existían los cuentos de hadas?

Capítulo 11

PENNY estaba sentada en el escritorio de la suite de la princesa Farrah elaborándole la agenda del día. Ella estaba visitando el hospital que se estaba construyendo en la ciudad.

Sonó el teléfono y Penny contestó:

—Habitación de la princesa Farrah, Penny Doyle al habla.

—Tengo que hablar contigo. Es un asunto de gran importancia.

Al oír la voz de Rafiq, a Penny se le aceleró el corazón.

—Ya has recuperado a tu secretario. Yo ya no trabajo para ti —llevaba tres días sin verlo y lo echaba mucho de menos.

—Sé muy bien que mi tía se ha apropiado de tus servicios. Pero eso no cambia el que desee hablar contigo.

—Estoy muy ocupada.

—Has estado evitándome.

—No sabía que me andabas buscando.

—No has contestado a mis llamadas y, en tus ratos libres, te escondes en tu habitación. No te he visto realizando tus pasatiempos habituales —Penny permaneció en silencio—. ¿Penny? ¿Estás ahí?

—Sí —dijo ella.

—Quiero que cenes esta noche conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

Tenía demasiado miedo. El trataba de seducirla sólo para demostrar que podía hacerlo. Tenía la sensación de que se había enamorado de Rafiq y de que él se daría cuenta con sólo mirarla. No podía permitir que la echaran del trabajo, ya que, entonces, no podría cumplir la promesa que le había hecho a su madre.

—No puedo.

—Eso no es suficiente. Quiero que esta noche cenes conmigo. A las siete. Ponte el vestido negro —hizo una pausa—. Penny, considera esto como un decreto real —dijo, y colgó el teléfono.

Penny estaba de pie frente a la suite de Rafiq preguntándose qué estaba haciendo allí. Era el último hombre del mundo al que quería ver, pero al mismo tiempo, el único al que deseaba ver. Por teléfono, su tono de voz había sido seductor y ella no había podido rechazar su invitación.

Acarició el vestido que llevaba. No era de encaje y la cubría de la cabeza a los pies. Él sólo le había dicho que se pusiera el vestido negro. Recordó cómo la había mirado en el hotel de París y deseó que sucediera de nuevo, pero no sería así.

Llamó a la puerta y esperó. Rafiq abrió momentos después. Iba vestido con un traje oscuro y camisa gris.

—Buenas noches, Penny —dijo mirándola de arriba abajo—. No te has puesto el vestido —la acusó.

—Es negro.

—Así es. Y he cometido un error al no especificar más —Penny lo miró y vio la misma expresión que en el hotel de París. Era como si sus ojos ardieran de puro deseo y él no pudiera dejar de mirarla. Y ni siquiera se había puesto el vestido—. Pasa.

—De acuerdo —dijo ella y miró a su alrededor. Nunca había estado allí.

—Me habría gustado que te hubieras puesto el otro vestido.

—Si los deseos fueran caballos, los pobres irían cabalgando. He decidido elegir yo sola.

—Sí. Por desgracia siempre hay una elección.

«No siempre», pensó ella. Al menos, no acerca de enamorarse de él.

—No a todas las mujeres les queda tan bien el negro como a ti. Estás preciosa. Aunque me gustaría que te hubieras dejado el pelo suelto.

—No lo sabía.

—Me aseguraré de que lo hagas la próxima vez. No importa, tiene fácil solución —se colocó tras ella. Penny lo observó a través del espejo que tenía delante. Rafiq le quitó las horquillas que sujetaban su melena y el cabello cayó sobre sus hombros y sus pechos. El le agarró un mechón e inhaló su aroma. El calor de su

cuerpo y el aroma de su piel hicieron que Penny se estremeciera—. Tanta belleza —dijo él—. Un tesoro que no tiene precio.

Ella respiró hondo, dio un paso adelante y se volvió para mirarlo.

—¿De qué querías hablar conmigo?

—Parece que tienes prisa. ¿Vas a perder un avión?

Rafiq no sabía que ella había pensado muy en serio esa posibilidad.

—No. Sólo quería ir al grano.

—Ya llegaremos. Pero primero, bebamos champán.

—¿Hay algo que celebrar?

El la agarró del brazo y la guió hasta el salón. La única luz que había en la habitación era la que provenía de unas velas. Había un sofá semicircular y una mesa de café sobre la que esperaba una botella. Rafiq la abrió y sirvió unas copas.

—Quiero brindar por nosotros —le dijo mientras le entregaba una de las copas.

Penny agarró la copa con mucho cuidado para no rozar sus dedos.

—¿Y por qué no por los ángeles guardianes?

—No comprendo —dijo él, frunciendo el ceño.

—¿Tenemos que brindar por algo?

—Me gustaría brindar por ti.

Penny dio un trago largo y vació media copa.

—¿Por mí?

—Eres la mujer más especial que he conocido nunca.

—Gracias… —bebió el resto del champán.

—Era un cumplido —le rellenó la copa—. Eres inteligente, amena y capaz de aprender. Además, eres sensata.

¿A dónde quería llegar? Penny lo miró y comenzó a sentirse mareada.

—¿Te importa si tomo asiento? —le preguntó

—Perdóname —dijo él haciendo una reverencia. La agarró del brazo y la ayudó a sentarse. Después, se acomodó a su lado.

—Es estupendo. ¿Sabes?, comenzaban a dolerme los pies. Siempre me había preguntado si los zapatos de tacón caros harían menos daño que los normales —llevaba unos zapatos que le había comprado él.

—¿Y?
—He visto la etiqueta del precio de esos zapatos —contestó ella.
—¿Sí? —arqueó una ceja—. ¿Y?
—Hacen el mismo daño —confesó.
—Hablaré con el diseñador.
—¿Puedes hacer eso?
—Por supuesto.
Rafiq se puso de rodillas frente a ella. Le sujetó el pie izquierdo y le quitó el zapato, dejándolo sobre la mesa.
—¿Qué haces? —preguntó ella.
—Quiero que te sientas mejor.
—Me siento muy bien.
Sabía que lo próximo que le ofrecería sería ponerse más cómoda y, si se descuidaba, acabaría desabrochándole el vestido… Tenía que detener aquella situación.
—Alteza…
—¿Estás enfadada?
—¿Cómo lo sabes?
—Por cómo te has dirigido a mí. Sólo utilizas esa palabra cuando estás enfadada. No comprendo qué es lo que te disgusta.
—Te lo diré. ¿Pensabas que era tan ingenua como para que pudieras seducirme sin pedir permiso?
—¿De qué estás hablando?
—Tu tía me lo contó todo el otro día.
—Define todo.
—Me explicó cómo te había dicho que no me tocaras cuando me llevaste a París. Dijo que los hombres sois como niños y que queréis lo que no podéis tener. Y tú sabes que yo nunca… que no he…
—¿Que no has estado con un hombre?
—Sí. Eso —respiró hondo—. Todo lo que has hecho… besarme en el oasis, comprarme ropa cara… Toda esa palabrería de la otra noche en el jardín, que matarías a cualquier hombre que me tocara… Eres peor que el canalla que me sedujo para robarme el dinero —le dijo. Era lo peor que se le ocurrió que podía decirle y, al parecer, funcionó.
Rafiq se puso en pie y la miró fijamente.
—¿Cómo has podido insultarme de esa manera? Compararme con el canalla que…

—Además, tendrías que depurar tu técnica. ¿Qué era todo eso de que soy especial? ¿Y amena? ¿Y capaz de aprender?

—Trataba de llegar a la parte de que serías una buena madre.

—¿Qué? —preguntó ella, y dejó la copa sobre la mesa.

—Y esposa.

—¿Esposa?

—Me gustaría que te casaras conmigo.

—¿Qué ha pasado? —chasqueó los dedos—. Ya lo sé. El rey te ha dicho que ha llegado el momento de que elijas una mujer adecuada.

—No, es mi propia decisión. Penny se quedó de piedra.

—Perdóname si no he comprendido la propuesta. Me parecía más una entrevista de trabajo.

—Y lo es. Ser esposa de un jeque, príncipe de la Casa de Hassan, es un trabajo. Es mi responsabilidad elegir bien.

—Bueno, perdóname pero no me creo nada. Una vez me dejé engañar por un hombre atractivo. No me malinterpretes. Lo superas con creces, pero no voy a caer en la trampa.

—¿Caer en la trampa?

—Sí. He de reconocer que es ingenioso. Proponerle matrimonio a una chica como yo que daría cualquier cosa por tener una familia. Si acepto, podrás llevarme a la cama y abandonarme al día siguiente.

—Si fueras un hombre, te abofetearía por eso —dijo él, entre dientes. Después, se bebió el resto del champán.

Penny sabía que había traspasado el límite. Pero no podía detenerse. Sufría por dentro y trataba de reponerse. Siempre se hiere a la persona que se ama… Era ridículo. Se había enamorado de él.

—Si yo fuera un hombre, no mantendríamos esta conversación.

Deseaba que le dijera que la amaba, y los ojos se le llenaron de lágrimas. —He de admitir que la advertencia de mi tía Farrah me llevó al límite. Lo prohibido es muy tentador y puede convertirse en una obsesión. Pero empecé a ver que eras inteligente, divertida, sincera, leal y directa. Los estudios que has elegido demuestran que podrías ser una buena madre y mi compañera de negocios. Tu manera de responder ante mis caricias y mis besos no dejan duda de que serías una esposa estupenda.

¿Se estaba refiriendo a las relaciones sexuales? ¿Lo decía por cómo se había abandonado entre sus brazos? Penny recordó el momento y se estremeció. Tenía que concentrarse. Su propuesta le ofrecía cosas que siempre había deseado. Pero él se olvidaba de algo muy importante.

—¿Me quieres?

—¿Qué tiene que ver el amor con todo esto? —preguntó él, frunciendo el ceño—. ¿Por qué complicar la relación perfecta? Haremos una pareja estupenda. Debes casarte conmigo.

—Justo lo que deseaba oír —lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Te ordeno que no llores.

—¿Crees que puedes conseguirlo todo dando una orden o entregando dinero? —se puso en pie y, al tambalearse, se percató de que sólo llevaba un zapato. Se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. ¿Ves? Ni siquiera tú puedes dar una orden y conseguir lo que deseas. Eres como el resto de los mortales. No puedes comprar el amor. Es algo que debe entregarse de manera gratuita. Permíteme que te sea sincera, Alteza. Preferiría comer cristal antes que ser tu esposa. Pero lo que más siento es que quizá nunca pueda abrir un centro de preescolar en memoria de mi madre.

Salió al pasillo con toda la dignidad que podía mostrar. Se quitó el otro zapato, se agachó para recogerlo y corrió todo lo deprisa que pudo. Por un

lado, deseó que él la persiguiera, pero no fue así. Quizá mejor, porque prefería llorar en la intimidad.

—¿Qué le has hecho a Penny? —le preguntó la princesa Farrah a Rafiq nada más entrar en su habitación.

—No entiendo. ¿Por qué crees que le he hecho algo?

Había pasado toda la noche sin dormir tratando de comprender lo que había hecho mal. El incidente y las últimas palabras que le había dicho Penny le habían dejado un profundo vacío en su interior que nunca había experimentado y que empezaba a odiar.

—Claro que le has hecho algo —dijo su tía.

—Si hay alguien ofendido, soy yo.

—¿Y puedes decirme por qué?

—Se ha negado a casarse conmigo.

—Bueno… eso es maravilloso —dijo su tía.

—No entiendo nada. Me ofende, y ¿dices que es maravilloso?

—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor no te has casado todavía porque estabas esperando a enamorarte?

—No —hasta que conoció a Penny Doyle su vida había sido tranquila, aunque quizá estaba un poco vacía.

—Deja que te diga lo que pienso. Eres una persona a quien le gusta ser el centro de atención. Incluso de pequeño, exigías tu sitio y te enfadabas cuando tus hermanos te dejaban de lado. Además, tienes que controlarlo todo y crees que siempre tienes razón.

—Y es cierto.

—Todas las mujeres en las que te has fijado eran así también. En un ambiente tan infértil, uno no puede crecer. Tus relaciones estaban condenadas al fracaso. Por eso he tenido que intervenir.

—No entiendo.

—Sabía que Penny sería perfecta para ti.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando la conocí en Nueva York, el puesto que ella solicitaba ya estaba ocupado —su tía entró en el salón y se sentó en el sofá.

—Lo sé —dijo él. Se acercó a donde estaba ella y vio que el otro zapato de Penny todavía estaba sobre la mesa del café. Sintió un fuerte dolor en el corazón.

—También sabes que me pareció una bocanada de aire fresco. Cuanto más hablaba con ella, más segura estaba de que era perfecta para ti. Alguien que suavizaría tus manías, pero lo bastante fuerte como para que no la pisotearas.

—¿Mi padre sabe algo de todo esto?

—Mi hermano y yo estamos en completa armonía.

—Entonces, cuando se apropió de mi secretario, ¿fue para dejarle el sitio a Penny?

—Sí. Una estrategia brillante, si me permites decirlo.

—Creía que los matrimonios de conveniencia eran cosa del pasado. ¿Estaba equivocado? Veo que en El Zafir siguen a la orden del día.

—Si mis sobrinos no fueran tan cabezotas, no haría falta que nadie interviniera.

—Así que Fariq y Kamal pueden esperar que…

—Un poco de ayuda. Creo que lo de tu hermano Fariq y la

niñera progresa de manera adecuada. Y si se te ocurre decirle una palabra sobre esto, te arrepentirás.

—No diré nada.

—Bien. Ahora sólo me queda convencer a la enfermera estadounidense, Ali Matlock, para que acepte el trabajo en el hospital que le ha ofrecido Kamal.

—Muy bien, tía. Pero yo he honrado a Penny con una propuesta de matrimonio. No veo por qué me merezco esto.

—La pequeña acaba de marcharse. Apenas podía contener las lágrimas.

—¿Alguien le ha hecho daño? Dime quién, y le haré pagar por ello.

—Me temo que fuiste tú. Y, a juzgar por tu aspecto, el precio es alto. Debes dormir un poco, Rafiq. Y tu apariencia… ¿Qué le dijiste?

—Le dije que era sensata, inteligente, amena, leal, sincera y capaz de aprender. Que sería una esposa y una madre perfecta.

—¿Y qué hay del amor?

—¿Por qué las mujeres estáis tan obsesionadas con ese sentimiento difuso? No veo qué tiene que ver con todo esto.

—No me extraña que me pidiera que rompiera el contrato para que pudiera regresar a los Estados Unidos.

—¿Se marcha?

—Eso dice —Rafiq se pasó la mano por la nuca y se volvió—. ¿Sobrino? ¿Te encuentras mal?

—No —contestó, y se volvió para mirarla.

Ella se puso en pie y lo agarró del brazo.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Siento un dolor que nunca había sentido antes. Es como si una gran oscuridad se apoderara de mí. Me siento como si fuera a tragarme, ocultando la luz. ¿Qué es?

—Eres el rey de los sapos —la princesa Farrah lo miró con lástima.

—No creo que los insultos sean de gran ayuda.

—Lo siento… pero no he podido contenerme. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Explicarme qué es esta horrible sensación.

—Es amor.

—No te creo —dijo asombrado.

—Me lo temía —la princesa Farrah suspiró y volvió al sofá—. Sé que siempre has pensado que todas las mujeres son iguales, pero no es verdad. El amor ha encontrado la que es para ti, la que es tan especial que nunca podrás olvidar. Durante algún tiempo, me preocupó que te quedaras soltero.

—¿Y por eso interviniste? —llevándole a Penny. Sólo con pensar en ella se le formaba un nudo en el estómago.

—Así es.

—Explícame por qué le dijiste que me habías prohibido tocarla.

—Ella me lo preguntó.

—No lo habría dicho si no hubieras comentado nada delante de ella.

—Tenía que acelerar las cosas. No llegabais a ningún sitio.

—Al parecer, estoy condenado a no llegar a ninguna parte —dijo él. No quería admitirlo, pero empezaba a pensar que su tía tenía razón. Era posible que Penny fuera la causa de tanto dolor—. Ella me preguntó si la amaba.

—¿Y qué le dijiste?

—Que el amor sólo complicaría nuestra estupenda relación. Le dije que haríamos muy buena pareja y le ordené que se casara conmigo.

—Oh, querido. ¿Y ella qué dijo?

—Que prefería comer cristal antes que ser mi esposa.

—Pobre Rafiq.

—No necesito que te compadezcas de mí, tía. Necesito tu ayuda. ¿Qué debo hacer? Me acusó de ser peor que el hombre que le robó el dinero.

—Oh, cielos. Tu delito fue no reconocer el amor. Y aunque Penny conoció el afecto de su madre, se lo quitaron demasiado pronto. Ella reconoce el amor, pero tiene miedo de aceptarlo, porque el dolor de su pérdida es muy profundo —lo miró—. Menuda pareja.

—Eso no es de gran ayuda, tía Farrah.

—Debes impedir que se vaya.

—¿Cómo?

—Dile lo que sientes en tu corazón. Eres el único que lo sabe —se puso en pie y lo besó en la mejilla—. Buena suerte, sobrino.

Cuando se marchó, Rafiq continuó mirando el zapato de Penny. Necesitaba a su secretaria. Le era tan necesaria como el aire que respiraba. Recogió el zapato.

—Tú y yo tenemos un problema —dijo él, acariciándolo—. Somos inservibles sin la pareja adecuada.

Capítulo 12

PENNY SE quitó las gafas y se frotó los ojos. No había dormido nada en toda la noche. Le parecía curioso que fuera a marcharse de El Zafir en las mismas condiciones en que había llegado.

Se acercó a la ventana para mirar el jardín. Se había encariñado con El Zafir, con su gente, y con los miembros de la familia real. Despedirse de la princesa Farrah le había costado más de lo que esperaba.

Y después estaba Rafiq.

Odiaba tener que marcharse, pero no podía quedarse. Suspiró y recordó lo que le había dicho la noche anterior… que quizá nunca conseguiría realizar su sueño. Le costaría más conseguir el capital inicial, pero estaba segura de que su madre comprendería que permanecer en El Zafir no era algo que ella pudiera soportar.

Llamaron a la puerta. Penny había pedido que la ayudaran a llevar las maletas al coche y pensó que sería algún empleado. Al salir del salón, vio, sobre una silla, el vestido negro que no se había atrevido a ponerse la noche anterior. Lo miró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Habría estado preciosa con ese vestido. Abrió la puerta y, al ver a Rafiq, se quedó de piedra.

—Penny —dijo él.

Tenía un aspecto horrible, como si llevara días sin dormir. Su ropa estaba arrugada y no se había afeitado.

—Alteza.

—¿Desde cuándo te diriges a mí de manera formal? Por favor, cierra la puerta.

—¿Es una orden?

—Sí, si esa es la única manera de que me obedezcas.

Penny cerró la puerta.

—¿Qué es lo que quieres? Creía que no había nada más que decir.

Rafiq sacó el zapato negro de detrás de su espalda.

—Olvidaste esto.

—Gracias —dijo ella—. Aunque no hacía falta que me lo devolvieras. He dejado el otro en el dormitorio.

—¿Su pareja? —preguntó él, y dejó el zapato sobre la mesa.

—Sí. Junto con el resto de la ropa que forma parte del trabajo. Me encantaría quedarme para ver a tu ayudante con esos modelitos. El estaría…

—No tiene tu misma talla —la interrumpió—. Ibas a marcharte sin decirme adiós.

—Anoche dijimos todo lo que había que decir.

—No.

—¿Qué más falta por decir?

—He puesto el terreno para el centro de preescolar a tu nombre.

—¿Por qué debo creerte?

Rafiq sacó un sobre del bolsillo.

—Los papeles están aquí. También el nombre de los agentes con los que negocié y el teléfono del representante del banco con el que abrí una cuenta para la construcción, apertura y funcionamiento del centro. Penny abrió el sobre con manos temblorosas y comprobó los papeles. Estaban todos.

—¿Vas a regalarme el centro de preescolar?

—Es algo importante para ti.

—¿Pero por qué? Después de lo que te dije…

—Mi tía se ha encariñado contigo. Me culpa de que te marches. Y por haberla privado de una secretaria estupenda.

Penny se volvió para disimular las lágrimas. —Echaré mucho de menos a la princesa Farrah. —¿Y echarás de menos a alguien más?

Deseaba decirle que a él, pero no podía hacerlo.

Debía mantener su dignidad.

—Odio tener que marcharme antes de que finalice mi contrato. Pero la princesa lo comprende y dijo que no quería que me quedara si era infeliz.

—¿Y lo eres? Me gustaría verte la cara, y los ojos.

Vuélvete. Mírame, Penny.

—Tengo que irme a casa —dijo ella, negando con la cabeza.

—Ésta es tu casa.
—No.
Se colocó detrás de ella. Penny podía sentir el calor de su cuerpo y su respiración. El la agarró del brazo e hizo que se volviera.
—Dicen que el hogar de una persona se encuentra donde está su corazón. Quiero oírte decir que no es aquí. No mentirás. Te conozco bien. Dime que no dejarás tu corazón atrás, conmigo, cuando regreses a los Estados Unidos.
—Tengo muy buenos recuerdos de mi estancia en El Zafir.
—No quiero que te vayas.
—Quedarme es imposible.
—Eso es absurdo. Por supuesto que puedes quedarte. Te he pedido que seas mi esposa.
—No puedo. Nunca pensé que tendría mi propio cuento de hadas. Ahora, aceptar algo peor sería un error.
—No puedes irte. Si lo haces, me sentiré vacío.
—Eso es ridículo. Tienes todo lo que el dinero puede comprar. Y dinero suficiente para comprar todo lo que quieras tener.
—Lo que tengo es un fuerte dolor aquí —dijo él, poniéndose la mano sobre el pecho—. Es donde solía tener el corazón.
—¿Solías tener? —preguntó ella.
—Me lo han robado.
—¿Quién? ¿O quiénes?
—Tú —él la tomó entre sus brazos—. Sólo me siento completo cuando estoy contigo.
Penny se alegraba de que la estuviera abrazando, porque la cabeza le daba vueltas. Pero su corazón…
—Por favor, no juegues conmigo.
—Nunca. Tienes razón. Tengo dinero para comprar todo lo que desee. Pero hay algo que debes comprender. Te deseo a ti. Pero sólo hay una Penny Doyle y eso hace que no tengas precio. Mi joya del desierto.
—No sé qué decir…
—Es fácil. Dime que te quedarás y alíviame este dolor.
Todavía no le había dicho lo que ella quería oír. Si cedía, sentiría que su relación nunca estaría equilibrada.
—Siento hacerte sentir mal —dijo ella—. Pero no he oído nada que me haga cambiar de opinión. Dadas las circunstancias,

quedarme sólo serviría para aumentar mi desconsuelo.

—Ah —dijo él—. Quieres que te diga palabras de amor. ¿Recuerdas cuando me preguntaste si había algo en lo que no fuera bueno?

—Sí —dijo ella.

—He descubierto que no soy bueno en el amor.

—¿De veras? —no pudo evitar sonreír—. Entonces, ¿estás dispuesto a admitir que el amor es importante? ¿Y no sólo una complicación de las mujeres para molestar a los hombres?

El sonrió.

—Era mucho pedir que hubieras olvidado mis desafortunadas palabras —después se puso serio—. Sólo admitiré que te quiero.

—Oh, Rafiq…

Él la agarró con más fuerza.

—Todavía no me has dicho lo que sientes por mí.

—Sí… lo he dicho. Deberías saberlo.

—No. Sólo me has dicho que preferirías comer cristales antes que ser mi esposa. Soy nuevo en este asunto del amor. Creo que sería más beneficioso oír las palabras —le acarició la mejilla—. Dime que me amas, Penny. Creo que lo veo en tu mirada. Dime que tengo razón. Quiero oírtelo decir.

—Te quiero, Rafiq. Creo que te he amado desde el primer día en que te vi. antes de saber que eras príncipe.

—Me alegro —dijo él, y cerró los ojos—. Entonces, ¿te quedarás?

—,Como secretaria?

El soltó una carcajada.

—Creo que esto ya lo hemos hecho antes. No me gustó tu respuesta.

—Inténtalo otra vez. Creo que esta noche hay algo mágico en el aire.

Rafiq la agarró de la mano, recogió el zapato de la mesa y le dijo:

—Ven conmigo —la guió hasta el salón e hizo que se sentara en el sofá. Se agachó y le quitó el zapato que llevaba—. Penny Doyle, ¿te casarás conmigo?

—Yo también soy nueva en esto, pero en las películas, cuando alguien propone matrimonio, suele poner un anillo a su pareja.

—En los cuentos, la muchacha a la que le quede bien el zapato de cristal, debe casarse con el príncipe —dijo él, y le puso el zapato —. Me parece que te queda perfecto.

—Por supuesto. Es mi zapato.

—No me gustaría correr riesgos. El resultado es muy importante para mí. No me mantengas con la intriga. ¿Me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Penny se bajó del sofá y se arrodilló frente a él.

—Estaré encantada de ser tu esposa. Pero tengo una petición.

—Tengo entendido que te gustaría supervisar el centro de preescolar. Si quieres, podemos ir de luna de miel a los Estados Unidos y te ayudaré. Y cuando regresemos a El Zafir, insistiré en que el rey te haga ministra de Educación y Desarrollo Infantil. Aquí también trabajan las mujeres, y necesitan que les cuiden a los hijos.

Sentía tanto amor por aquel hombre que pensaba que el corazón podía estallarle de pura felicidad. Aquello era más de lo que nunca había soñado.

—Acepto. Pero eso no era lo que iba a pedirte.

—¿Cuál es tu petición?

—Quiero que me beses al menos una vez al, día, tal y como hiciste en el jardín la noche del baile benéfico. Me hiciste creer en los cuentos de hadas. Quiero vivir en él el resto de nuestra vida.

—Soy tan afortunado que no puedo negarte nada —sonrió él. Su sonrisa estaba llena de ternura—. Será un placer hacer que todos tus sueños se conviertan en realidad.

Entonces, Rafiq Hassan, príncipe de El Zafir, ministro de Interior y de Asuntos Exteriores, abrazó a Penny Doyle, su futura esposa, y la besó, prometiéndole amor y felicidad eterna.



TERESA SOUTHWICK (California, Estados Unidos). Descubrió su amor por la escritura gracias a la pereza. Cuando estaba en el colegio, en una clase de historia, le dieron una lista de trabajos, y escogió hacer un diario imaginario de Marie Antonieta porque era el que requería menor esfuerzo.

Pero pronto se dio cuenta que para hacer cualquier trabajo convincente de la pobre Maria Antonieta tenía que saber un poco más de ella. Necesitaba hacer una investigación a fondo. Después de todo, Teresa quería aprobar la asignatura. Hoy día, piensa que saber todo sobre sus personajes es más divertido que trabajar.

Ha escrito más de 30 libros, cuatro de ellos de novela histórica. Está encantada de contar que la pereza no fue la causa principal del proceso creativo del trabajo y que ninguna célula de su cerebro ha sido dañada por escribir estos libros.

Vive con su marido en Las Vegas donde trabaja en su próxima novela.